ORIGENES DEL HOMBRE

Las Primeras Ciudades (I)

27

TIME LIFE

folio

Las Primeras Ciudades (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

Las Primeras Ciudades (I)

TIME LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Dora Jane Hamblin
Asesores: C.C. Lamberg-Karlovsky y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 15-8-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rihts reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-466-3 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-8486-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN I

Capítulo primero:
Nacimiento de un nuevo estilo de vida **8**
Tepe Yahya, una revolución en el hábitat prehistórico . . **21**

Capítulo segundo:
Las murallas de Jericó **28**

Capítulo tercero:
Los santuarios de Çatal Hüyük **42**
Impresionante marco para un culto primitivo **61**

Capítulo cuarto:
La artesanía doméstica **68**
Las comodidades de la vida urbana **81**

Introducción

La curiosidad que el hombre siente por su pasado le induce por fuerza a preguntarse cuál fue el origen de las ciudades. ¿Cuándo, dónde y por qué surgieron? ¿Cuáles fueron las primeras ciudades? ¿Qué proceso evolutivo puede explicarnos la mutación del hombre, recolector y cazador en los tiempos primigenios, en poblador de una aldea primero y en ciudadano posteriormente? Con el objeto de encontrar alguna respuesta a tales interrogantes, los arqueólogos del siglo pasado fijaron su atención en los centros urbanos de las civilizaciones egipcia, persa, babilónica y clásica. Sin embargo, desde la Segunda Guerra Mundial los investigadores han comenzado a ocuparse de manera sistemática en el estudio de las ciudades prehistóricas –las genuinas urbes primigenias–, sobre las cuales habrían de fundarse aquellas civilizaciones más arriba citadas. Los especialistas de las últimas promociones han coincidido en situar los orígenes de la vida urbana alrededor del año 8000 antes de Cristo, y asimismo han ampliado su ámbito geográfico a toda el Asia occidental.

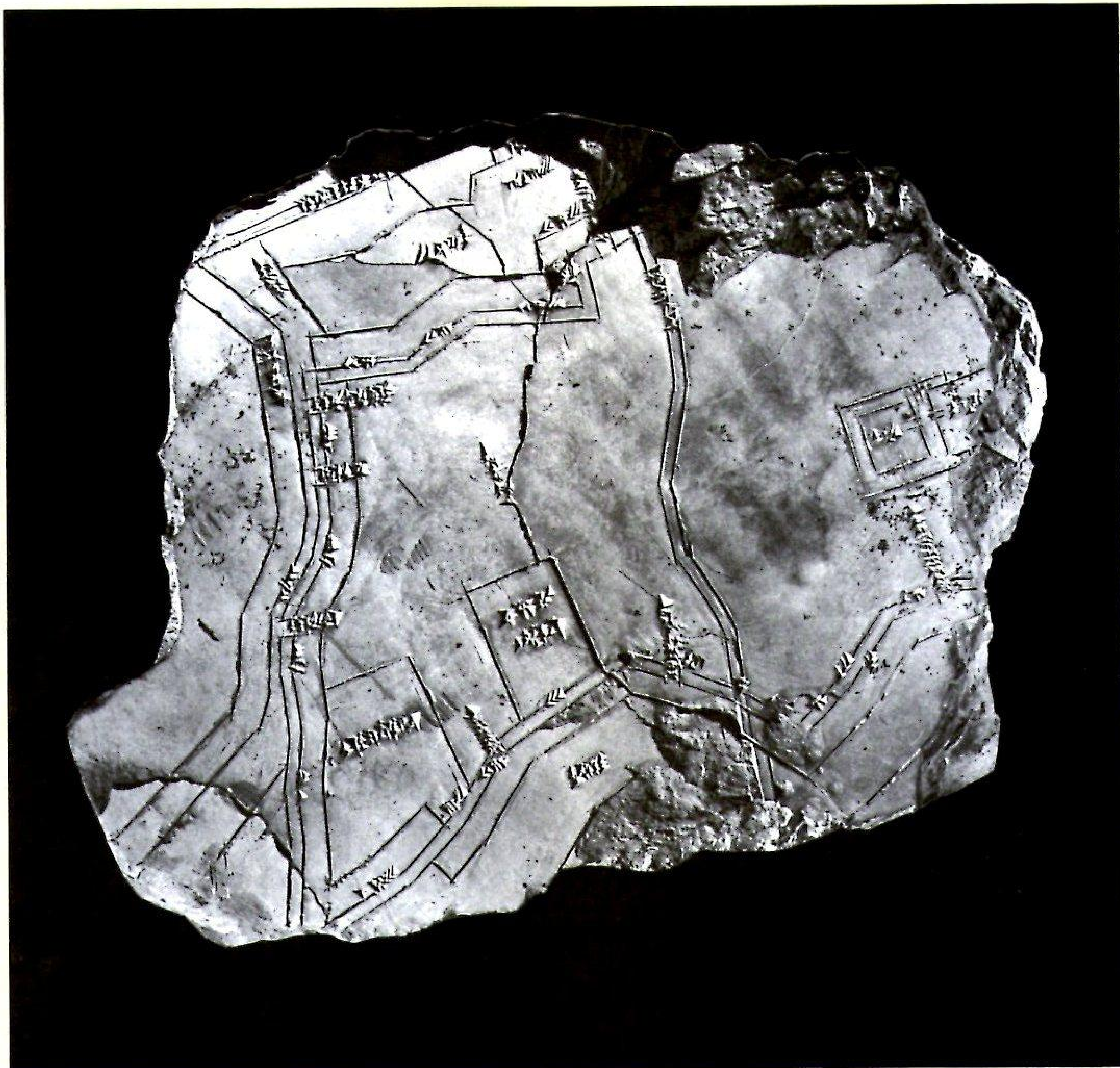
En el seno de aquellas primitivas ciudades existía una singular mezcolanza de rasgos arcaicos y modernos. En la ciudad de Jericó, hace diez mil años, las artes, los oficios y la arquitectura reflejaban logros claramente reconocibles como urbanos. En las posteriores ciudades-estado de la civilización sumeria, las formas de la vida cotidiana, las diferencias de clase, el mérito militar, la moda, las ceremonias públicas, los bajos fondos, la clase artesanal, la charlatanería legal y el arte literario presagiaban ya, anticipándose en cinco mil años, la civilización urbana del siglo XX. Ahora bien, aunque múltiples aspectos del género de vida de entonces son todavía familiares, algunos otros chocarían, sin duda, al habitante de una urbe contemporánea. En gran proporción, la actividad productiva dependía del esfuerzo humano, más que del trabajo animal o mecánico, y un elevado porcentaje de ciudadanos eran analfabetos; de hecho, en las urbes de más remota antigüedad se ignoraba totalmente la escritura. La gente se resignaba a morir en plena juventud y al riesgo de caer víctima de los grandes incendios, de las inundaciones o de las epidemias.

En 1967 se me brindó la ocasión de dirigir las investigaciones arqueológicas que debían llevarse a cabo en un área situada a caballo de dos grandes civilizaciones, la de Sumer, en Mesopotamia, y la de Harappa, en el valle del Indo. La gran extensión que las separaba, si bien virtualmente virgen desde el punto de vista de la investigación arqueológica, había sido considerada como culturalmente atrasada. A partir de entonces, mis ayudantes y yo nos hemos dedicado a excavar una ciudad localizada en el Irán sudoriental, lugar que los habitantes de las aldeas próximas denominaban Tepe Yahya y cuyo nombre original se ha perdido. Según parece, en el año 4500 antes de Cristo Tepe Yahya no era más que una insignificante aldea; pero hacia el año 3500 constituía ya una población de cierta importancia dentro de aquella región, y allá por el año 3000 estaba al nivel de las grandes ciudades del mundo urbano de Mesopotamia.

Todas aquellas primitivas ciudades a que se alude aquí han desaparecido. Sin embargo, por lo que hemos aprendido en Tepe Yahya y en otras remotas ciudades, es evidente que muchas de las diferencias existentes entre ellas y los ulteriores núcleos urbanos son más bien de orden cuantitativo que cualitativo. Sea cual fuere el grado de su complejidad económica, social y política, todas ellas se sostuvieron –o se sostienen–, en mayor o menor medida, sobre una red circundante de "colonias" o establecimientos subsidiarios. En efecto, una vez que el hombre se ha asentado en ambientes creados por él mismo, ya no le es posible vivir tan sólo de la naturaleza, sino que por fuerza debe depender de los productos del esfuerzo ajeno. Tal circunstancia se da tanto en la ciudad de Jericó, del octavo milenio antes de Cristo, como en la Roma y en la Nueva York contemporáneas.

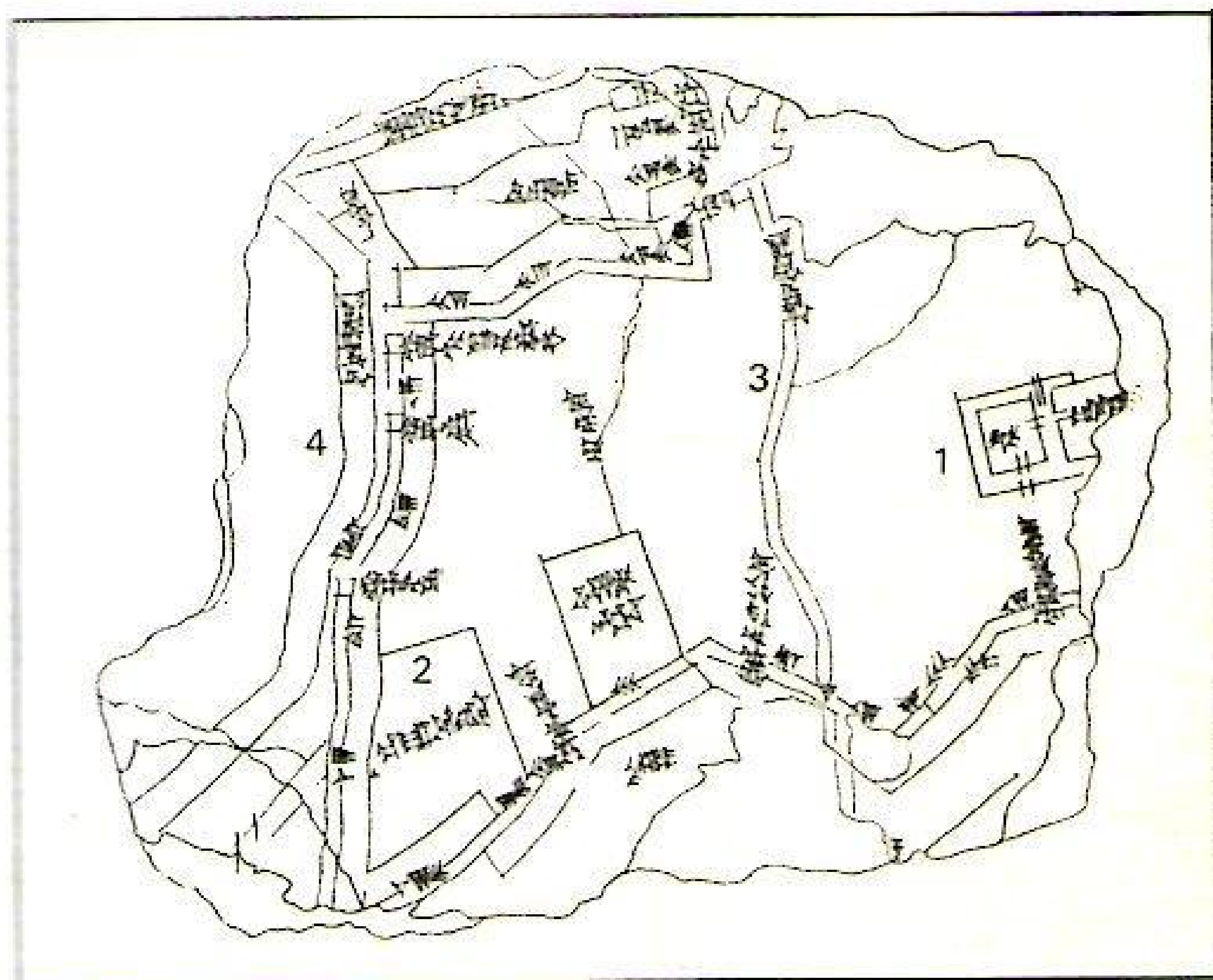
C. Lamberg-Karlovsky
Universidad de Harvard

Capítulo primero: Nacimiento de un nuevo estilo de vida



Para bien o para mal, el modo de vida que se suele denominar "civilizado" comenzó cuando los seres humanos abandonaron la existencia, cómoda y libre, del cazador y del recolector para congregarse en comunidades sedentarias. La presencia de los vecinos, motivo de chanzas y enojos, se yuxtapuso a las formas naturales de la coexistencia, esto es, la familia y la tribu. A medida que se fueron sumando vecinos, las aldeas se convirtieron en pueblos, y más tarde en ciudades, en ciudades-estado y en imperios.

Hasta hoy día, ya superadas las cómodas teorías antiguas, no se ha empezado a descubrir las causas determinantes de este decisivo cambio en la evolución de la sociedad humana. Es evidente que dichas transformaciones hubieron de producirse con asombrosa rapidez. No obstante, son de una soprendente antigüedad. La ciudad más antigua excavada hasta la fecha data, aproximadamente, del año 8000 antes de Cristo. No cabe duda alguna de que otras urbes todavía más antiguas siguen por descubrir. Algunos milenios después, alrededor del 3500 antes de Cristo, las ciudades se hallan ya estrechamente organizadas, bien administradas y tecnificadas, y hacia el 2500 antes de Cristo existían metrópolis con las comodidades y la complejidad de los centros urbanos modernos. La ciudad saltó tan rápida y tan plenamente realizada a una posición de primer plano porque se adecuaba en gran medida a las exigencias humanas. Vino a activar y a cristalizar la evolución de aquellas tendencias sociales que, en su forma más elemental, habían proporcionado a los australopitécidos una cierta ventaja sobre los demás animales del orbe hacía millón y medio de años.



Este es el plano más antiguo de una ciudad hasta hoy conocido: una tablilla de arcilla cocida del año 1500 a. de C. que identifica en caracteres cuneiformes algunos lugares de Nippur, ciudad fundada en Sumer hace unos 5.000 años. Numerados sobre el croquis de la tablilla figuran: 1) el Ekur, el más destacado santuario religioso de Sumer, consagrado a Enlil, dios del aire; 2) el Kirishauru, el parque más extenso; 3) el Idshauru, el principal canal, y 4) el gran río Eufrates.

Una de las principales condiciones favorables que ofrecía la ciudad era la seguridad personal. Un grupo de nómadas podía ser fácilmente aniquilado por otro, y un pequeño poblado resultaba aún más vulnerable, ya que constituía un blanco atractivo y fijo. Sin embargo, una ciudad de algunos millares de habitantes era casi inexpugnable para una banda de nómadas e incluso podía ofrecer resistencia a enemigos no demasiado poderosos y tenaces. Las propias catástrofes naturales, como las inundaciones y el hambre, afectaban menos a una ciudad, protegida por sus múltiples recursos, que a una aldea o a un grupo aislado.

Tal vez más importante, a largo plazo, que la seguridad personal, eran las facilidades que ofrecía la ciudad para la realización personal. Una gran diversidad de ocupaciones se brindaban al hombre –y a la mujer– de la ciudad. La concentración de un gran grupo de seres humanos sólo era posible si éstos realizaban trabajos especializados que hallasen su sostén en la sociedad, más numerosa, de la cual la ciudad formaba parte.

Pero, a su vez, la posibilidad de ejercer ocupaciones especializadas proporcionaba a la ciudad su principal atractivo. El hombre ya no se veía forzado a escoger entre los oficios de cazador y de granjero, ni la mujer a desempeñar tan sólo los papeles de madre o de empleada doméstica. En la ciudad –desde sus más remotos orígenes– se localizaban los productos comerciales que había que fabricar, el comercio que debía canalizarse, templos que atender, impresionantes proyectos de construcción que se habían de emprender. La seductora diversidad de la vida urbana, que ofrece la posibilidad de seguir una inclinación personal en lugar de continuar la senda paterna, debió de ser tan poderoso reclamo en el año 8000 antes de Cristo como lo es hoy en pleno siglo XX.

Si la invención de la ciudad parecía satisfacer antiguas necesidades humanas y consumar numerosos aspectos de la evolución social que se había iniciado mucho antes, también determinó ulteriores efectos. La ciudad, con objeto de controlar a sus propios ocupantes y a los pueblos circundantes que la proveían de alimentos, tuvo que forjarse un gobierno y un sistema legal. Tuvo asimismo que desarrollar procedimientos particulares para llevar a cabo grandes proyectos cooperativos: adiestrar fuerzas defensivas, almacenar el grano, edificar murallas y realizar obras de regadío. Finalmente, aparecieron la escritura, las obras literarias y los logros intelectuales que han venido a definir lo que se denomina civilización.

Los vocablos "ciudad" y "civilización" derivan de las mismas raíces, la más reciente de las cuales es el término latino *civis*. No obstante, ambos conceptos estuvieron relacionados desde mucho antes, y otras etimologías resultan más evocadoras que *civis*. El habitante de una ciudad-dormitorio del s. XX bien puede sorprenderse de que otro de los términos originarios de "ciudad" provenga de la palabra griega *keítai*, estar acostado o reclinado.

Hasta fecha muy reciente, lo eruditos creían que los hombres habían comenzado a asentarse en ciudades en la época en que se establecieron las primeras ciudades-estado poderosas, entre los años 3500 y 2500 antes de Cristo, en los valles de los grandes ríos de la antigüedad: el Tigris y el Eufrates, en el Irak actual; el Nilo, en Egipto, y el Indo, en el subcontinente indio. Estas regiones son consideradas aún las sedes de las más primitivas civilizaciones; pero no surgieron en ellas las primeras ciudades. A partir de la II Guerra Mundial casi todo lo que se daba por sentado acerca de los albores de la civilización y los orígenes de las ciudades ha quedado anticuado.

El perfeccionamiento de los sistemas científicos de datación, como los que calculan la edad de los restos antiguos por medio de la radiactividad del carbón vegetal o a partir de las radiaciones emitidas por la alfarería cocida al fuego, ha eliminado gran parte de la conjetura imaginativa en que se basaba la cronología prehistórica. Tales métodos, además del florecimiento de las exploraciones arqueológicas en las regiones menos accesibles del globo, son los que han hecho retrotraer las fechas del nacimiento de las ciudades más de cuatro milenios, hasta aproximadamente el año 8000 antes de Cristo. De un modo similar, las nuevas técnicas y exploraciones han ampliado la localización geográfica de las primeras ciudades en miles de kilómetros y han suministrado nuevos enfoques sobre las fuerzas sociales que las originaron.

Sin embargo, quizás haya algo más importante: esta reciente labor ha acabado, de una vez y para siempre, con la vieja idea de que las ciudades y las civilizaciones surgieron en un pequeño rincón del mundo y a partir de él se extendieron. A pesar de que aventuras tan románticas como los viajes de la *Kon-Tiki* y la *Ra* intentaron demostrar lo contrario, es evidente que tanto la idea de las ciudades como las bases de la agricultura, la arquitectura, la religión y la organización social se inventaron repetidas veces y en distintos lugares.

Hoy día el estudio de la urbanización del hombre es uno de los más animados campos de batalla de los investigadores, una palestra de virtuosismo intelectual. A ella se lanzan olas y olas de damas y caballeros eruditos, que anuncian cada nuevo hallazgo con un júbilo mal disimulado tras esotéricos informes acerca de tipos de alfarería, huesos de animales, costumbres funerarias y la presencia (o ausencia) de semillas o de minerales volcánicos. Tras el anuncio de cada nuevo hallazgo, los especialistas tienden a retirarse para considerar las pruebas, escribir algún libro y, de paso, evitar el fuego cruzado de otras damas y caballeros eruditos que se complacen en polemizar con ellos.

Entre las muchas cuestiones sobre las cuales discuten los modernos especialistas, hay una absurdamente fundamental: ¿Qué es lo que se quiere definir con la palabra "ciudad", en cuanto algo distinto de aldea, pueblo, comunidad o emplazamiento?

Resulta tan difícil dar una definición concreta, que dos eminentes expertos mundiales en materia de urbanismo, los franceses Jacqueline Beaujeu-Garnier y Georges Chabot, dejaron de lado el vocabulario especializado y afirmaron rotundamente que una ciudad se constituye "cuando la gente experimenta la sensación de habitarla".

Quizá sólo el sentido común pueda definir tal cosa. La estabilidad de residencia constituye un sólido y aceptado criterio. También es un buen criterio, hasta cierto punto, el volumen de la población y la superficie del área ocupada, que pueden medirse por el número de sepulturas en el cementerio local, de existir éste, por la densidad de viviendas y por los límites de las ruinas de la urbe. Mediante tales criterios es posible definir una ciudad como un lugar permanentemente habitado cuyos moradores forman un grupo mayor que una familia o un clan. Es asimismo un lugar donde coexisten la oportunidad y la demanda para una división del trabajo, lo cual engendra clases sociales diferenciadas en cuanto a la función, los privilegios y la responsabilidad. El tamaño y la especialización son a la vez causa y efecto del singular papel que la ciudad desempeña en la región. En efecto, la ciudad debe satisfacer determinados servicios importantes para quienes viven dentro de ella y a su alrededor o quienes la visitan de paso. Tales servicios pueden ser religiosos, administrativos, comerciales, políticos o defensivos, o pueden implicar el mantenimiento de suministros como el agua o los alimentos. Ahora bien, cualquiera que sea su especie, los servicios deben tener tal demanda que proporcionen a la ciudad el control sobre el área circundante, de la cual depende para obtener alimentos.

Todos estos factores, evidentes en las ciudades actuales, existían ya en las primitivas, sólo que entonces no existía ningún modelo que pudiera servir de guía. No había dos ciudades exactamente iguales. Se desarrollaban a partir de características locales de situación o de recursos, y aun cuando algunas se nos presenten aún como un fenómeno inexplicable, misterioso, como accidentes o anomalías en el progreso del hombre, es mucho lo que actualmente puede decirse sobre cómo surgió ese hallazgo crucial del género humano que es la ciudad.

Dado que todas las primeras ciudades se formaron y florecieron antes que se inventara la escritura hacia el año 3500 antes de Cristo, las razones de su existencia deben deducirse de los restos arqueológicos. Casi desde el nacimiento de la arqueología, se aceptaba comúnmente la teoría de que los hombres se volvieron sedentarios en cuanto descubrieron cómo cultivar las plantas y domesticar los animales. Si un hombre podía plantar, controlar y mejorar la producción de cereales comestibles en vez de andar vagabundeando para recolectarlos, si podía criar animales en cautividad y matarlos a voluntad en vez de tener que cazarlos por montes y valles, todo habría de



Los emplazamientos de 31 ciudades y pueblos que florecieron entre los años 8000 y 1500 a. de C. figuran indicados en este mapa. Algunas regiones hoy áridas y yermas fueron en otros tiempos tierras llenas de verdor y de fertilidad.



U.R.S.S.
IRAN
AFGANISTAN
Shahr-I-Sokhta
Mohenjo-Daro
PAKISTAN
Indo
Tepe Yahya
Bala Kot
Karachi
Sotka-Doh
Sutkagen-Dor
Golfo Pérsico
Mar Arábigo

resultarle mucho más cómodo. Pero la agricultura y la ganadería, combinadas con una vida sedentaria, ofrecían otras ventajas además de la comodidad. Tales progresos hacían más productivo el trabajo de las mujeres y de los niños. Y, como proporcionaban alimentos en un lugar determinado, permitían la supervivencia de los débiles, que de otra forma podían haber muerto durante las marchas.

Una vez se hubo producido esta "revolución en la producción alimentaria" –siempre de acuerdo con las antiguas teorías–, la relativa seguridad en el suministro de alimentos y la vida sedentaria prolongaron la esperanza de vida de las mujeres en edad de concebir y contribuyeron a que las familias fueran más numerosas. Esto hizo que aumentase la población de las aldeas, lo cual a su vez hizo más compleja la organización y el gobierno, y esto por su parte hizo necesaria una agricultura intensiva. Esta última exigía el riego –sostenían los especialistas–, y ello requirió una determinada organización, que fue origen de la escritura. El resultado fue el comercio, la música, las matemáticas, la arquitectura, los reyes, los imperios, todo ello centrado en las ciudades.

Se suponía que este desarrollo en cadena de la civilización había tenido su origen en el territorio entre el Tigris y el Eufrates, en el actual Irak, y que luego se extendió al resto del mundo, puesto que allí se habían hallado combinados los más antiguos ejemplos de ciudades, de escritura, de agricultura organizada y de imperios. Era una hermosa teoría, lógica y clara; sólo tenía un defecto: no era correcta.

Hoy día parece raro que los arqueólogos, los antropólogos, los historiadores y otros especialistas prestaran durante tanto tiempo su adhesión a la idea de la "revolución en la producción alimentaria" como requisito previo al establecimiento de la vida urbana.

La respuesta se halla en algunas particularidades de la arqueología en cuanto profesión. Tradicionalmente, los arqueólogos han dependido de los museos y de los coleccionistas ricos para obtener los fondos que habrían de permitirles llevar a cabo sus investigaciones. Los patrocinadores ponían como condición el deseo de obtener algo concreto y específico a cambio de la ayuda económica prestada: una hermosa estatua, algunos vasos pintados, un bronce trabajado cuidadosamente; algo, en fin, que pudieran exhibir en sus vitrinas o en sus hogares. La investigación del pasado empezó como una caza de tesoros, y durante años se mantuvo así.

Los primeros objetivos de los excavadores fueron las ciudades mencionadas en las antiguas literaturas y en la Biblia –la Troya homérica, la Jericó bíblica, Babilonia, Nínive–, o aquellas otras que el paso del tiempo no había logrado enterrar, tales como Atenas y Roma, o Menfis y Karnak en Egipto.

Cuando se descubrieron lugares tan antiguos como las ciudades de Sumer, en Mesopotamia, su antigüedad resultó abrumadora; parecía que ahí estaba el origen de la civilización, en las márgenes de los grandes ríos mencionados en la Biblia: *Salía de Edén un río que regaba el jardín y de allí se partía en cuatro brazos. ... El tercero se llama Tigris y corre al oriente de Asiria; el cuarto es el Eufrates.* (Génesis 2, 10-14.)

Sin embargo, existía un error fundamental. Todas aquellas grandes ciudades, incluso las de Sumer, habían florecido después de la invención de la escritura. Adquirieron tan considerable relieve porque dejaron documentos escritos.

Dejaron asimismo sus tesoros en tumbas y palacios. Con sus restos se formaron grandes museos y valiosas colecciones particulares, y gracias a ellos se imprimieron bellos libros de arte; pero no dejaron entrever demasiado los orígenes de las civilizaciones a las que pertenecieron.

Los excavadores desdeñaron a menudo inscripciones fragmentadas o ilegibles, así como toneladas de "vulgares" cacharros de arcilla rotos. A ningún excavador se le ocurrió, hasta hace muy poco, buscar hue-

sos de animales y restos de plantas, ni mucho menos fósiles de excrementos humanos o animales –discretamente denominados "coprolitos"–, de los cuales pueden deducirse regímenes alimentarios.

Hubo algunas recolecciones de restos interesantes en los años 30 y 40, pero la situación no cambió, realmente, hasta después de la II Guerra Mundial, cuando los arqueólogos, provistos de nuevas ideas y nuevos instrumentos de investigación, cayeron sobre los antiguos lugares habitados desde el Mediterráneo hasta la India, desde el Himalaya hasta el desierto de Arabia. El primer descubrimiento que iba a modificar las ideas establecidas lo hizo J. Braidwood, de la Universidad de Chicago, el cual demostró que la agricultura no nació en los valles fluviales mencionados en los textos literarios, sino en las colinas situadas sobre aquéllos. Posteriores hallazgos probaron que la agricultura, independientemente de dónde se desarrollase, no condujo en progresión rectilínea a las aldeas, a una vida sedentaria, a las ciudades y todos sus logros: la alfarería, el comercio, el arte de tejer, la metalurgia y, posteriormente, el derecho y la organización religiosa y cívica. Un poblado de Siria, Tell Mureybit, puso al descubierto diecisiete niveles de casas construidas en piedra; es evidente que fue un lugar permanentemente ocupado. Su fundación remonta al año 8000 antes de Cristo, y sus moradores ni siquiera eran labradores. Sólo conocían los cereales silvestres, y todos los huesos de animales que dejaron eran de animales salvajes capturados en expediciones de caza. En un lugar llamado Shanidar, en Irak, el trabajo de los metales se convirtió en oficio hacia el año 9000 antes de Cristo, antes incluso que quienes se dedicaban a él hubieran cultivado plantas.

Sin embargo, los más importantes hallazgos fueron establecimientos muy antiguos que no habían sido aldeas, sino ciudades. En Jericó aparecieron los restos de una ciudad cuyos habitantes apenas habían comenzado a cultivar cereales, pero poseían la suficiente organización cívica para construir una sólida muralla defensiva. En Çatal Hüyük, vasto yacimiento descubierto en la Turquía central, se hallaron piezas de alfarería fabricadas alrededor del 6500 antes de Cristo, así como una serie de santuarios religiosos de extraordinaria perfección –logros característicos de una forma de vida sedentaria y evolucionada–, que datan de la misma época en que se comenzó a domesticar el ganado en aquella región.

Durante años los arqueólogos han relacionado tres factores variables: la agricultura, la vida sedentaria y las ciudades. Han considerado siempre a estos tres factores como si fueran hebras de un único ovillo de hilo que estuvieran entrelazadas conjuntamente y rodaran cuesta abajo hacia la civilización urbana.

En cuanto comenzaron a desenredarse las hebras, quedó bien claro que nunca había existido un único ovillo de hilo. Es obvio que el alimento era requisito indispensable para la supervivencia de cualquier población. Sin embargo, la producción agrícola de alimentos no requiere la existencia de una ciudad ni aun la de una aldea. El agricultor suele vivir sobre la tierra que cultiva en vez de residir en una ciudad y trasladarse cada día a sus campos. De igual modo, la vida sedentaria no requiere forzosamente la agricultura: una familia puede establecerse en un nicho ecológico de elevada producción natural y alimentarse sólo con la recolección, como si viviera en el Jardín del Edén. Una ciudad tampoco debe crecer por fuerza a partir de una aldea anterior de labradores o recolectores: puede establecerse como ciudad desde un principio y sobrevivir ofreciendo sus recursos naturales o sus servicios a quienes los buscan a cambio de alimentos.

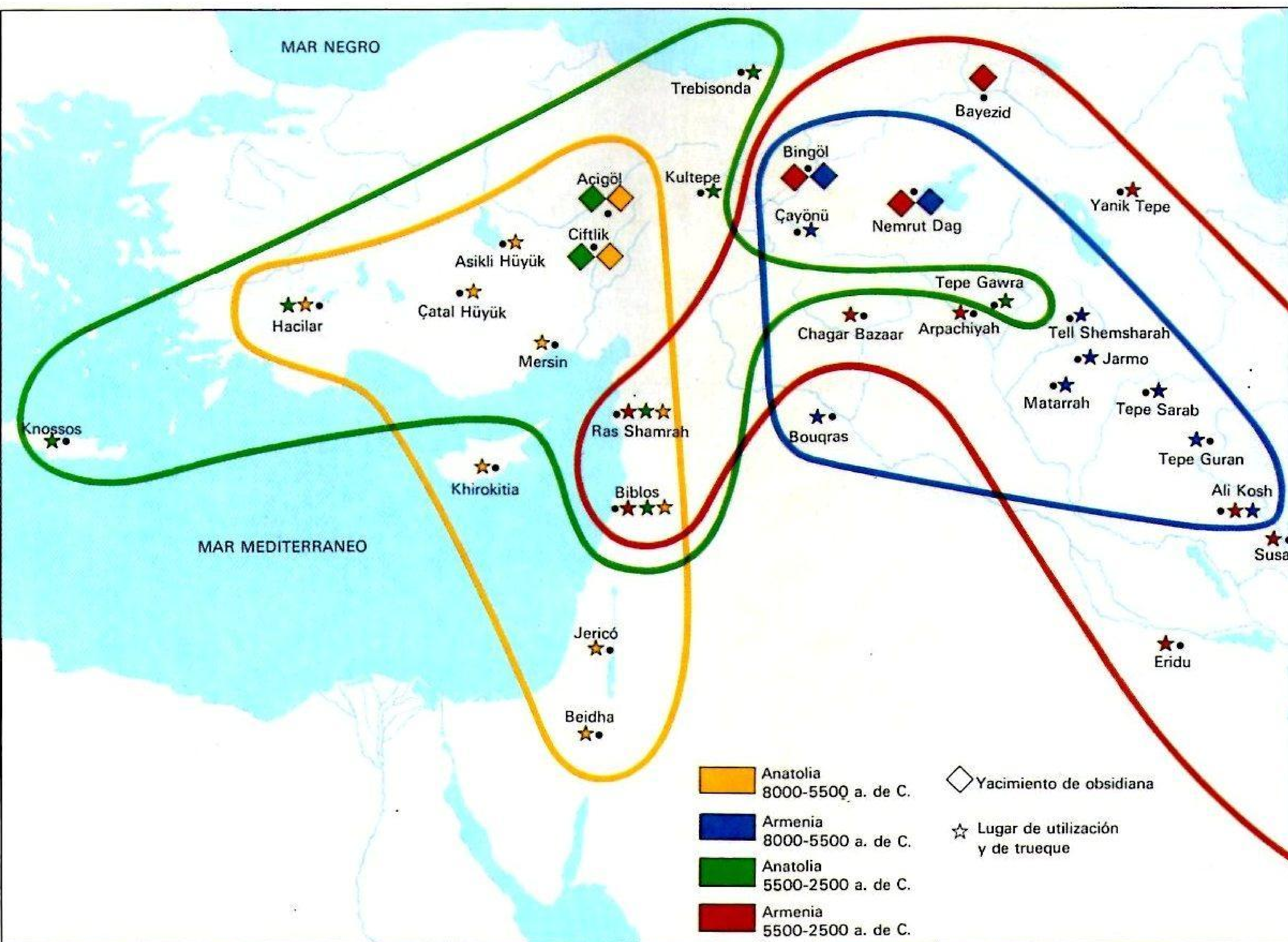
Pruebas de la independencia de la agricultura respecto al asentamiento permanente –así como respecto a la fundación de las ciudades– se encuentran por todo el Próximo Oriente, en Iberoamérica, en el sudeste de Asia y en China. Así, por ejemplo, en México los pueblos prehistóricos aprendieron a cultivar al

El comercio interurbano de la obsidiana

La obsidiana es una roca volcánica de aspecto vítreo y de color gris o negro con la que pueden fabricarse instrumentos tan afilados como una navaja o delicados objetos rituales; constituía una de las materias primas más estimadas en el mundo prehistórico del Próximo Oriente, y fue objeto de intenso comercio.

Los habitantes de las ciudades situadas en regiones volcánicas ricas en obsidiana hacían provisión de este mineral para ofrecérselo a los agricultores a cambio de productos alimenticios. Los agricultores, a su vez, la cambiaban entre ellos por otros artículos, y así la obsidiana era transportada de mano en mano muy lejos de su lugar de origen.

Las antiguas rutas comerciales pueden reconstruirse hoy gracias a la espectrografía, que permite conocer la estructura peculiar de la obsidiana de cada región volcánica.



Las líneas representadas en este mapa señalan las distancias que podía llegar a recorrer la obsidiana como artículo de comercio. Cada línea de color enlaza las fuentes (rombos) de obsidiana con los lugares (estrellas) donde se han descubierto objetos fabricados con mineral de esas fuentes. Las curvas corresponden, además, a períodos sucesivos para mostrar que estos intercambios partieron de Anatolia y Armenia.

Los tres objetos de esta página constituyen una muestra de los usos prácticos y decorativos que tenía la obsidiana en la antigüedad. El puñal en forma de hoja fue descubierto en Çatal Hüyük, ciudad de Turquía situada a unos 150 km de un rico yacimiento de obsidiana. El vaso ritual, esculpido en forma de concha, procede de Creta, y la obsidiana con que fue elaborado se obtuvo en una isla próxima. El cuenco, desenterrado en Tepe Gawra, pequeña población del norte de Irak, fue tallado en un bloque jaspeado procedente de un yacimiento situado a 600 km de distancia.









menos diez tipos de plantas alimenticias, incluido el maíz, alrededor del año 5000 antes de Cristo; y, sin embargo, nunca se establecieron en poblados. Siguieron perfeccionando el proceso agrícola y llevando una existencia seminómada durante otros 3.500 años. Del mismo modo, en los territorios que son hoy Tailandia, Vietnam y China, hubo gentes que habían cultivado plantas y domesticado animales y que habían descubierto la alfarería allá por el quinto milenio antes de Cristo; y, sin embargo, no parecen haber levantado ciudades o fortificaciones hasta alrededor del año 2000 antes de Cristo.

Ahora bien, si la agricultura no fue la clave que explica el surgir de las ciudades, ¿cuál fue, entonces?

La respuesta es tan compleja como el carácter mismo de una ciudad, el más intrincado de los habitáculos humanos. Un poderoso estímulo debió de haber sido la presión de la población. Hacia el 8000 antes de Cristo los efectos residuales de la última glaciación habían desaparecido, y el clima se había estabilizado en el Próximo Oriente. El equilibrio ecológico –hierbas silvestres, animales salvajes, peces en los ríos y frutos en los árboles– se había fijado, y era favorable al hombre. Para los pueblos cazadores y recolectores del Próximo Oriente y sus aledaños la vida era fácil. El número de sus miembros creció. Entonces, gradualmente, se hizo evidente que no había ningún otro lugar al que emigrar: si una familia o una tribu crecían hasta el punto de que sus propios dominios y su caza ya no les suministraban el suficiente alimento, no había otra opción que pelear con los vecinos o unirse a ellos. Todo el territorio quedaba ocupado permanentemente.

Una solución consistía en congregarse, en constituir una suerte de agrupamiento en algún lugar particularmente fértil. Había sitios en donde la tierra y el clima favorecían la recolección intensiva de alimentos o bien su producción, y el excedente de la población se dirigió a tales emplazamientos.





Estas tiendas en ruinas (fotografía superior), fechadas en el año 6500 a. de C., han sido localizadas en el emplazamiento de Beidha, ciudad prehistórica de Jordania, mientras que la panadería con hornos redondos (fotografía inferior), que data del año 5800 a. de C., procede de Çatal Hüyük, en Turquía. Puede observarse que se crearon servicios especializados para satisfacer las necesidades de gentes que habían adoptado la vida sedentaria. En las tiendas de Beidha se han descubierto osamentas de animales, así como útiles y cuentas de collar.

Sin embargo, al continuar creciendo la población, tuvo lugar una segunda crisis. Cuando los mejores territorios estuvieron ocupados, surgieron establecimientos en regiones próximas menos favorecidas. Pero en ellas las pequeñas aldeas independientes sobrevivían con gran dificultad. Los alimentos escaseaban, y estas nuevas comunidades tuvieron que organizarse para proveer servicios especiales: riegos para una agricultura intensiva, instalaciones defensivas, comercio, religión. Ahora bien, tales servicios requerían mayor número de individuos, y así nació la ciudad.

La gente que vivía en una aglomeración permanente tenía que resistir los ataques de los nómadas: si los habitantes huían ante la agresión podían salvar la piel, pero corrían el riesgo de perder sus medios de vida. Esta necesidad de seguridad promovió la formación de poblados más importantes e incluso la erección de ciudades fortificadas, en las cuales las gentes podían refugiarse en caso de ataque.

Una vez quedaron planteados los problemas de defensa y población, surgió una apremiante necesidad de gobierno; era preciso alguien que gobernara la ciudad, que tomara decisiones. Lentamente fue emergiendo una clase dirigente, que se arrogó los poderes y privilegios de la autoridad. Se multiplicaron los sacerdotes y los santuarios. Cuando los santuarios de una ciudad demostraron ser eficaces, atrajeron a peregrinos procedentes de lejanas regiones.

Todas estas nuevas necesidades –producción alimentaria concentrada, defensa, religión– indujeron a hombres y a mujeres a agruparse en comunidades cada vez más numerosas. Pero uno de los factores más destacados fue el comercio. En las primeras ciudades se desconocía la moneda y no existían registros de las transacciones llevadas a efecto. No obstante, se intercambiaban productos. Las antiguas rutas comerciales parecen haber sido trazadas mucho antes que las primeras ciudades, y la expansión comercial que tuvo lugar alrededor del año 800 antes de Cristo contribuyó, muy posiblemente, al repentino surgimiento de las primeras urbes.

En algunos lugares, la existencia de recursos básicos trajo consigo la creación de mercados: Beidha, en Jordania, poseía sal y reservas naturales de hematites, óxido de hierro que entonces se utilizaba como colorante rojo para la cerámica y como cosmético por las mujeres. Jericó tenía sal y minerales extraídos del Mar Muerto, y esta ciudad era, y es todavía, escala de primera importancia en una gran ruta comercial: es el único oasis existente en medio de un peligroso desierto. La ciudad de Çatal Hüyük, en Turquía, se hallaba cerca de yacimientos de obsidiana, vidrio volcánico muy apreciado en el mundo antiguo para la producción de espejos, hojas de cuchillo, puntas de lanza y collares. Los yacimientos arqueológicos recientemente excavados en Irán, así como en Rusia, han proporcionado una serie de minerales fácilmente explotables: esteatita, lapislázuli, cobre y cornalina.

Había demanda tanto de estas materias primas como de los productos elaborados con ellas por expertos artesanos. Durante años los arqueólogos creyeron que el comercio era consecuencia de las ciudades, las cuales, a su vez, eran consecuencia de la agricultura. No obstante, es evidente que algunas ciudades surgieron precisamente gracias al comercio.

Uno de los enfoques más sugestivos del papel desempeñado por el comercio en la fundación de las ciudades es el expuesto por Jane Jacobs en su libro *The Economy of Cities*. Jacobs desarrolla la idea de que la agricultura se desarrolló porque gran número de personas se agrupaban en comunidades permanentes y debían ser alimentadas. Tenían algo que ofrecer a cambio de los alimentos que necesitaban, y las poblaciones circundantes se hallaban dispuestas a realizar el trueque.

Jacobs inventó una ciudad, a la que llamó Nueva Obsidiana, y la situó en la meseta anatólica de la actual Turquía, cerca del emplazamiento de la ciudad

prehistórica de Çatal Hüyük. Según su imaginaria reconstrucción, algunos individuos sagaces se habrían establecido en esa planicie, cerca del yacimiento de un producto altamente estimado: la obsidiana. Aquellas gentes minaban las montañas para extraerla, la transportaban a casa y la cambiaban luego por alimentos. Algunos de ellos trabajaban la obsidiana hasta lograr productos acabados, pero otros se limitaban a canjear bloques en bruto por los artículos que necesitaban.

En su hipótesis, Jacobs imaginó incluso un seductor arranque de la agricultura y la ganadería dentro de la ciudad. Cuando los forasteros traían a la ciudad cereales o animales para canjearlos por la obsidiana, los ciudadanos debían obligatoriamente almacenar tales recursos alimentarios. Si algunos granos caían al suelo y crecían vigorosos, si algunos animales parecían más aptos que otros para la cautividad y la cría en el nuevo ambiente, apenas hacía falta a los ciudadanos algún dato más para darse cuenta de lo que resultaba evidente.

Aun cuando las teorías de Jacobs no hayan sido del todo aceptadas, su idea del comercio como factor decisivo en el surgir de las primeras ciudades ha sido considerada correcta en líneas generales, aunque con reservas en los pormenores. Signos de algunas modalidades de intercambio se han localizado en las ruinas de todas las épocas. Las ciudades de Mesopotamia, tales como Uruk, Ur y Eridu, no poseen yacimientos locales de esteatita, de lapislázuli ni de cobre. En Jericó no hay filones de obsidiana. En Çatal Hüyük no hay canteras de sílex ni se pueden coger conchas marinas. Y, sin embargo, todos estos materiales se extrajeron de las ruinas de estas ciudades. Alguien debió de llevarlos allí, y es seguro que fueron transportados con un propósito concreto.

Hoy día es posible decir de dónde procedían muchos de estos artículos, y trazar así el mapa de las rutas comerciales de la antigüedad. A finales de los años 60, un grupo de especialistas ingleses ideó un procedimiento para identificar el origen de los fragmentos de obsidiana mediante el análisis de sus componentes químicos; de esta forma cabría atribuir cada fragmento a algún yacimiento conocido.

Cuando tales datos se trasladaron a un mapa, provocaron grandes sorpresas. Pudo observarse que la obsidiana se encontraba en casi todas las antiguas ciudades, por lo general en cantidades inversamente proporcionales a la distancia de su yacimiento. No obstante, se descubrió que algunos fragmentos hallados en la antigua capital de los hititas (Hattusas, en el norte de Turquía) no procedían de las áreas volcánicas próximas, situadas a unos 35 kilómetros al sur, sino de Etiopía, a casi 4.000 kilómetros de distancia.

Hoy día sabemos que las ciudades situadas en el territorio de Irán sirvieron de centros comerciales para las mercancías procedentes tanto del este como del oeste, desde Sumer hasta el Valle del Indo. La única razón de ser de tales ciudades era que a ellas acudían personas para cambiar lo que tenían por lo que querían tener.

A lo largo de estas rutas comerciales, hoy interrumpidas, se realizaron intercambios de ideas, tráfico éste mucho más difícil de definir. Los hombres y las mujeres que andaban, navegaban o conducían carromatos de bueyes, no sólo transportaban alijos de valiosas mercancías, sino que también transmitían sus ideas acerca de las divinidades, la política, las técnicas, el artesanado y los sueños. Por dondequiera que pasaban, comunicaban la imagen excitante y misteriosa de un mundo más amplio.

Tales intercambios no sólo contribuyeron a forjar las ciudades, sino que también configuraron la personalidad de sus habitantes: ese conglomerado de individuos curiosos y apáticos, perezosos y laboriosos, cínicos y soñadores, ávidos de saber y vulgares, unas veces equívocos y otras admirables, que poblaron las ciudades antiguas y que aún se encuentran en las urbes contemporáneas.

Tepe Yahya, una revolución en el hábitat prehistórico

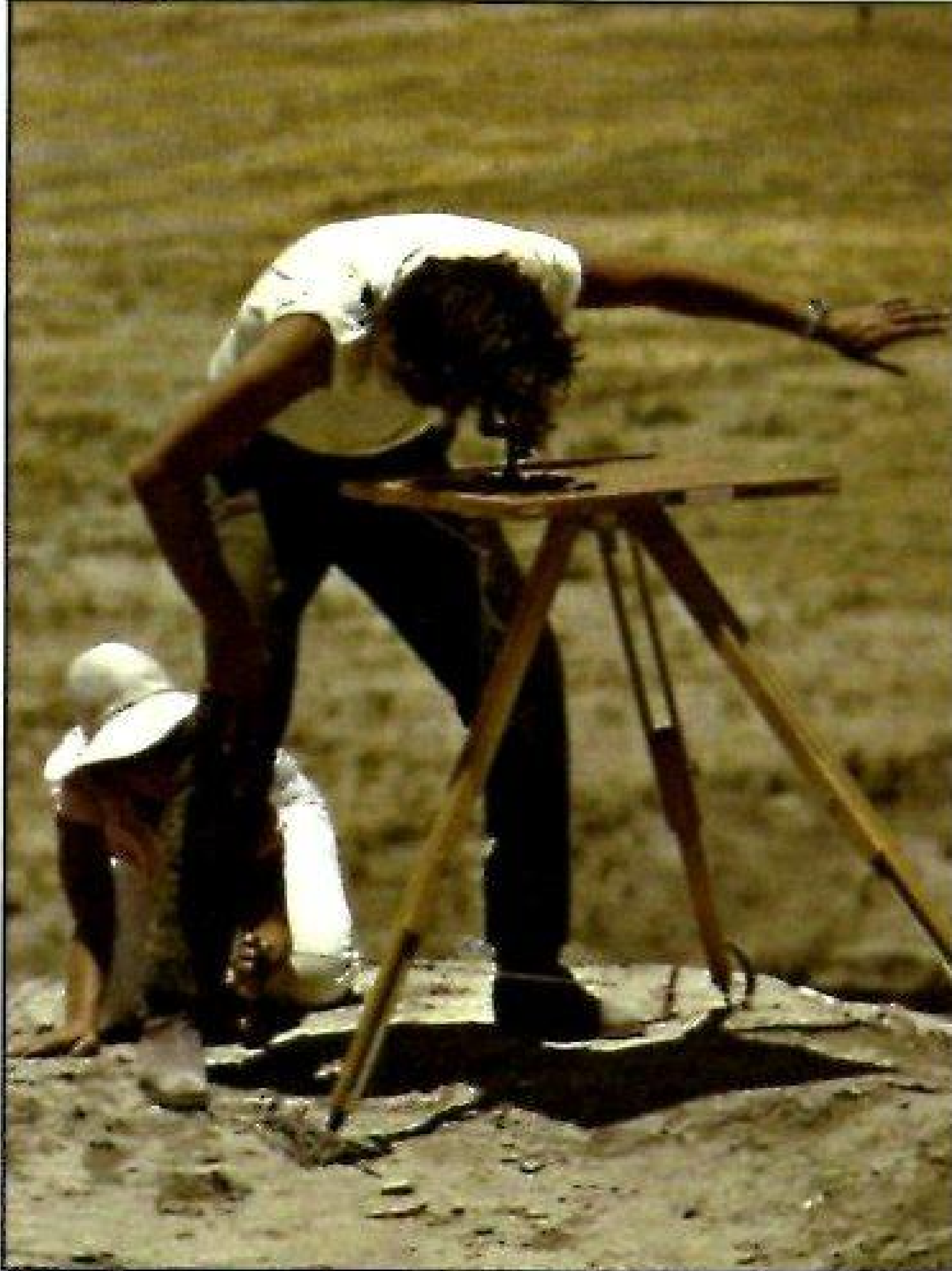


El montículo de Tepe Yahya, en el desierto de Irán, muestra en su falda la zanja de 11 m por 16, excavada por los arqueólogos al explorarlo.

El término "excavación", en un contexto arqueológico, puede evocar la imagen de trabajadores cavando hoyos en el suelo. Pero realmente una excavación es mucho más que eso. El meticuloso trabajo realizado en Tepe Yahya, un montículo de 18 m de altura situado en el sudeste de Irán y que hasta 1967 encubría una ciudad prehistórica, es un ejemplo perfecto de cuán delicada es una excavación. Y muestra cuánta información sobre la prehistoria sale a la luz.

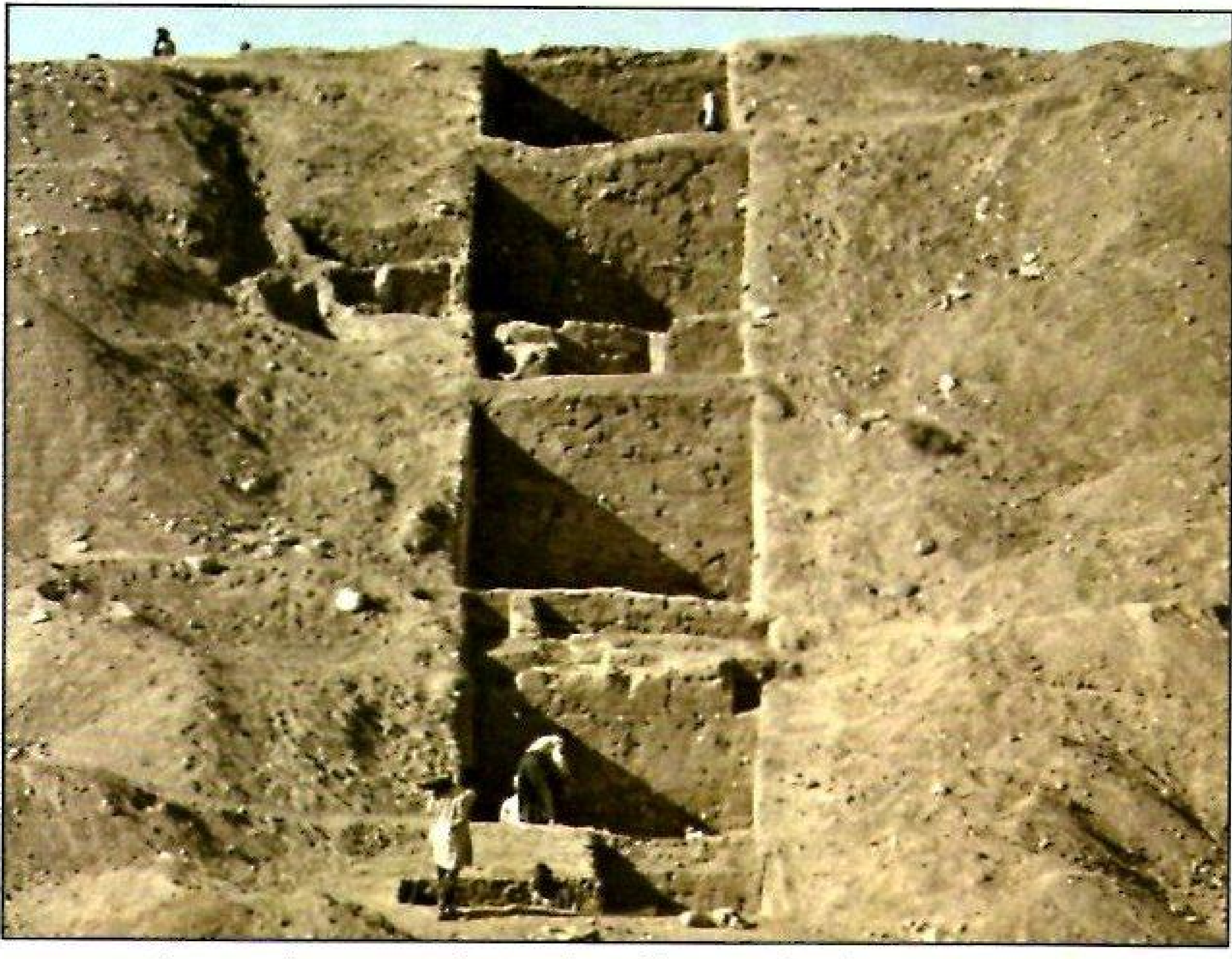
Un equipo de arqueólogos, científicos, historiadores y artistas se reunía cada verano en Tepe Yahya para estudiar cada uno de los aspectos de la antigua ciudad a medida que emergían sus ruinas. Un metalúrgico analizaba cualquier trozo de metal que se encontrase; un experto en alfarería estudiaba los innumerables cascos; un artista y un fotógrafo registraban hasta el más insignificante detalle de la marcha de las obras. Mientras tanto, dirigidos por el jefe del equipo, los trabajadores iraníes excavaban una zanja de más de 11 m de anchura proyectada para cortar el montículo desde arriba hasta el suelo virgen. A medida que la zanja se hacía más profunda, se descubrían capas sucesivas de la ciudad prehistórica.

La alidada –un instrumento utilizado por los arqueólogos para dirigir visuales– permite al director de las excavaciones trazar los contornos de la zanja que ha de ser excavada. Una colega fija la cuerda que delimitará el trazado escogido.



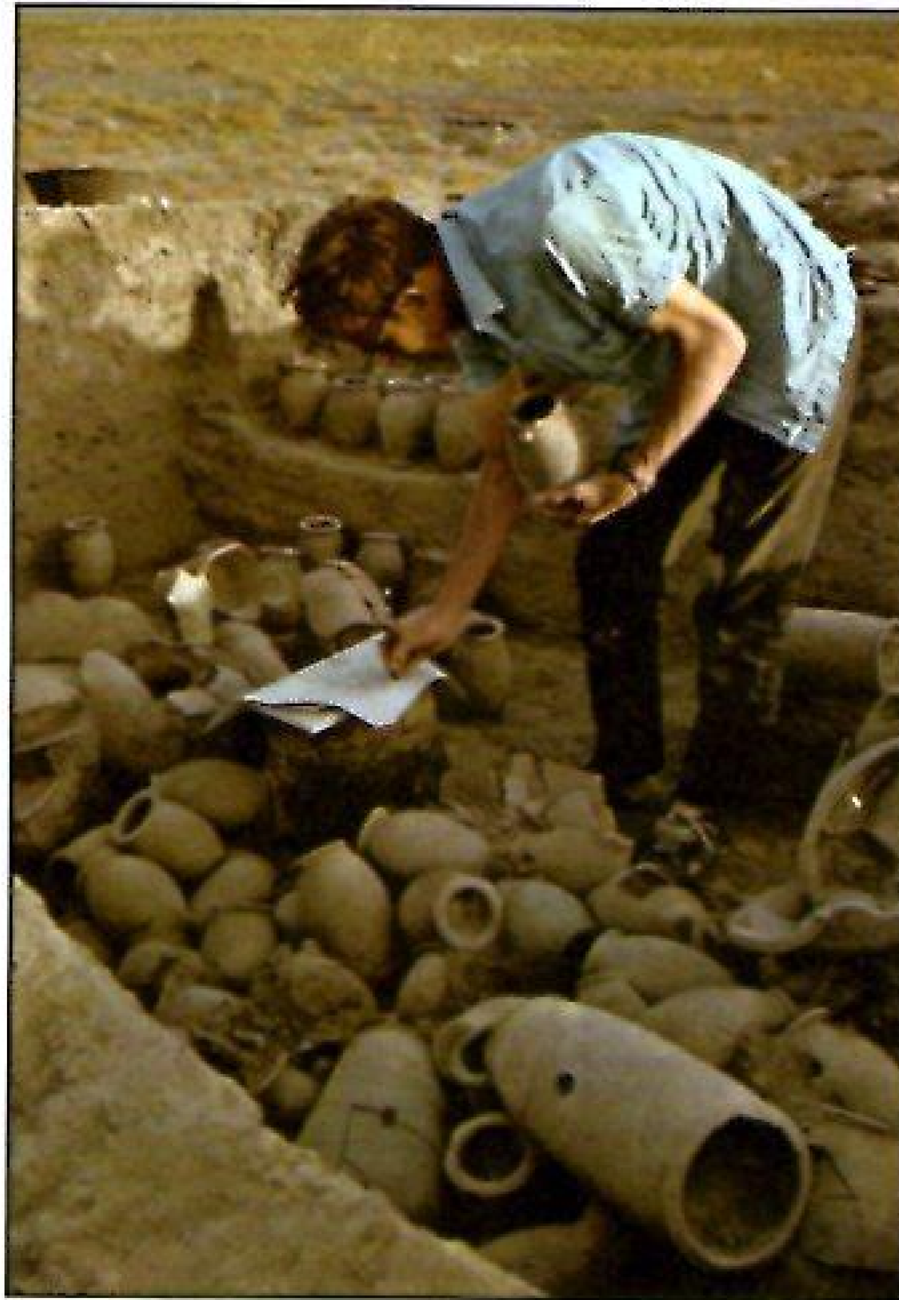
Estos muros de adobe separaban las habitaciones de una vivienda que parece haber sido destruida por un incendio hace 4.800 años. La cubeta piriforme pudo haber sido la base de un horno, utilizado para cocer objetos de alfarería o el pan, o tal vez ambas cosas.

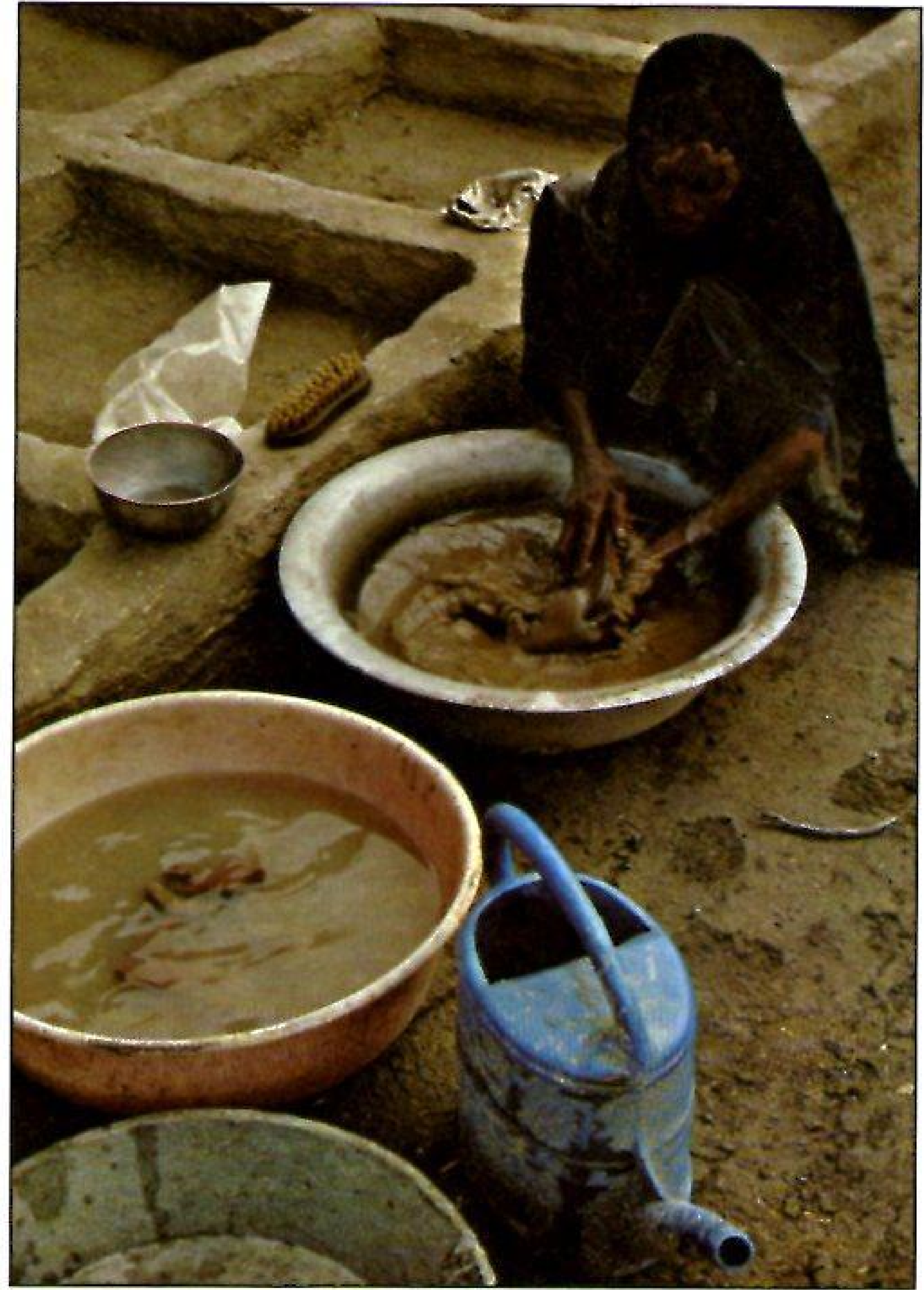




Las gradas excavadas en la colina revelan la presencia de una serie de viviendas construidas una sobre otra en el curso de cinco milenios. Esta técnica de excavación proporciona una vista del pasado en corte perpendicular: los hallazgos más recientes figuran en los estratos superiores; los más antiguos, en el fondo.

Un especialista inglés en cerámica islámica, Andrew Williamson, traza un croquis de un montón de más de cien vasijas que yacen exactamente donde se localizaron. Estas vasijas han sido meticulosamente cepilladas, pero no se las lavó ni se las cambió de lugar. Una vez concluidos los croquis, las vasijas se trasladarán para hacer sobre ellas un estudio más profundo.



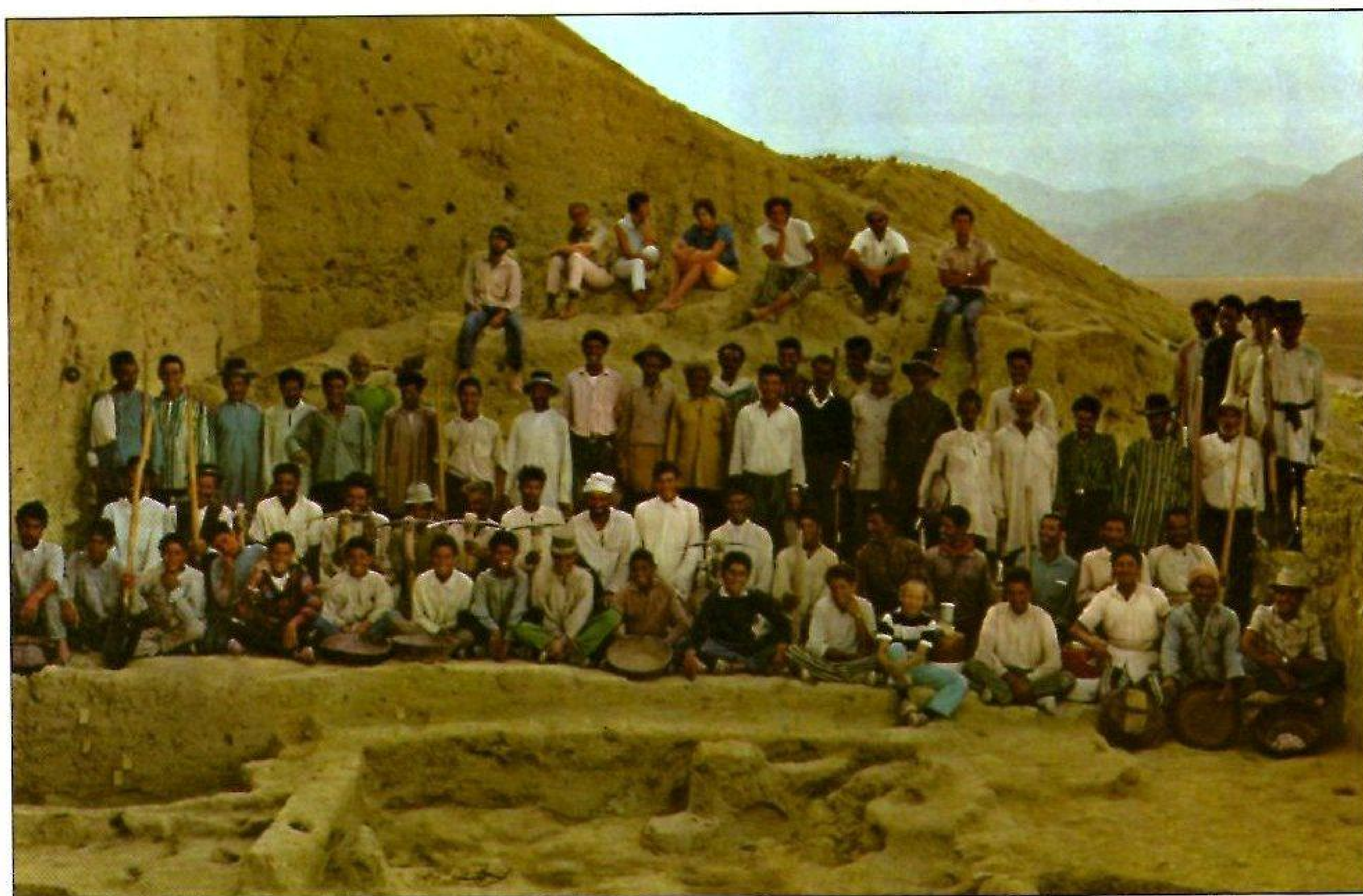


Una mujer empleada en las excavaciones limpia los millares de cascos que se han desenterrado. Luego serán puestos a secar en los recipientes de barro y paja que están detrás de ella, y los de mayor interés seran examinados.

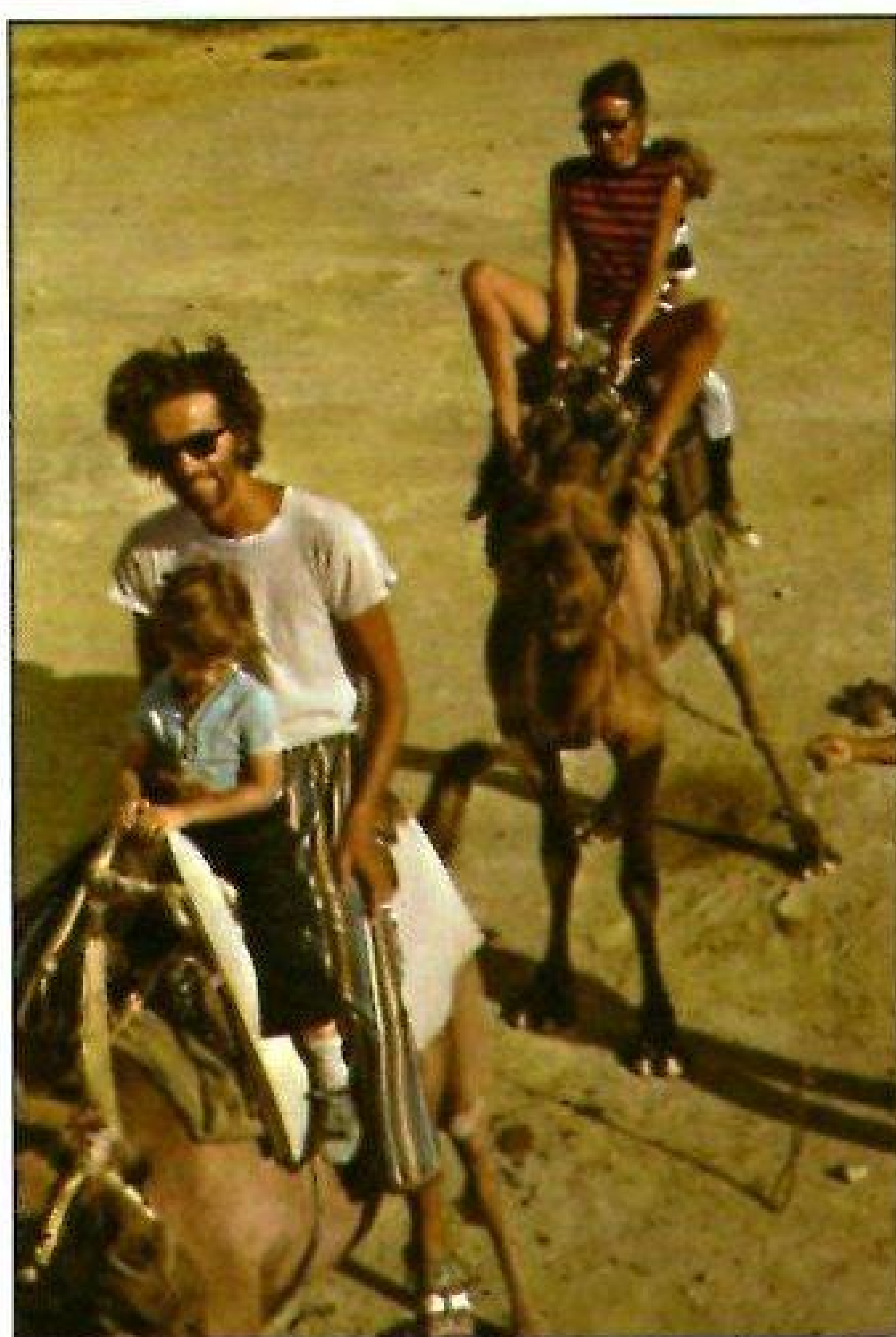


Esta maraña de habitaciones minúsculas y desprovistas de entrada, verdadero rompecabezas para los arqueólogos, ha sido provisionalmente clasificada como el silo de una casa de 6.500 años de antigüedad. En el invierno, cuando se interrumpen las excavaciones, los arqueólogos protegen los muros con una capa de yeso y de barro contra los posibles deterioros producidos por el viento, la lluvia y la nieve.

Mostrando un enorme corte al finalizar la temporada de excavaciones de 1971, Tepe Yahya se alza sobre unas viviendas y un edificio destinado a almacén de material. El gobierno del Irán destinó a dos soldados para que vigilaran el lugar durante el invierno.



Con triunfantes sonrisas, el equipo de arqueólogos y el grupo de trabajadores iraníes posan para una fotografía colectiva en el lugar de uno de sus hallazgos más importantes: la vivienda de una familia rica en la que se halló una gran cantidad de sellos extranjeros, prueba evidente de intensa actividad comercial.





El director de las excavaciones, C. C. Lamberg-Karlovsky, y Martha, su esposa, pasean a sus hijos Christopher y Karl a lomos de camello. Estos animales, alquilados a su propietario –uno de los trabajadores–, se utilizaban para el acarreo de la leña destinada a la cocina.

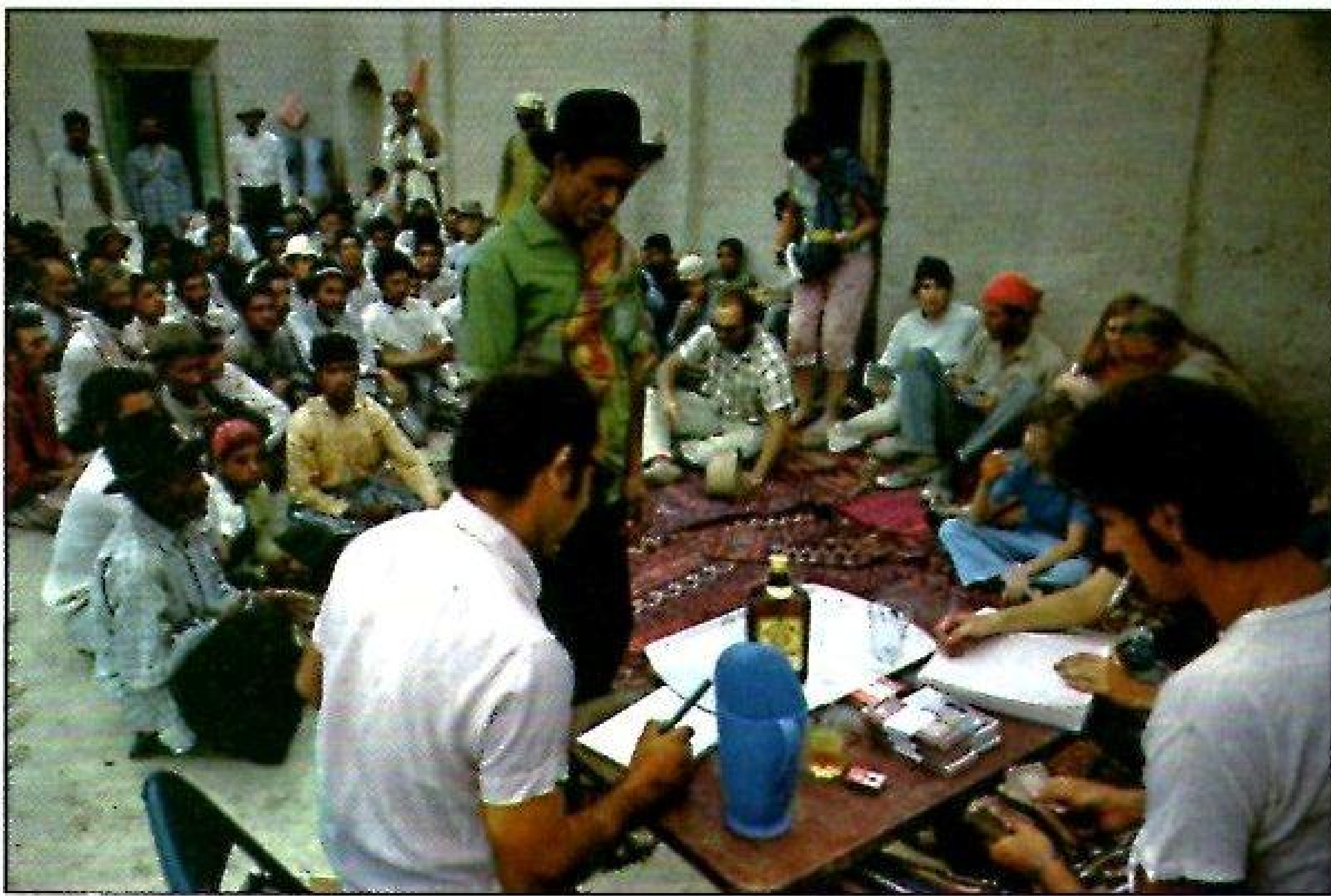


Fotografiada desde la colina, la aldea de Baghin, donde vivían la mayoría de los trabajadores, parece como aplastada por la mole de los áridos montes Ashin. Otros trabajadores eran pastores nómadas de cabras y ovejas, que acampaban en sus tiendas cerca del lugar.

El descanso tras las excavaciones

Las excavaciones seguían una ardua rutina: el suelo polvoriento se excavaba con la ayuda de palas, había que limpiar los objetos descubiertos y estar al acecho de nuevos hallazgos; pero tenían también su parte agradable. El día de la paga *(debajo)* era siempre bien recibido, y el viernes era día de descanso general. Algunos se iban de merienda al torrente próximo o al santuario de algún santón musulmán. Los demás se defendían del calor (43° C al mediodía) en el campamento de los arqueólogos o en la aldea *(derecha)*. Sin embargo, al ponerse el sol la temperatura descendía a 10° C, lo que era perfecto para charlar al aire libre.

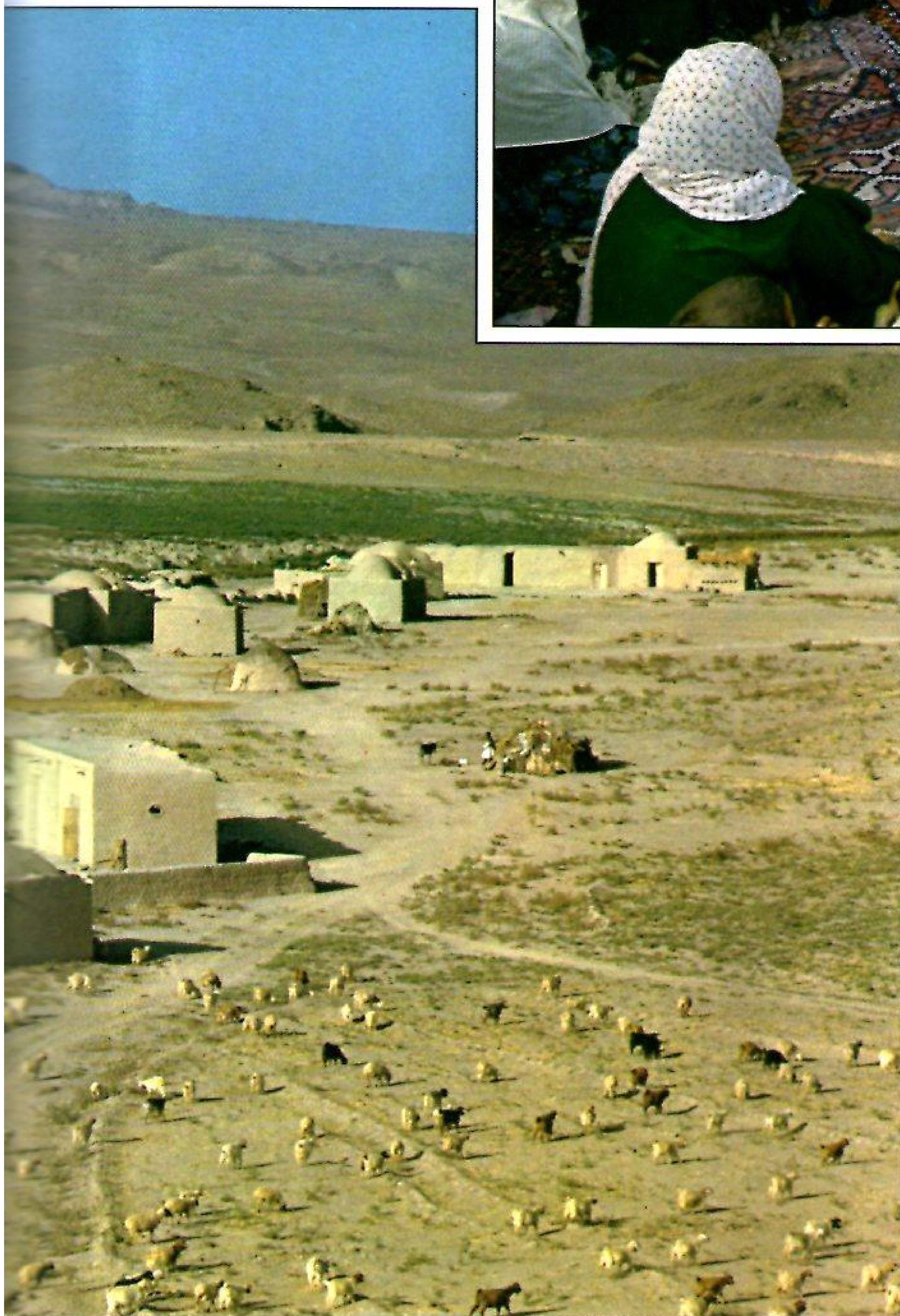


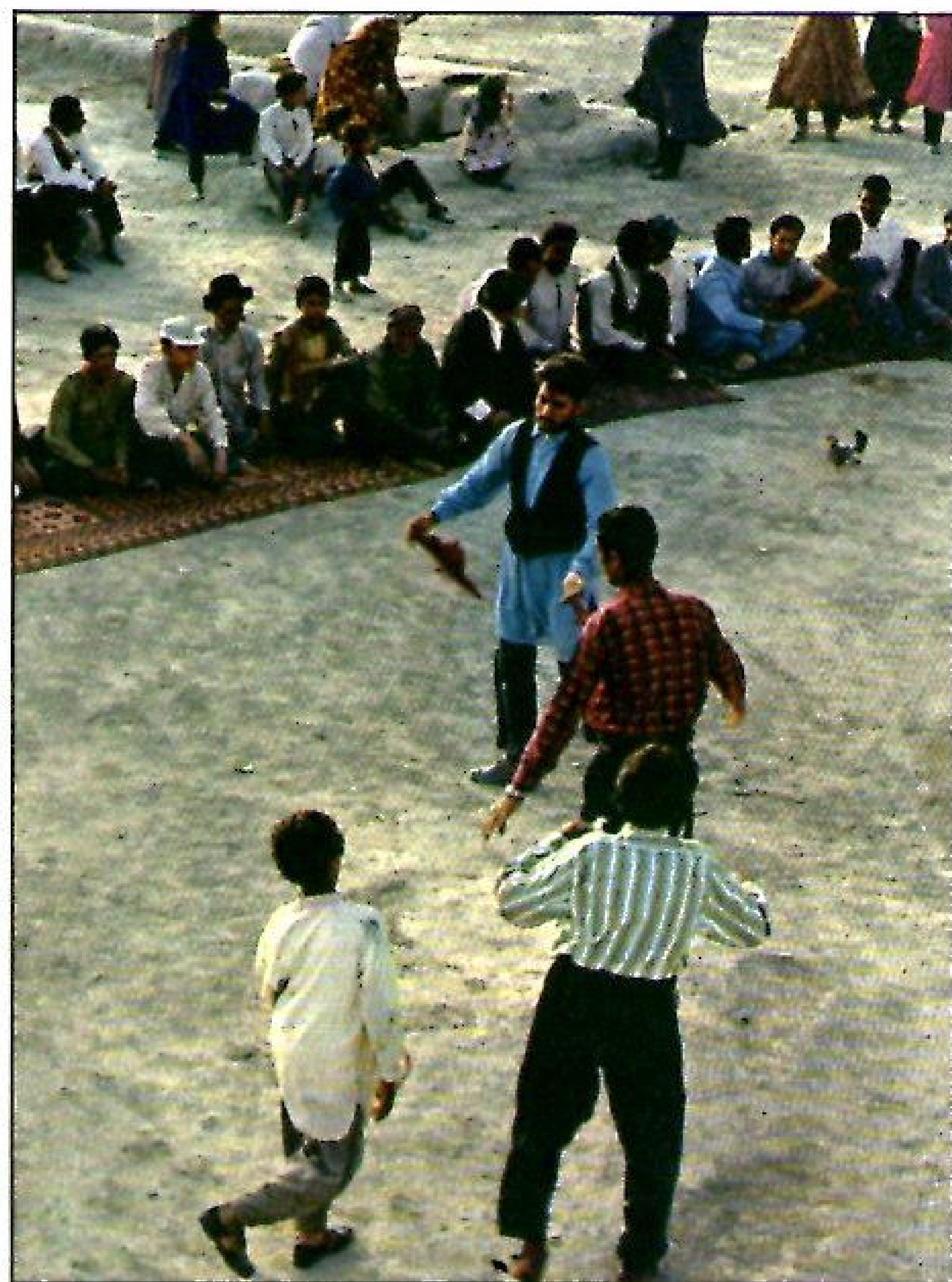


Cada diez días tenía lugar la paga de los trabajadores, que reunía a éstos en el patio del campamento de los arqueólogos. El director (en camiseta) calcula los salarios que corresponden a cada un según su calificación y el tiempo empleado.



Las mujeres empleadas en las excavaciones toman el té en el patio del campamento de los arqueólogos; el suelo está recubierto de tapices comprados a los artesanos locales. Estas reuniones tenían lugar una vez al mes, y a ellas asistían también los niños.





Para festejar el final de la temporada de excavaciones, estos trabajadores iraníes ejecutan la danza llamada del pañuelo. También era tradicional organizar una barbacoa en la que se sacrificaba una cabra y un carnero.

Capítulo segundo: Las murallas de Jericó



Vista desde el aire, Jericó resalta como un oasis, diminuto y verdeante, incrustado en una deslumbradora extensión desértica. La ciudad moderna es una aglomeración de palmeras, de parques exuberantes y de atractivos edificios. Fue construida por árabes opulentos, pero durante la guerra de los Seis Días, en 1967, se la anexionaron los israelíes. Justamente al norte de la ciudad moderna se alza un montículo abombado, de mucho mayor interés para los arqueólogos que la Jericó actual. Equipos de excavadores han convertido el montículo en un laberinto de zanjas con el objeto de investigar los distintos niveles de civilización que yacen bajo la superficie, pues bajo ese suelo tan desfigurado se ocultan los restos de una Jericó mucho más antigua: la ciudad de mayor antigüedad descubierta hasta ahora en el mundo.

Esta antigua Jericó fue habitada, a lo largo de un período que duró más de 65 siglos, por pueblos pertenecientes, como mínimo, a diez culturas distintas. En las diversas épocas se edificaron distintos tipos de casas, una torre y la obra pública que ha hecho célebre el nombre de Jericó: la muralla.

Uno de los criterios indiscutibles para otorgar a un lugar el título de "ciudad" es la capacidad comunitaria para embarcarse en obras públicas: construir templos, canales, monumentos, murallas. Los aldeanos prehistóricos, como los cazadores nómadas, dedicaban todas sus energías y sus crecientes conocimientos a su propia supervivencia. Nunca dispusieron de la mano de obra o de los recursos suficientes para emprender obras públicas, ni habían establecido una división del trabajo que les permitiera llevarlas a cabo. Aun cuando algún audaz recolector de alimentos hubiera tenido la idea de construir una muralla, ¿quién lo hubiera alimentado y cobijado mientras trabajaba en tan disparatado proyecto? Salvo raras excepciones, sólo comunidades numerosas y organizadas han emprendido obras públicas. De hecho, fue el descubrimiento de los grandes zigurats de Sumer y de las monumentales pirámides de Egipto lo que indujo a los arqueólogos a suponer que las primeras ciudades habían surgido en la denominada Media Luna Fértil durante el cuarto milenio a. de C.

Posteriormente, en los años 50, se hicieron nuevos hallazgos en relación con Jericó y sus murallas, de modo que los arqueólogos tuvieron que modificar algunas de sus conclusiones. Se demostró que Jericó ya era muy antigua cuando se construyeron las pirámides de Egipto; y las murallas de Jericó representan una obra pública de tal envergadura que forzosamente presuponen una cooperación y una división del trabajo comunitarias. Jericó tuvo muchas murallas, construidas y reconstruidas en distintas épocas: unas sobre los restos de las antiguas, otras en los diferentes contornos de la ciudad. Algunas las arrasaron pueblos invasores, otras las derribaron los temblores de tierra, y otras sufrieron la erosión del sol, de la lluvia y de los vientos al quedar abandonada la ciudad, circunstancia que se presentó más de una vez en el transcurso de su larga historia. Ahora bien, la más antigua muralla de Jericó data nada menos que del año 8000 a. de C., es decir, es anterior en cinco milenios a las pirámides egipcias y a los templos de Sumer. Además, esta primera obra pública conocida no era un simple amasijo de guijarros. Tratábase de una sólida estructura, fabricada con bloques de piedra traídos de fuera y asentados sin mortero ni argamasa. Mide unos 2 m de espesor en la base. Su altura original se desconoce, pero la parte más alta conservada,

Aunque no se hayan encontrado los restos de la muralla que, de acuerdo con lo que dice la Biblia, se hundió al son de las trompetas de Josué, he aquí las dos más viejas halladas. La tosca muralla que se distingue por encima de la cabeza del jornalero árabe mide unos 2 m de altura; está fabricada con grandes piedras y data del año 6000 a. de C. En cuanto a la muralla sobre la cual se sostiene en pie el jornalero, forman su aparejo piedras de menor tamaño, su altura alcanza los 7 m, y por su antigüedad (8.000 años a. de C.) tal vez sea la primera muralla urbana construida.



¿Qué pueblo –o qué desastre– destruyó la antigua Jericó? Esta xilografía alemana del siglo XV nos muestra a los sacerdotes de Josué derribando las murallas al son de las trompetas. Sin embargo, los testimonios arqueológicos indican que Jericó acaso fue destruida por un temblor de tierra; y no una, sino varias veces.

tras diez mil años de destrucción y de erosión, alcanza los 4 m, es decir, más del doble de la talla media del hombre que vivía en aquellos lugares durante el noveno milenio a. de C.

El hecho de que existiera una ciudad llamada Jericó y que ésta se hallara rodeada de murallas no sorprendió al hombre moderno. La mayoría de la gente había leído su historia en el Antiguo Testamento. E incluso quien no hubiera leído la Biblia probablemente habría oído hablar de lo sucedido a Josué en la batalla de Jericó y de "las murallas que se derrumbaron al sonar de las trompetas". La sorpresa surgió cuando se fecharon las murallas según las modernas técnicas científicas: Josué condujo a los israelitas a Palestina hacia el año 1500 antes de nuestra era, pero las murallas fueron levantadas más de seis milenios antes de que el caudillo israelita llevara a cabo su milagrosa hazaña.

En realidad, fue la historia de Josué lo que llevó por primera vez a los arqueólogos a Jericó. Ello sucedió en 1867, y el principal patrocinador fue el Fondo de Exploración de Palestina, el primer organismo de Gran Bretaña (y uno de los primeros del mundo) que emprendió investigaciones arqueológicas. Por aquel entonces, una ardorosa polémica entre las concepciones religiosas tradicionales sobre el origen del hombre y la teoría evolucionista de Charles Darwin dividía los espíritus. El objetivo del Fondo de Exploración de Palestina –al que el propio Darwin contribuyó con ocho guineas– era proceder a un estudio científico del país bíblico; y el complaciente Gobierno británico envió un equipo de adiestrados especialistas del arma de ingenieros con destino a Tierra Santa para colaborar en la parte técnica de las labores de excavación.

En Jericó los ingenieros localizaron la colina en que habían transformado a la antigua ciudad diez mil años de ocupación, de abandono y de intemperie. Los ingenieros iniciaron las excavaciones en el ex-

tremo sur del montículo. A tres metros de profundidad, no habían encontrado más material interesante que algunas maderas calcinadas, cuya importancia les pasó inadvertida. A unos siete metros de profundidad los trabajos quedaron interrumpidos: los obreros habían tropezado con un enorme muro de principios de la Edad del Bronce, es decir, de unos 3000 años antes de Cristo, si bien los investigadores no lo identificaron como restos de una muralla.

Quizá fuera mejor así, pues dicha construcción tenía quince siglos más que la que se supone que abatió Josué; y no es difícil imaginar la conmoción que habría causado en las almas piadosas de Gran Bretaña cualquier prueba arqueológica que viniera a contradecir el relato bíblico.

Cuarenta años después, una expedición austrogermana marchó a Jericó y realizó excavaciones en dicho lugar entre 1908 y 1911. Los arqueólogos descubrieron algunos fragmentos de cerámica, pero ni rastro de inscripciones fechadas o de monedas, que es lo que esperaban hallar, y tampoco supieron reconocer la gran antigüedad de las cerámicas descubiertas. Así, igual que el grupo británico que lo había precedido, el equipo austro-germano abandonó las excavaciones sin haber obtenido ningún hallazgo.

El fallecido John Garstang, que fue profesor de arqueología en la Universidad de Liverpool, es el especialista que inició la desorientación que Jericó debía sembrar en las cronologías bíblica y científica de la época. En las excavaciones que dirigió entre 1930 y 1935 localizó una doble muralla, y provisionalmente la adscribió a la época de Josué (más tarde se vio que la datación había sido errónea, pues dicha muralla era, en realidad, mucho más antigua). A medida que las excavaciones alcanzaban mayor profundidad, Garstang descubrió, con gran sorpresa, que en ninguno de los niveles inferiores del montículo –los ocupados por los más antiguos pobladores de Jericó– existían rastros de cerámica.

Este hecho planteaba un enigma. Durante años los arqueólogos habían supuesto que la cerámica era contemporánea de las más antiguas ciudades y aldeas, que constituía una creación de los primeros grupos humanos que renunciaron a una existencia nómada para establecerse definitivamente en un lugar concreto. Sin embargo, en Jericó se halló la prueba de la existencia de una comunidad numerosa y permanente que había florecido durante siglos sin saber lo que era la alfarería.

Este singular misterio no se resolvió en Jericó, sino en otras antiguas ciudades, donde se corroboró que no siempre estaba presente la alfarería. Sin embargo, fue la cuestión de la carencia de alfarería lo que condujo a los más asombrosos hallazgos en Jericó. Kathleen Kenyon, entonces directora de la Escuela Británica de Arqueología de Jerusalén, llegó a Jericó en 1952 para intentar descubrir rastros de alfarería o hallar alguna explicación para la ausencia de ésta. Y con ella se inició el conocimiento moderno de los orígenes de esta antigua urbe.

En sus primeras excavaciones, la señorita Kenyon tropezó con una muralla de inesperada antigüedad: la fechó hacia el año 6000 antes de Cristo. En publicaciones especializadas, K. Kenyon calificó su hallazgo como la más antigua muralla de ciudad conocida en el mundo. Cuatro años después confesó, en un nuevo artículo, haber utilizado deliberadamente la palabra "conocida", por cuanto estaba convencida de que Jericó tenía otra más antigua. Y así fue: no encontró sólo una, sino dos murallas más.

La primera de estas dos antiguas murallas que descubrió K. Kenyon había sido construida unos 7.000 años antes de Cristo. La formaban grandes piedras sin labrar, que sobresalían sin mortero ni argamasa por la parte exterior y que por su otra cara estaban incrustadas en una construcción de mampuestos y de rocas de unos tres metros de altura. Según estimaciones de Kenyon, la muralla propiamente dicha

debía de haber tenido más de cinco metros de altura. La cara interior servía simultáneamente de sostén a las casas edificadas a lo largo de la muralla. En cuanto a la otra muralla, databa del año 8000 antes de Cristo y se componía de piedras más reducidas que la anteriormente descrita; sin embargo, las piedras de esta muralla más antigua habían sido colocadas con mucho más cuidado. En algunos lugares la muralla todavía alcanzaba casi siete metros de altura, y sus cimientos se hallaban firmemente asentados sobre la roca madre, situada a una profundidad de 17 metros bajo la superficie del montículo. Por el lado exterior de los cimientos, los constructores prehistóricos excavaron en la sólida roca un foso de casi nueve metros de anchura y tres de profundidad. ¿Cómo pudieron realizar esta excavación y a costa de qué tremendos esfuerzos bajo el calor abrasador de Jericó? Es un enigma. En las cuatro hectáreas que ocupaba Jericó hacia el año 8000 antes de Cristo apenas podían vivir más de dos mil o tres mil habitantes. Sea como fuere, esta población consiguió acarrear el suficiente número de piedras del lecho de un río, situado a unos centenares de metros, para construir sus murallas, y luego logró excavar el fantástico foso. Quizás utilizaran martillos de piedra. Tal vez sabían cómo hacer resquebrajar la roca calentándola primero mediante hogueras y rociándola luego con agua. En fin, nadie sabe cómo lo consiguieron.

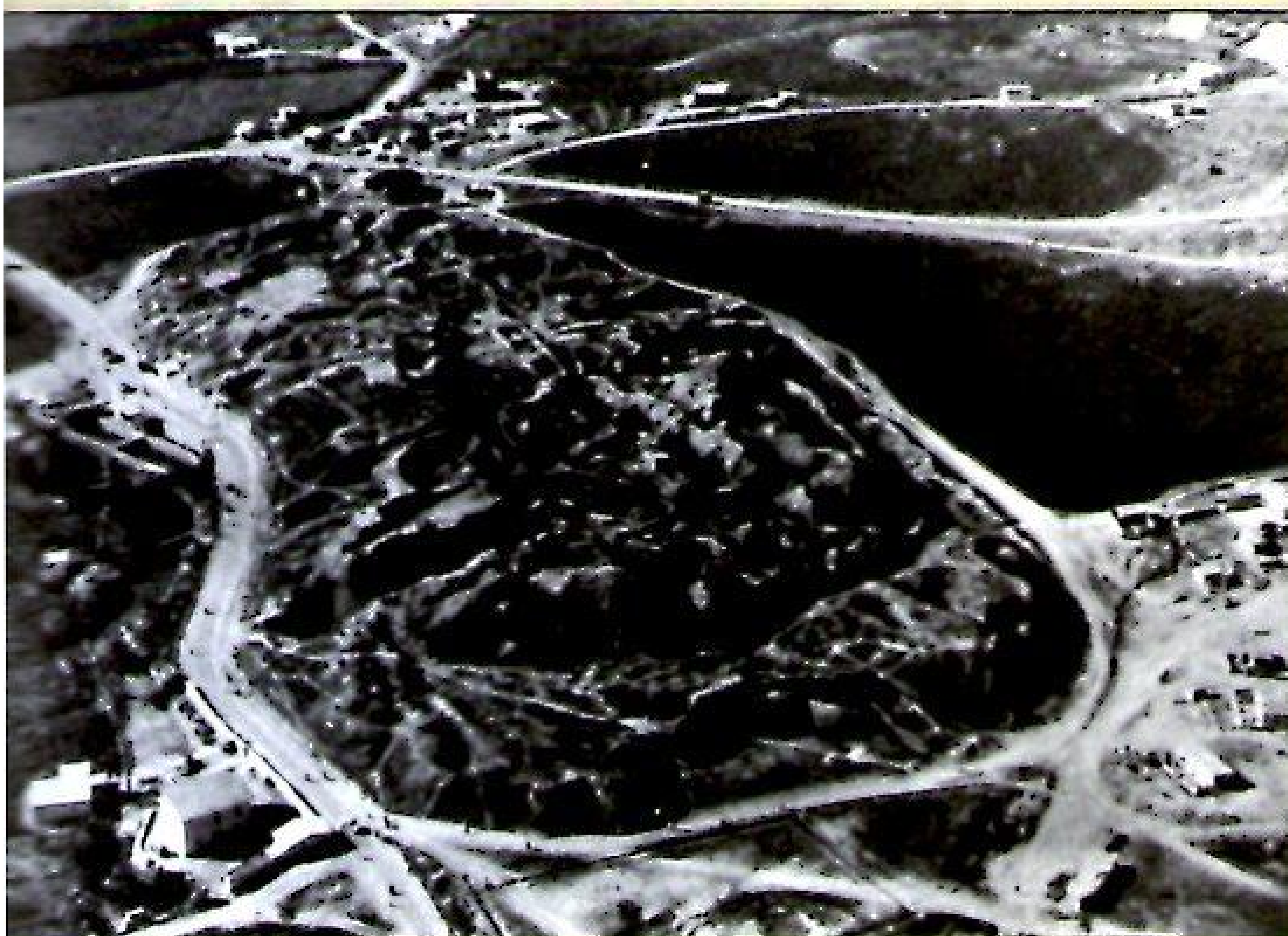
Actualmente, la muralla más antigua y su foso quedan en el fondo de la zanja abierta por los excavadores, a unos 17 metros de profundidad. Asomarse a tal abismo constituye una experiencia que da vértigo; es como mirar en un pozo insondable la oscuridad del pasado prehistórico. Sin embargo, un descubrimiento acaso aún más notable que el del foso mismo fue el de una sólida torre de piedra que se alzaba en la parte interior de las murallas, una construcción lo bastante alta y voluminosa como para poder compararla a los grandes castillos medievales franceses. El diámetro de dicha torre es de unos diez metros en la base, y aunque en ruinas, alcanza una altura de diez metros. En su interior hay una escalera, cuidadosamente construida, que desciende hasta un pasadizo horizontal al nivel casi de la roca madre. Cada peldaño está formado por una enorme losa de piedra, alisada a golpes de martillo. Losas parecidas, también alisadas, constituyen los techos de la escalera y del pasadizo situado abajo. No ha podido determinarse con certeza a dónde conducía tal pasadizo ni cuál fue el número inicial de los peldaños, ya que la escalera desaparece hoy bajo un montón de escombros, de más de 20 m de altura, dejados por los antiguos habitantes y por los arqueólogos contemporáneos.

En el fondo de la torre los excavadores de Kathleen Kenyon hicieron otro sorprendente descubrimiento: doce esqueletos, apiñados en un pequeño espacio. La datación les da una antigüedad de 9.000 años. ¿Son los restos de valientes defensores de Jericó? Aparentemente no es así, pues –otro misterio– la datación mediante el carbono 14 indica que la torre no se usaba y que se estaba desmoronando durante ese período. Quizá se tratara de una fosa común.

Alrededor de la torre, y a lo largo de la muralla, hay restos de obras públicas que resultan aún más desconcertantes que la muralla o la propia torre. Los excavadores hallaron sólo las paredes de estas construcciones, paredes sin abertura alguna, excepción hecha de un canal de 50 centímetros de profundidad situado en la parte superior. Ahora bien, cuando se descubrieron, estos canales estaban llenos de fango. La presencia del fango implica el paso de agua corriente. Y el agua corriente a tal altura implica la presencia de algún acueducto, ya fuera parte integrante de un sistema de saneamiento o bien estuviera destinado al riego.

Kenyon cree que estas construcciones pudieron haber sido realizadas para regar. No todos los arqueólogos comparten esta opinión, ya que la fecha del





Esta vista aérea de la ciudad de Erbil (arriba), en Irak, evoca el aspecto que debió de ofrecer el emplazamiento de Jericó (abajo). El promontorio sobre el cual se levanta Erbil, como el montículo que constituye el único vestigio de la Jericó prehistórica, está compuesto por las ruinas acumuladas de los sucesivos niveles de viviendas. No obstante, el montículo que recubre la antigua Jericó tiene mayor antigüedad y es más elevado.

7000 antes de Cristo parece demasiado temprana para una obra pública tan compleja.

En efecto, el agua es un elemento fundamental en la historia de Jericó. Esa historia se inició mucho tiempo antes que surgiera la ciudad, hace unos dos millones de años, cuando un gigantesco seísmo hendió la superficie de la Tierra en el Mediterráneo oriental y una larga franja de la corteza superficial se deslizó verticalmente varios centenares de metros. La fosa tectónica formada por este cataclismo tiene su origen en Siria, recorre Israel (donde su anchura varía entre 8 y 20 kilómetros), se convierte al llegar al golfo de Akaba en parte del mar Rojo, y forma luego la Gran Falla del Africa Oriental. El río Jordán, que nace en los montes del Líbano, fluye a través de esta fosa hasta el bíblico mar de Galilea, hoy denominado lago de Tiberíades, y desemboca finalmente en el mar Muerto a casi 400 metros bajo el nivel del mar.

Jericó está situada sobre una llanura entre esos dos mares y dos cadenas montañosas. La ciudad se halla a unos 350 metros bajo el nivel del mar, lo que la hace extraordinariamente calurosa, y el intenso calor del desierto produce en los alrededores de la ciudad una cegadora blancura, excepto durante algunas semanas en primavera. Pero no ocurría lo mismo en la antigua Jericó. Un manantial que brota de lo más hondo de la tierra dio origen a un oasis en tal lugar desde tiempos remotísimos. Todavía hoy corre el agua, que suministra regularmente unos 4.000 litros por minuto. Este caudal va a parar ahora a un moderno depósito con paredes de cemento.

Este inagotable suministro de agua, que brota en medio del desierto, ha calmado la sed de los sucesivos pueblos que ocuparon Jericó desde el noveno milenio antes de Cristo. Se han encontrado huellas de visitantes que frecuentaban el lugar con cierta regularidad desde el año 9500 antes de Cristo. Estos antiguos pueblos fueron los natufienses, grupo de trogloditas que vivían en las colinas circundantes, y que

Esta perspectiva aérea de Jericó abarca la ciudad moderna y el montículo polvoriento, de unos diecisiete metros de altura, bajo el cual yacen las diversas y sucesivas ciudades y murallas de la Jericó prehistórica. Se perciben en esta foto las señales de las excavaciones más recientes: la zanja excavada a la izquierda de la parte inferior de la imagen.



conocían el uso de las hoces, de los molinos de mano y de una especie de mortero de piedra para moler los cereales silvestres. Sus preocupaciones rebasaban lo puramente utilitario: en Jericó dejaron una misteriosa edificación que bien pudiera haber sido una especie de santuario. A juzgar por los restos conservados, consistía esencialmente en una plataforma ovalada de arcilla, reforzada con piedras; sus muros presentan dos huecos que quizá sirvieron de soporte a una especie de mástiles-tótem. En los escombros que lo rodean se descubrió una punta de arpón de hueso, instrumento que vincula a los natufienses con otros pueblos de aquella área.

Poco más se sabe sobre estos primeros ocupantes, de difícil identificación. Les siguió un grupo al que los arqueólogos clasifican, prosaicamente, como pertenecientes al período "neolítico precerámico A". Estos habitaron en Jericó alrededor del año 8000 antes de Cristo. Vivían en casas de planta circular, fabricadas con ladrillos de barro hecho a mano, sin ayuda de moldes, y secados al sol. Los ladrillos poseían una forma peculiar en escarpa, como si estuvieran corcovados en la parte superior, y así Kathleen Kenyon, la descubridora de tales restos, bautizó a estas gentes con el nombre de *pueblo de los ladrillos en escarpa*. Aunque no tuvieron propiamente cerámica, practicaron la cooperación y la división del trabajo para realizar obras públicas: construyeron una muralla, que reconstruyeron en varias ocasiones durante un período de 700 años.

A su vez fueron reemplazados, hacia el año 7000 antes de Cristo, por un grupo de gentes más avanzadas, que también construían con ladrillos, aunque de distinto tipo: tenían forma de cigarro puro, y llevaban en la cara superior un motivo de espiguillas trazado por los pulgares de los ladrilleros. Las huellas de los pulgares desempeñaban una doble función: el número de huellas sobre cada ladrillo indicaba el lugar donde se emplazaría en el muro, y los huecos formados por esas huellas retenían el mortero con que habían de trabarse los ladrillos. Pues, en efecto, esta nueva casta de habitantes de Jericó conocía ya el arte de fabricar un importante adhesivo, el mortero o argamasa, probablemente por el procedimiento de calcinar piedra caliza y mezclar luego la cal viva resultante con agua y arena. Tal procedimiento no lo utilizaron tan sólo para dar trabazón a las murallas de la ciudad; también emplearon el mortero para construir sus hogares, y la cal para enjalbegar paredes y suelos. De ahí el nombre que recibieron de *pueblo del suelo enyesado*. Tal vez procedían de una comarca vecina, quizá de uno de los innumerables montículos sin excavar de los desiertos del Próximo Oriente que todavía aguardan la azada de los arqueólogos.

Otro rasgo que diferencia de sus predecesores a los pueblos del suelo enyesado es la forma como construían sus casas: eran de planta rectangular. El paso de la vivienda circular a la de planta rectangular sigue siendo una etapa intrigante, y aun misteriosa, en la historia del hábitat humano. La circunferencia y el arco están presentes en la naturaleza: en la forma de un tronco de árbol, en el techo de una caverna, en el arco iris e incluso en la curvatura del lejano horizonte. Sin embargo, casi siempre, el rectángulo es una figura inventada por el hombre.

Los pueblos del suelo enyesado dejaron transcurrir cerca de un milenio sin levantar una nueva muralla. Pero hacia el año 6000 antes de Cristo habían construido una, de piedras mucho más voluminosas que las anteriores. Dentro del recinto las recientes excavaciones han desenterrado cuarenta esqueletos, que señalan claramente la razón de estos nuevos trabajos de fortificación. Los cuarenta esqueletos enterrados dentro de la muralla permiten suponer que era preciso proteger a Jericó contra agresores exteriores.

De hecho, existen otras pruebas de que la ciudad constituía un centro de atracción, por serlo también de la actividad comercial. Las ruinas de Jericó han

Una voluminosa torre de piedra, obra probablemente de carácter defensivo, del año 8000 a. de C., se alza a 10 m de altura, adherida a la cara interior de la antigua muralla de Jericó. La entrada se halla al fondo, donde está inclinado un hombre. Un estrecho pasadizo conduce a la escalera.



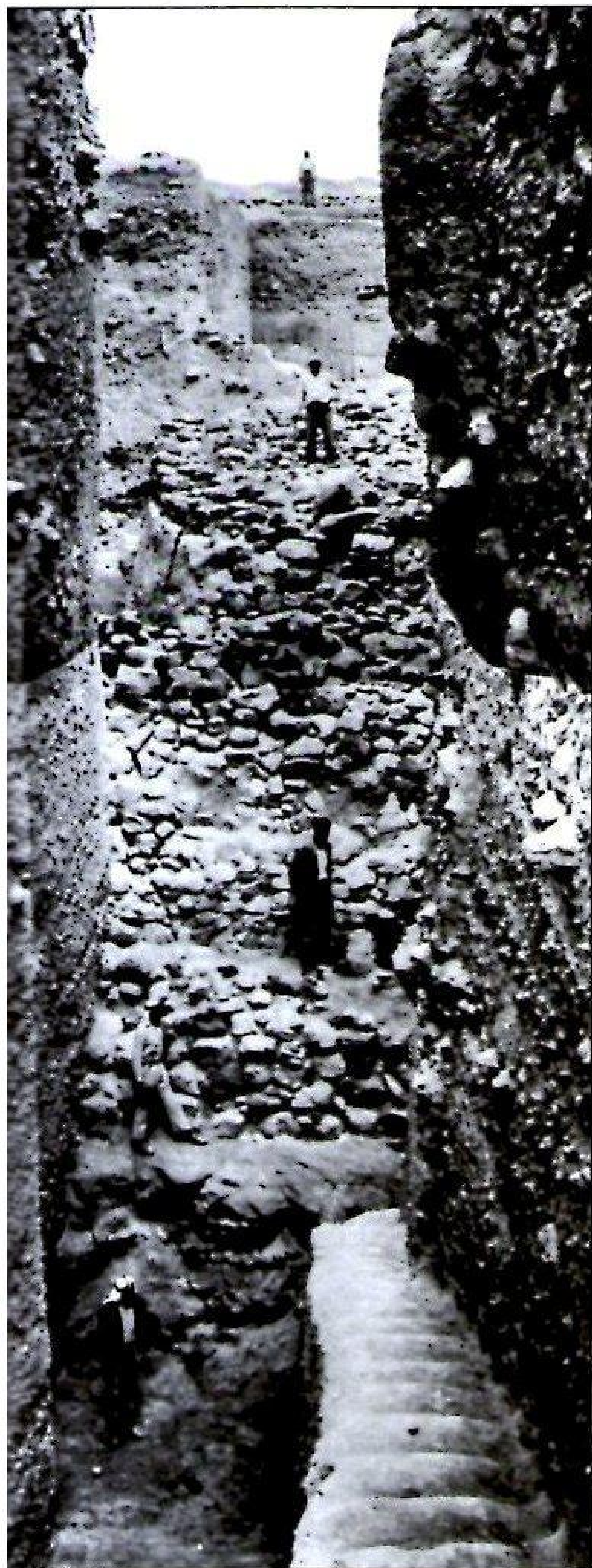
Examen profundo de la historia urbana

La ciudad más antigua hasta hoy descubierta se encuentra cerca de la moderna Jericó, sepultada a más de 20 m de profundidad, bajo una montaña de rocas, polvo, tierra y vestigios de otras sucesivas Jericó. Esta primera comunidad, asentada en un lugar que desde entonces ha sido objeto de ininterrumpidas ocupaciones, fue edificada hace unos 10.000 años.

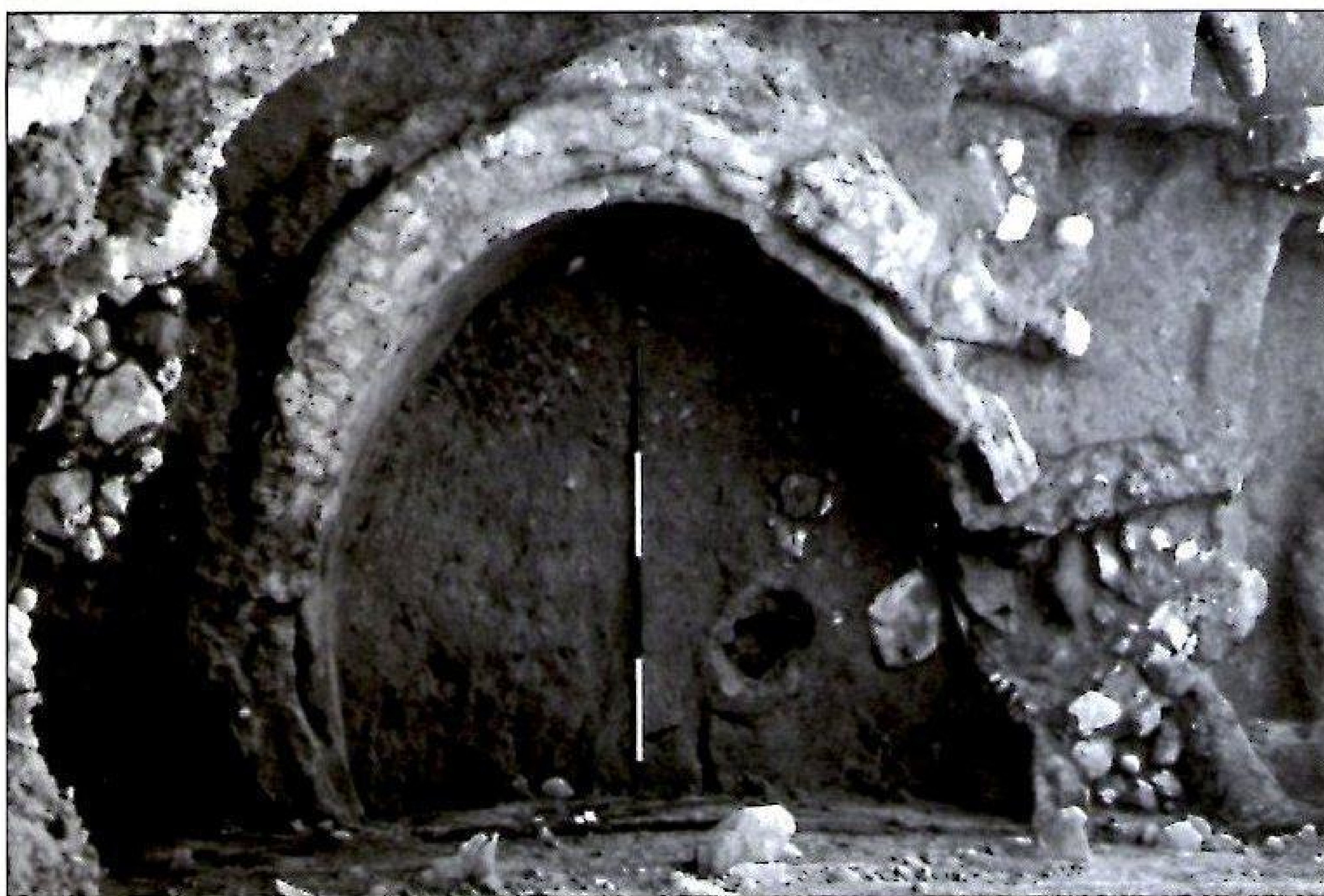
Pero a pesar de que numerosos excavadores trabajaron en esa zona durante varios decenios, la más antigua de las diversas Jericó no fue descubierta hasta que, en los años 50, Kathleen Kenyon, entonces directora de la Escuela Británica de Arqueología de Jerusalén, llegó excavando hasta el nivel más profundo. En éste descubrió las ruinas de pequeñas viviendas de planta circular, una voluminosa muralla defensiva de 1,80 m de anchura y una torre de 10 m de altura. Las viviendas (obsérvese una de ellas en la página siguiente, abajo, a la derecha) debieron de inspirarse en la forma de colmena de abejas características de las antiguas chozas de los nómadas; esta supervivencia indica quizá que estos primeros hombres sedentarios dudaron a la hora de abandonar los módulos que les eran familiares. No obstante, la muralla y la torre, cuya construcción era lo suficientemente sólida para soportar el deterioro del tiempo y de los hombres, nos muestran que esta primera ciudad, que abarcaba unas 4 ha y debía de albergar más de 2.000 habitantes, poseía ya la complejidad y la organización indispensables para la realización de tales obras públicas.

Estos cinco individuos indican los niveles de la Jericó prehistórica. El de la parte superior se halla situado en la superficie actual del montículo; el segundo se yergue sobre una torre que data del año 8000 a. de C.; los dos siguientes se hallan próximos a un muro de la misma época, y el último está en un foso excavado en la roca madre.

Dos tipos diferentes de viviendas caracterizan los dos primeros niveles de ocupación de Jericó. Hacia el año 7000 a. de C. sus habitantes construían las viviendas siguiendo un plano rectangular (debajo), aunque mil años antes los primeros ocupantes habitaban en viviendas de planta circular, como se ve en los restos de cimientos de la fotografía inferior.







brindado cada vez más vestigios de productos extranjeros: obsidiana, conchas marinas y hematites (este mineral de óxido de hierro fue muy estimado en la antigüedad por su color rojo). Estas mercancías, que habían de importarse, ponen de relieve el creciente movimiento de población en el Próximo Oriente. Y Jericó poseía numerosos atractivos para seducir a los forasteros. Afluían a ella minerales extraídos del vecino mar Muerto, principalmente sal, cuya importancia fácilmente se subestima en el siglo XX: la sal constituía un producto muy apreciado en la antigüedad, en especial para la conservación de los alimentos.

Hacia el año 8500 antes de Cristo había surgido en el Próximo Oriente un primitivo sistema de intercambios –el simple trueque de un artículo útil o apreciado por otro–, y hacia el año 7000 Jericó formaba parte de dicho sistema. La ciudad ocupaba un lugar privilegiado y muy apto para beneficiarse de este temprano comercio. Jericó se hallaba situada sobre una ruta natural del mundo antiguo: entre la llanura anatólica al norte, con sus yacimientos de obsidiana y de jade, y la población agrícola de Beidha al sudeste, con sus hematites y sus conchas marinas. Jericó debió de ser, por tanto, una importante etapa en esta antiquísima ruta comercial. Seguro que sobre los viajeros ejercieron particular atracción la sal, el agua y los productos alimenticios de la ciudad.

Debía de ofrecer por aquel entonces la imagen de una ciudad cabal, con sus obras públicas, tal vez con tropas dispuestas a defenderla, un centro de parada y fonda para los comerciantes nómadas. Nos lo demuestran los datos desvelados por las excavaciones. Sin embargo, algunos de los hallazgos de los arqueólogos no fueron de tan fácil interpretación. Las osamentas y los cráneos de algunos difuntos se conservaban dentro de las casas, sin que hasta hoy se haya podido averiguar la razón de tal costumbre. Pero resultan todavía más sorprendentes –tal vez sea este hallazgo el más singular de Jericó– algunos cráneos humanos de extraño aspecto que datan aproximadamente del año 6000 antes de Cristo.

Su hallazgo fue bastante espectacular. En el curso de las excavaciones dirigidas en 1953 por la señorita Kenyon, un fragmento de cráneo humano, blanco y resplandeciente, quedó a la vista durante todo un verano en la pared de una zanja abierta para las excavaciones. Pero Kathleen Kenyon, que gusta de las líneas rectas, dijo "que resultaría muy poco estético hacer hoyos en las paredes de la zanja". Así pues, prohibió que persona alguna extrajese aquel pedazo de cráneo. Sin embargo, ya a punto de concluir la temporada de excavaciones, acabó dando su autorización para retirar la pieza. En medio de la sorpresa general, los excavadores descubrieron entonces que la cara se hallaba revestida de yeso y que en el lugar de los ojos habían sido incrustadas conchas marinas.

Nada semejante se había descubierto hasta aquella fecha. En medio de gran excitación, los arqueólogos que acompañaban a K. Kenyon siguieron excavando. Tras este primer cráneo aparecieron otros dos, y una vez extraídos éstos se descubrieron tres más y, finalmente, un séptimo ejemplar. El día antes los miembros de la expedición habían hecho las maletas, pues se disponían a abandonar el lugar para no regresar hasta la temporada siguiente. No obstante, una vez descubiertos los cráneos enyesados, todo el mundo decidió quedarse una semana más; cada cual hubo de comer, sentarse y dormir sobre el puro suelo, mientras desenterraban y examinaban sus nuevos y sorprendentes descubrimientos.

Cada uno de los cráneos había sido envuelto con cuidado en una capa de arcilla y meticulosamente modelado para reconstruir el rostro que su propietario había tenido en vida. En efecto, ningún cráneo enyesado era idéntico a otro. La verdadera finalidad de tal práctica se desconoce, aunque probablemente fueran retratos de familia conservados por los descendientes. Varios milenios más tarde los romanos

Estas dos cabezas que muestran rostros del pasado no son esculturas, sino cráneos recubiertos de arcilla y en los que se han incrustado conchas en el lugar de los ojos. Fueron descubiertos enterrados en una de las antiguas murallas de Jericó. Tal vez se trata de un primitivo culto a los antepasados: aquellas gentes creían asegurar la inmortalidad del fallecido conservando los rasgos de su rostro.



encargaban y conservaban los bustos esculpidos de sus antepasados, y en los tiempos modernos la gente guarda los retratos familiares de sus antecesores.

Poco después del año 6000 antes de Cristo, Jericó fue abandonada. Sus habitantes emigraron, y las murallas, la torre y los restos de los antepasados quedaron a merced de las arenas del desierto. Transcurrió tal vez un milenio antes que Jericó fuera habitada otra vez, por una nueva raza de hombres. Y he aquí otra de las múltiples sorpresas que ofrece Jericó: estos nuevos habitantes parecen haber estado mucho menos civilizados que sus predecesores. No levantaron casas; sólo excavaron rudimentarios refugios. No dejaron sepulturas identificables; debieron de abandonar sus muertos a los elementos y a los animales. Tampoco construyeron murallas. Sin embargo, como curiosa excepción a las teorías arqueológicas, este pueblo, evidentemente demasiado primitivo para emprender obras públicas, conoció la alfarería.

Con estos alfareros, inexpertos en arquitectura, cabe decir que concluyó la etapa prehistórica de Jericó. Cuando un nuevo grupo de habitantes se estableció en la ciudad, hacia el año 3000 antes de Cristo, se iniciaba la Edad del Bronce. Los nuevos pobladores no sólo enterraban a sus muertos, sino que lo hacían en sepulturas, lo que ha proporcionado a los arqueólogos una valiosa fuente de noticias. Estos últimos ocupantes de Jericó excavaron profundos pozos en la roca caliza y esculpieron cámaras subterráneas, donde colocaron uno o varios difuntos junto con sus propiedades terrenas: collares, pañuelos, alimentos o muebles. Tales vestigios de su civilización han permitido al hombre de nuestros días reconstruir la vida en Jericó hace cinco mil años.

Y estos pueblos dejaron algo más: de forma inesperada se descubrieron otros asombrosos vestigios. En las excavaciones efectuadas en 1956 bajo la dirección de K. Kenyon, como suele suceder en tal género de expediciones, se encontraron los arqueólogos con que carecían del suficiente número de escalas para descender a todos los rincones y escondrijos de cierto interés en una excavación. Ahora bien, muchos arqueólogos saben por propia experiencia que una cuerda puede reemplazar a una escala: en la boca del pozo se coloca un compañero que sostiene una cuerda por la que el arqueólogo se desliza hasta el fondo ayudándose con los pies a lo largo de las paredes. Una vez concluida su misión investigadora, este último grita desde el fondo del pozo a su colega para que sostenga con firmeza la cuerda durante la subida.

Un día descendió un miembro de la expedición de Kenyon al fondo de un pozo utilizando tal recurso. Estalló entonces una súbita tormenta sobre Jericó. Al oír los truenos y divisar los relámpagos, el explorador llamó a su compañero para que sostuviera la cuerda que le permitiría volver a la superficie. Pero su colega, asustado sin duda por la tormenta, lo había abandonado a su propia suerte.



Estos triángulos superpuestos tal vez constituyen un símbolo mágico o un primitivo bosquejo de geometría plana; fueron grabados sobre un bloque de piedra caliza blanda, de unos 60 cm de longitud, que se localizó entre las ruinas de la antigua Jericó. Estos misteriosos signos tienen una antigüedad aproximada de 5.000 años.

El hombre, viéndose atrapado, gritó. Pero fue en vano, pues el estruendo de la tempestad ahogaba su voz. Así, sin otra cosa que hacer, el cautivo se puso a examinar los muros de su encierro.

Con gran sorpresa por su parte, descubrió inscripciones, dibujos grabados por el hombre cinco milenios antes. Había animales de largos cuernos, que tal vez fueran cabras. Había también árboles y dos personajes filiformes provistos de lanzas y de escudos. Tan fascinado quedó el arqueólogo con su hallazgo, que le costó volver a la superficie cuando su compañero acudió al rescate.

Las inscripciones descubiertas por casualidad no eran artísticamente demasiado valiosas, pero representaban un tipo de cultura que Jericó no había producido anteriormente. Y tal cultura se hallaba posiblemente vinculada a la que por la misma época floreció hacia el norte y el sur de la ciudad. Hacia el sur estaba Egipto, y al nordeste se encontraban las innumerables ciudades de Mesopotamia. La ruta que unía a estos gigantes del mundo antiguo y sus más modestos contemporáneos seguía, a lo largo del Jordán, la Gran Falla.

La Edad del Bronce, que duró cerca de quince siglos, asistió al florecimiento de estas civilizaciones. Durante ese período una serie de nuevos pueblos se sucedieron en Jericó, y muchos de ellos edificaron sus propias murallas. De hecho, las fortificaciones de la ciudad fueron construidas y reconstruidas al menos en veinte ocasiones entre los años 3000 y 2300 antes de Cristo. Esta incesante tarea reconstructora permite suponer que Jericó sufrió frecuentes ataques o se vio amenazada en múltiples ocasiones. La mayoría de estas murallas de la Edad del Bronce son dobles, estando separadas por un reducido espacio. Quizá los antiguos arquitectos escogieron deliberadamente tal solución, para que, si uno de los muros resultaba dañado por un ataque, por un seísmo o por el paso del tiempo, el muro paralelo lo reemplazara. Si se observan las ruinas, parece que ciertas partes de la muralla cedían a menudo, aunque pronto eran restauradas.

Los restos de estas murallas de la Edad del Bronce son desconcertantes por otros motivos. Se entrecruzan, se superponen, cambian de dirección hacia la parte interior o exterior de las viejas fortificaciones. Ya por entonces el emplazamiento de Jericó constituía una acumulación de cuatro o cinco mil años. Sumándose a la confusión procedente del embrollo de las murallas, la ciudad sufrió, en un período de unos quince siglos, sucesivas ocupaciones y abandonos. Cada uno de los pueblos que la ocuparon poseía una cultura diferente; y cuando la ciudad quedaba abandonada los elementos naturales la erosionaban, borrando así los hitos de su evolución.

El último aleteo de vida de la antigua ciudad fue el de la batalla bíblica de Jericó, que seguramente tuvo lugar alrededor del 1500 antes de Cristo. Las murallas que se abatieron ante Josué han sido borradas por la erosión. La civilización de dicha región continuó en otras ciudades conocidas del lector de la Biblia, en particular en Megiddo y Jerusalén. Jericó, sin embargo, como cumpliendo la profecía de la Biblia, quedó definitivamente abandonada poco después del asalto de Josué. Cuando en tiempos recientes volvió a ocupar el hombre aquel oasis, los nuevos pobladores eligieron un lugar situado algo más al sur.

Irónicamente, hoy día incluso la fuente que le dio vida parece haber abandonado los antiguos confines de Jericó. Esta fuente se encuentra ahora separada de la colina por una carretera, y sus aguas desembocan en un depósito de paredes de cemento parecido a una piscina medio vacía. Sus aguas se dirigen sin mayores formalidades a una red de canalizaciones que alimentan la moderna Jericó y fluyen por acequias que atraviesan el desierto hasta perderse de vista. En definitiva es también una obra pública, al igual que la muralla levantada, no lejos del lugar, hace cerca de diez mil años, por nuestros antepasados.

Capítulo tercero:
Los santuarios de Çatal Hüyük



Desde que se emprendió en serio, una vez acabada la Segunda Guerra Mundial, la investigación sobre los orígenes de la civilización urbana, pocos lugares han resultado tan enigmáticos y tan fascinantes como el emplazado sobre un polvoriento montículo, de casi veinte metros de altura, a orillas de un riachuelo del sur de Anatolia, en la Turquía asiática.

Tal región se encuentra muy distante de los lugares tradicionalmente reconocidos como cunas de la civilización, y los textos antiguos no la mencionan nunca como asiento de una comunidad de seres humanos. Y sin embargo, ahí está la colina, vestigio de una ciudad de unos 8.500 años de antigüedad, como mínimo. No era ni una simple aldea de agricultores ni una pequeña población; su superficie cubre unas 13 hectáreas, extensión más que suficiente para albergar a 6.000 individuos. Es el lugar más extenso de aquella época hasta hoy excavado. Al igual que Jericó, fue probablemente un centro comercial, aunque pudo asimismo deber su existencia a funciones de carácter religioso. Entre los edificios aquí excavados se registra un número tal de santuarios, que este enorme montículo bien pudiera cubrir una ciudad que, a sus restantes actividades, sumara la de constituir un centro religioso.

Nadie conoce cómo se denominaban a sí mismos los habitantes del lugar, ni cómo llamaban a su ciudad. Y de hecho, sólo se ha excavado y estudiado de forma exhaustiva media hectárea. El nombre que hoy se da a la ciudad, Çatal Hüyük, pertenece al turco moderno, y alude a un cruce de carreteras situado en el extremo norte de la colina. *Çatal* significa "bifurcación", y *Hüyük* quiere decir "montículo". No obstante, se conoce bastante bien cómo vivían sus habitantes. Las excavaciones de esta media hectárea han proporcionado muestras de viviendas y obras artísticas, así como fragmentos de huesos, polen y carbón vegetal, todo lo cual, analizado mediante modernas técnicas, nos permite averiguar cómo vestían y qué comían aquellas gentes, qué aspecto tenían, e incluso cómo enterraban a sus muertos. Basándose en los minuciosos pormenores proporcionados por los investigadores de las diversas disciplinas, es posible incluso reconstruir el comienzo de la jornada de un habitante de Çatal Hüyük hace unos ochenta siglos.

Cuando las primeras luces del amanecer cayeron sobre la ciudad una mañana de primavera del año 6000 antes de Cristo, acariciaron dulcemente los lisos tejados de las casas, hechas de adobe. Cada vivienda se recostaba sobre la vecina tan estrechamente como las casas de los indios pueblo que todavía pueden verse en el sudoeste de los Estados Unidos. Sin embargo, mientras que las viviendas de los pueblos estaban dispuestas en terrazas sobre la ladera de un acantilado, en Çatal cada casa se alzaba sobre las ruinas de la precedente y formaba sus propios acantilados a medida que el nivel del suelo se levantaba a causa de los escombros acumulados. Hasta el color de las paredes de Çatal era como el de las casas de los pueblos: el cálido matiz pardusco del barro. En Çatal, como en muchas de las viviendas de los pueblos, las casas carecían de puertas al exterior. La entrada a los hogares se efectuaba por el tejado, mediante una puerta de madera o una abertura provista de una escala *(páginas 48-49)*. Las puertas al nivel del suelo hubieran permitido la entrada de las aguas de las inundaciones y de los animales salvajes.

El sol se levantaba detrás de las montañas, cuyo color azul oscuro contrastaba contra el luminoso azul del cielo al amanecer. Dos de las cimas eran vol-

Este cazador con arco, que vivió 6.000 años a. de C., es una de las figuras humanas pintadas en el más antiguo fresco del mundo hasta hoy conocido. Se halla en un fragmento del denominado Santuario de la Caza de Çatal Hüyük, ciudad de más de 8.000 años de antigüedad cuyas ruinas han sido descubiertas en lo alto de un montículo que domina la llanura de Anatolia (Turquía central).

canes activos, y de vez en cuando lanzaban al aire su reprimida furia. Un tercer volcán, más cercano a la ciudad, estaba ya apagado. Los rayos solares que nacían tras las montañas brotaban como si fuera una erupción volcánica; se reflejaban en las aguas del riachuelo e iluminaban el claro verdor del trigo y la cebada en cierne. Alrededor de la ciudad, los campos de cultivo bordeaban al riachuelo.

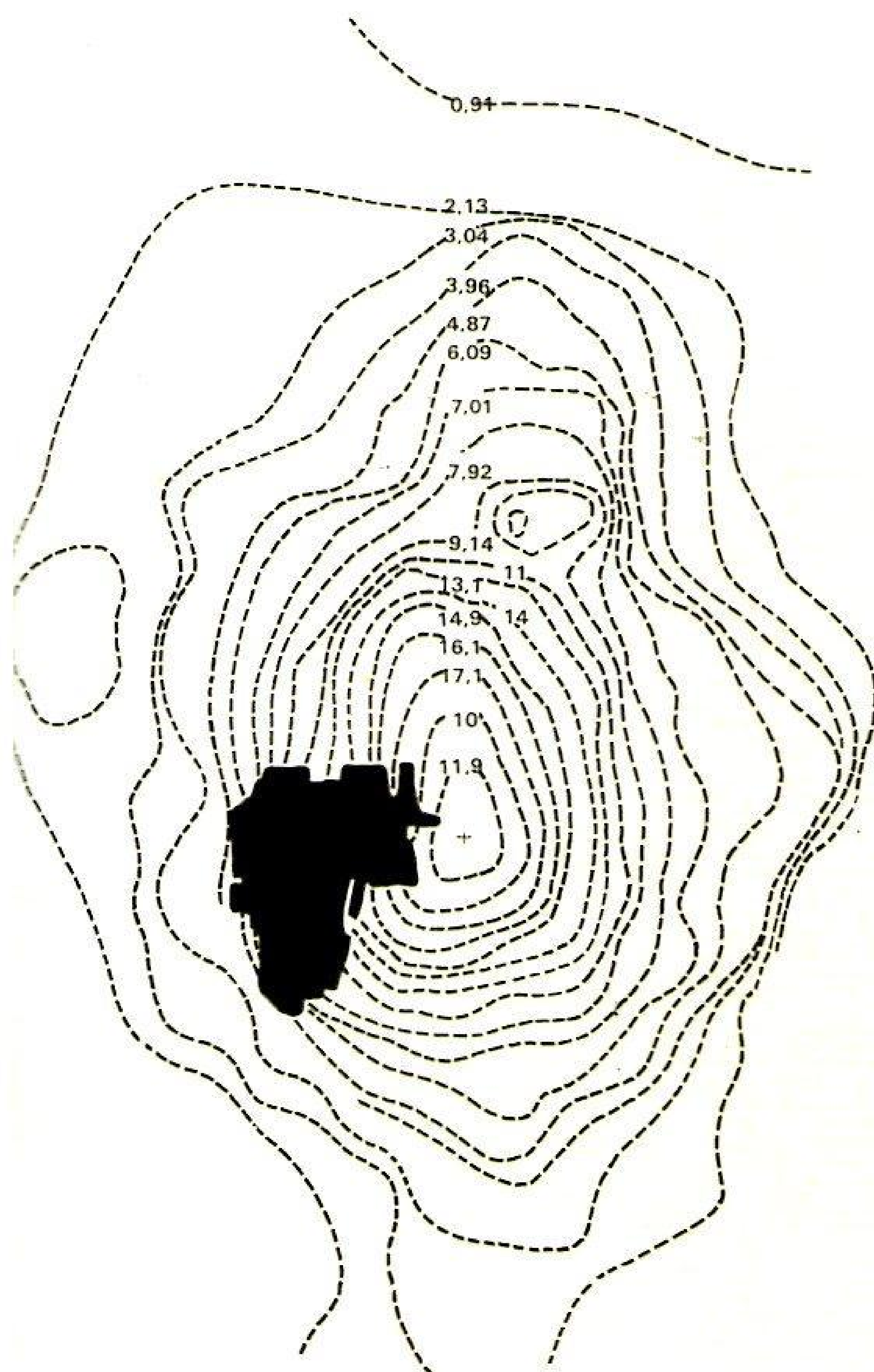
El canto del gallo no quebraba el silencio del alba, pues en Çatal Hüyük no se conocían las aves de corral. A lo lejos se oía un débil sonido seco de pezuñas resbalando sobre la grava del río; eran minúsculos rebaños de ovejas y de cabras que iban a abrevar. Algunos perros ladraban aquí y allá, pues las gentes de Çatal Hüyük tenían ya perros domesticados.

En una de las viviendas, el padre de familia se despertaba. Era un hombre relativamente alto (1,70 metros), musculoso y corpulento, de pelo negro y piel bronceada por el sol. Había pasado la noche tendido en una estera tejida, extendida sobre una baja plataforma de adobes en el rincón nordeste de la habitación. El sol lo había despertado al penetrar por la pequeña abertura emplazada cerca del techo e iluminar los peldaños de la escalera de madera que conducía al orificio de entrada, en el tejado. Buscó a tientas, en su plataforma de dormir, una especie de caja de herramientas. Era una pequeña bolsa de cuero que durante el día llevaba suspendida de la cintura mediante correas. Dentro había un amarillento pedazo de azufre natural cristalino, recogido en su última excursión a las colinas, y una herramienta de sílex que había tallado conforme a sus necesidades: en uno de sus extremos tenía un afilado rascador, en el otro, una especie de martillo, y en medio, un agudo filo que servía de cuchillo. Con este prehistórico "cuchillo de mil usos" el hombre podía cortar leña y hacer saltar chispas que mantenía vivas con el azufre, y así le era posible encender un fuego en breves minutos y realizar trabajos domésticos.

La vestimenta de nuestro hombre, que llevaba tanto de noche como de día, consistía en un taparrabo bastante suelto, hecho de una tela ligera, seguramente de lana. Sus sandalias de cuero yacían cerca de su camastro, pero subió descalzo por las escaleras; era una mañana cálida y tenía los pies habituados a los peldaños. Entornó un momento los ojos a causa del resplandor del sol, caminó sobre el liso tejado de su propia vivienda, atravesó luego el del vecino y, por otra escala, descendió a un patio situado a unos siete metros de distancia. Este espacio abierto lo constituían, de hecho, las ruinas de una casa como la suya, abandonada tras la partida o la muerte de sus ocupantes. Por aquel entonces el tejado y las paredes se habían derrumbado y el lugar se había convertido en basurero y retrete público de la vecindad. Quienes lo utilizaban corrientemente, arrojaban allí las cenizas de sus hornos y hogares, y unos pocos puñados de ceniza bastaban para cubrir el montón de basuras y combatir las moscas y los malos olores.

Cuando volvió a casa, encontró ya en pie a su mujer y a sus hijos. Habían dormido separados de él, sobre una amplia plataforma situada junto a la pared este de la gran habitación –de seis metros por siete–, cerca de la cocina y del calor de las cenizas del hogar. La cocina consistía en un horno circular adosado a la pared sur, y cerca de él, en el suelo, un hogar abierto. Los humos se evacuaban por el orificio del techo.

El hombre encendió el fuego en el hogar, mientras su mujer se dirigió a la despensa a través de una pequeña abertura en la pared de adobe. En ella había un gran recipiente, de un metro de altura, hecho de arcilla y muy limpio. La mujer extrajo un puñado de granos por un pequeño orificio que había en la parte inferior del recipiente: éste se llenaba por arriba y era vaciado por el fondo, de manera que los granos más antiguos y más expuestos a la humedad eran los primeros que se extraían. La mujer estaba embarazada y envejecía ya a sus 28 años.



El montículo de 13 ha de superficie y 18 m de altura que recubre la antigua ciudad de Çatal Hüyük aparece en este roquis topográfico, en el cual las curvas numeradas indican la altitud, en metros, sobre la llanura de Konya. La media hectárea excavada en el decenio de los 60 aparece en negro. En este lugar se han hallado artefactos que datan del año 6500 a. de C., y los arqueólogos calculan que la fundación de la ciudad se remonta al 8300 a. de C. Por causas desconocidas fue abandonada hacia el 5600 antes de Cristo.

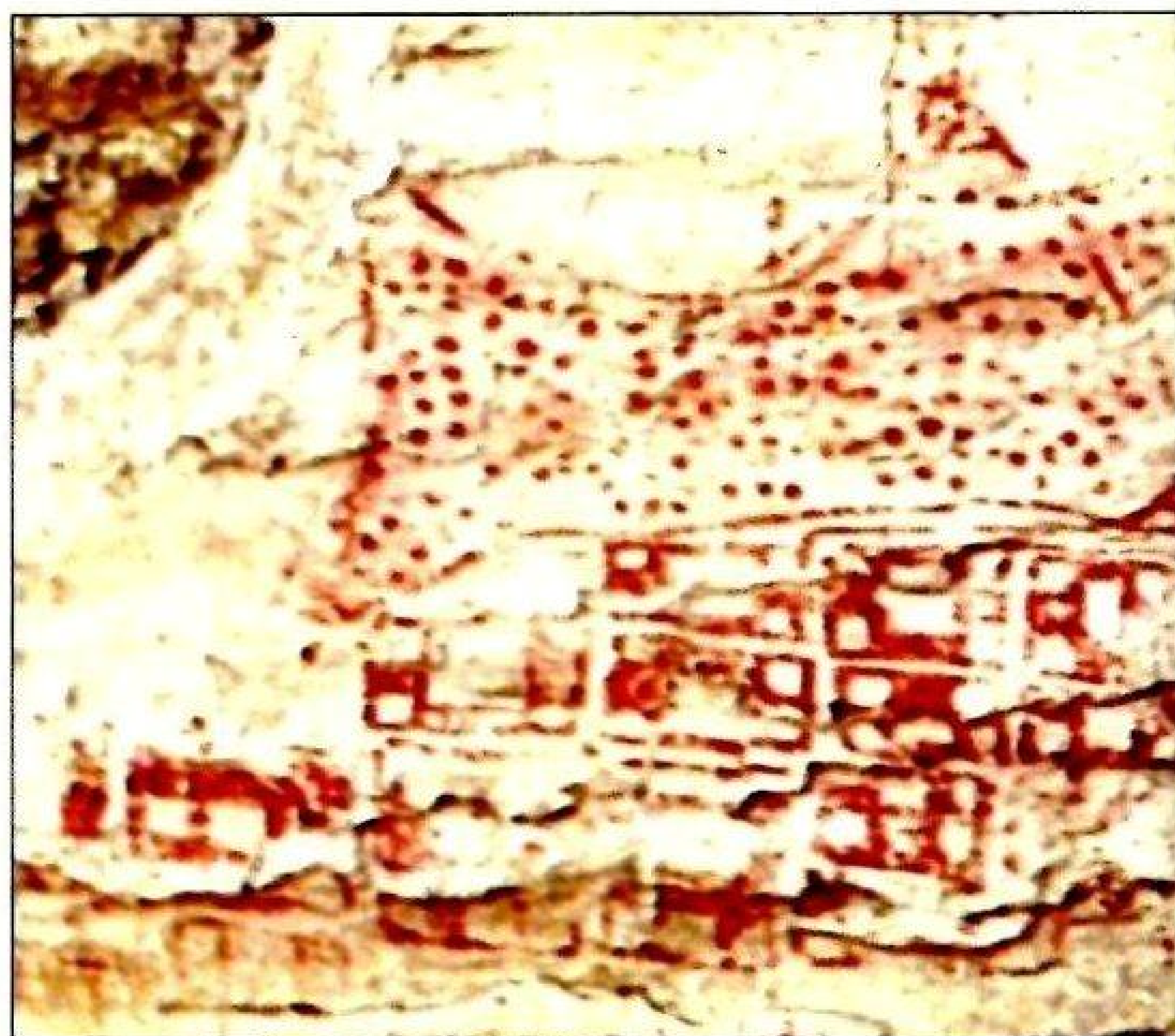
Aquella mañana imaginaria la familia comió una suerte de gachas de leche y cereales, acompañadas de restos de carne, sobras de la comida anterior. La madre daba de mamar a su hijo pequeño al tiempo que alimentaba al mayor con una cuchara fabricada con una costilla de buey. Era un instrumento ingenioso: las gachas, vertidas en el extremo más ancho del hueso, fluían con lentitud hacia el más estrecho, para caer al fin, a pequeñas dosis, en la boca del niño.

Entonces se inició la jornada. Al primogénito se le envió al río a buscar agua para la comida y para lavarse, así como para cuidar a los animales encerrados en los corrales comunitarios emplazados fuera de la pequeña ciudad.

La mujer se puso a confeccionar un cesto entretejiendo juncos del río. Dicho cesto habría de recoger los preciosos granos de trigo y de cebada que cada día se extraían de los recipientes de arcilla y de los que toda la familia se alimentaba. El hombre trepó de nuevo al tejado para ver si necesitaba reparación, tarea ésta que se realizaba anualmente. El tejado se componía, en primer lugar, de una estera de cañas estrechamente entretejidas que descansaba sobre las vigas del techo, impidiendo que los fragmentos de yeso cayeran en la habitación. Encima se había dispuesto una capa de toscos haces de caña, atados y colocados en hilera. Sobre estos haces había una cubierta de barro espeso y una mano de yeso elaborado con arcilla blanca de un yacimiento no muy distante. Este tejado no sólo debía proteger la vivienda de las lluvias (unos 400 milímetros al año), sino que también servía de paso a las casas restantes. Tenía que ser muy sólido, pues hacía también las veces de calle, de ocasional lugar de trabajo e incluso de dormitorio al aire libre o de lugar de reunión durante las calurosas noches estivales. (Todavía hoy, en esta parte de Turquía, los campesinos utilizan escaleras de mano para subir a los lisos tejados, donde duermen en verano.)

La primavera era una época de singular actividad en Çatal Hüyük. Una vez concluidas las lluvias, todos los edificios debían sufrir alguna reparación, luego había que sembrar, y, finalmente, tenían que celebrarse complejas ceremonias en honor de los difuntos. Las casas tenían una estructura de postes de madera y de tablones entrecruzados en paredes de adobe. Estos adobes, a los que se daba forma en moldes de madera, solían medir 35 centímetros de largo por 16 de ancho y 9 de alto, y eran colocados con una azuela. El barro constituye un material de construcción fácil de trabajar, pero con la humedad no tarda en deteriorarse. Por esta razón, cada primavera, una vez pasadas las lluvias, había que efectuar reparaciones; luego, con la sequedad del estío, los adobes y la mano de yeso que los recubría se endurecían antes de la llegada del otoño. Dentro de las casas, por encima de los adobes se daba una fina capa de yeso diluido en agua. (Los arqueólogos han contabilizado hasta 120 capas de yeso superpuestas en las paredes, lo que indica otras tantas reparaciones sucesivas.) El yeso lo recubría todo: las plataformas de dormir, el hogar, el horno, las paredes, el techo, el suelo; el aplicarlo debió de requerir un abrumador trabajo.

Nadie podría asegurar que el hombre y la mujer de que hablamos consagraran la jornada a estas actividades primaverales. Tal vez cuidaban la tierra o el ganado. No obstante, los agricultores debían de constituir una minoría, pues ninguna comunidad de parecida densidad hubiera podido producir alimentos agrícolas en cantidad suficiente para alimentar a 6.000 personas, teniendo en cuenta las múltiples tareas a las que se dedicaban los habitantes de Çatal Hüyük. La ciudad debió de ofrecer mercancías y servicios al área circundante. La mujer acaso fabricara cestos para esta forma de comercio. El hombre, por su parte, debía de ser una especie de artesano; en efecto, aunque no se ha descubierto en su vivienda ninguna herramienta especializada, dicha ciudad



era buena conocedora de las artes textiles, producía una cerámica de cierta calidad y bellas obras de arte. Podemos también suponer que la pareja desempeñaba alguna función sacerdotal; en la media hectárea excavada en Çatal Hüyük, una de cada tres casas estuvo destinada al culto.

El trabajo no faltaba en Çatal Hüyük. Hace ocho mil años la ciudad había alcanzado un alto grado de urbanización: poseía una mano de obra especializada, mantenía un intenso comercio con el mundo exterior, había alguna forma de organización cívica capaz de dirigir estas diferentes actividades, se hacían obras de arte y se levantaban complicados santuarios.

Desde el inicio de la excavación de Çatal Hüyük, a comienzos de los años 60, el nivel de progreso de la ciudad sorprendió y exasperó a los especialistas. A esta generación de arqueólogos, formados en la creencia de que las primeras concentraciones urbanas no surgieron hasta el cuarto milenio antes de Cristo, y

Esta pintura, descubierta en el muro de un santuario de Çatal Hüyük, proporciona una imagen contemporánea de esta antigua urbe. Se observan en ella edificios que se levantan en terrazas y un fondo que representa los dos cráteres en erupción del volcán Hasan Dag (izquierda), el cual se encuentra a casi 130 km de distancia. Gracias al radio-carbono, este fresco ha podido ser fechado hacia el 6200 a. de C. Es el paisaje más antiguo que se conoce.



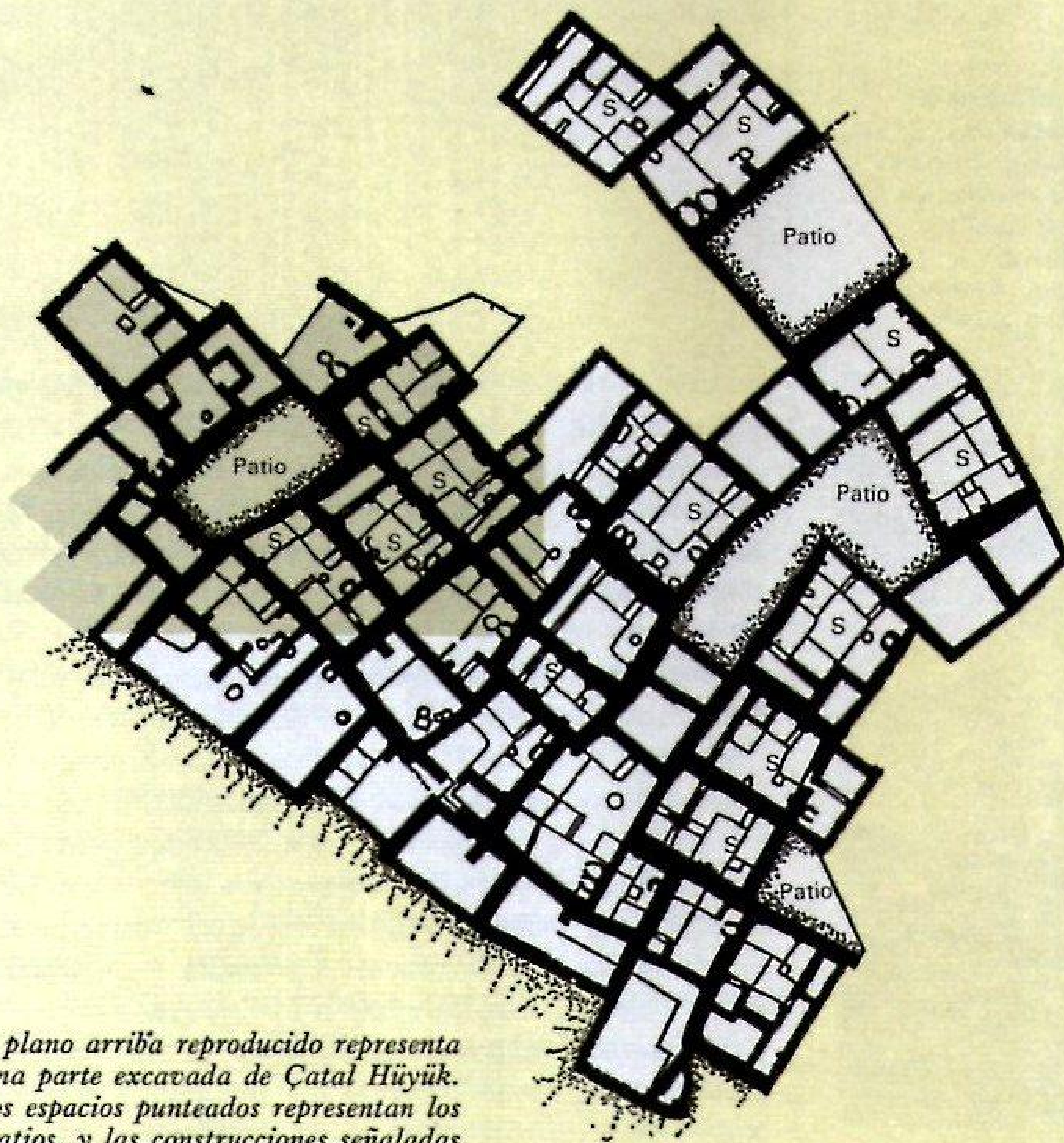
además sólo en Mesopotamia, Çatal Hüyük les parecía una incongruencia tanto por su emplazamiento como por su antigüedad y por su tamaño. También era un misterio su prosperidad. Todos estos enigmas los complica todavía más la personalidad del descubridor y principal biógrafo de la ciudad, James Mellaart, del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres. Es un personaje tan enigmático y enérgico como debieron de serlo los propios habitantes de Çatal Hüyük.

Desde su mocedad Mellaart adquirió fama de arqueólogo "afortunado", fama que seguramente le proporcionaron algunos de sus sorprendentes descubrimientos; pero la verdad es que se trata de un infatigable trabajador, bien preparado para la misión que lo ocupa. En 1952 fue ayudante de Kathleen Kenyon en Jericó. Allí, una tarde, al salir a dar una vuelta, advirtió sobre el suelo una extraña sombra, una ligera depresión... que resultó ser una tumba con unas cuarenta vasijas de alfarería intactas. En otra ocasión, en Chipre, invitado por sus compañeros a bajar a la ciudad para una fiesta, optó por quedarse en el campamento, alegando estar falto de recursos. Mellaart se dirigió entonces al lugar donde habían estado excavando, y aquel día descubrió un fabuloso tesoro de bronces micénicos.

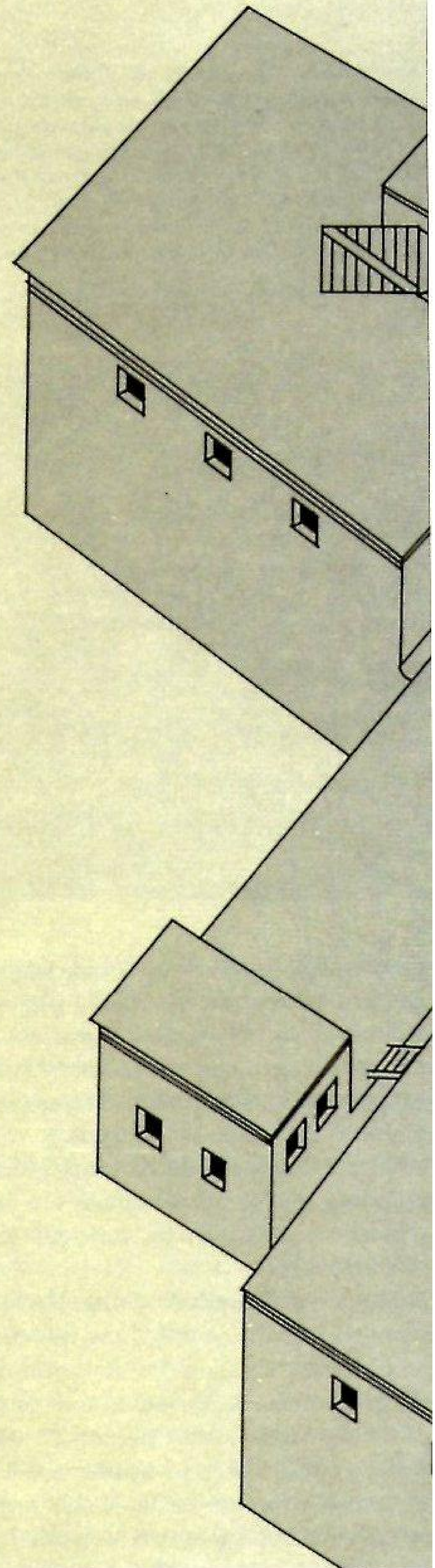
Sin embargo, Turquía era el país que más le atraía, pues estaba casi sin explorar y prometía ricos hallazgos. Mellaart se pasó dos años recorriendo la gran meseta de Anatolia, con una mochila por todo equipaje y los bolsillos de sus holgados pantalones llenos de piedras para arrojar a los perros merodeadores. Muy pronto la figura de aquel forastero, que usaba gafas y tenía una cara redonda y un enmarañado pelo, se hizo familiar a los aldeanos turcos; y mientras aprendía su lengua, éstos le mostraban colinas, inscripciones incompletas semienterradas entre hierbajos y lugares en donde sus arados habían puesto al descubierto fragmentos de objetos de alfarería. En 1957 Mellaart comenzó a excavar en la meseta de Anatolia, en Hacilar, pequeño yacimiento arqueológico de unos 150 metros de diámetro y cinco de altura. Los trabajos realizados permitieron extraer cerámica pintada y vestigios arquitectónicos que demostraban que el lugar había sido habitado en el transcurso de dos períodos separados por un considerable intervalo de tiempo. Durante el primero de esos períodos, hacia el año 7000 antes de Cristo, fue una primitiva aldea agrícola; durante el segundo, cuyos restos estaban a un nivel superior, hacia el año 5700, alcanzó mayor desarrollo.

En alguna parte, pensó Mellaart, tenía que existir otro yacimiento que llenara este lapso de trece siglos. Entonces recordó haber divisado varios años antes, cerca de Konya, un enorme montículo de singular aspecto. En 1958, con dos de sus colaboradores, Mellaart se puso a excavar en aquel lugar.

Gran parte del montículo "estaba cubierta de broza



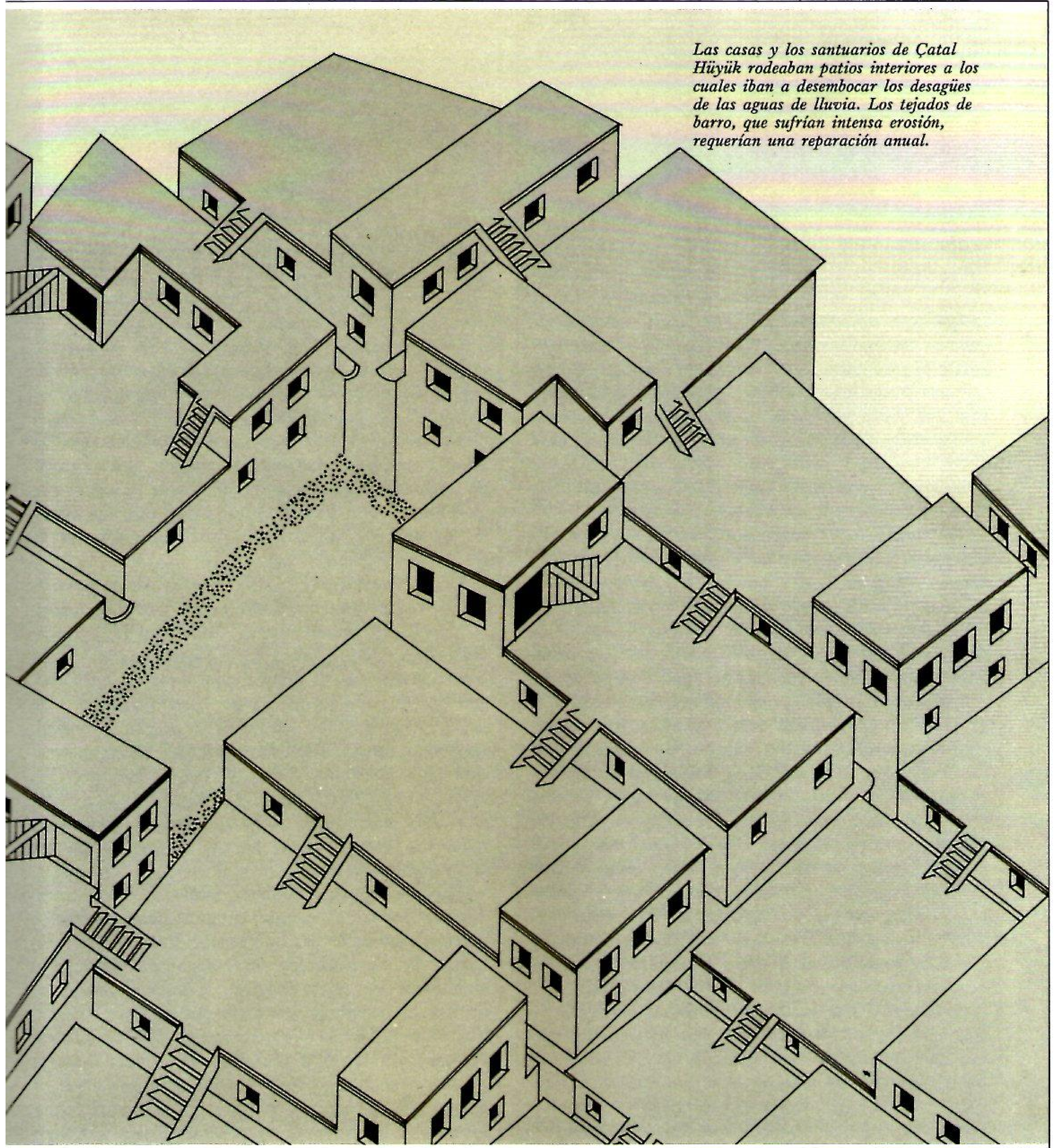
El plano arriba reproducido representa una parte excavada de Çatal Hüyük. Los espacios punteados representan los patios, y las construcciones señaladas con una S son los santuarios. La zona coloreada se reproduce a la derecha.



La ciudad asalta la colina

En gran medida, la apariencia de Çatal Hüyük en el año 6100 a. de C. estaba condicionada por la forma del montículo sobre el cual se levantaba la ciudad. Este montículo había crecido a medida que se levantaban nuevas edificaciones sobre las ruinas de las antiguas viviendas. Para construir sólidamente sobre estos niveles desiguales, los habitantes apiñaban sus viviendas con objeto de que cada muro de adobes sirviera de soporte a otro.

El resultado de ello es evidente en el plano de arriba, que representa una parte de la ciudad excavada por James Mellaart, y en la imagen que se forja este arqueólogo de los edificios de aquella época *(derecha).* Como las viviendas estaban muy juntas, los techos en terrazas, comunicados por medio de escaleras, servían de calles a los habitantes, y se entraba a las viviendas por puertas abiertas al nivel del segundo piso.



Las casas y los santuarios de Çatal Hüyük rodeaban patios interiores a los cuales iban a desembocar los desagües de las aguas de lluvia. Los tejados de barro, que sufrían intensa erosión, requerían una reparación anual.

y de malas hierbas" –escribió más tarde Mellaart–, "pero donde los vientos dominantes del sudoeste habían denudado su superficie, se observaban rastros inequívocos de construcciones de adobe de color rojizo, en intenso contraste con manchas de grises cenizas, huesos rotos, fragmentos de alfarería y herramientas y armas de obsidiana. Nos sorprendió descubrir todo esto no sólo en la parte baja de la colina, sino incluso en la cima." Esa colina, que se extendía sobre unas 13 hectáreas, era Çatal Hüyük. Apenas hubo concluido los trabajos de Hacilar, en 1961, Mellaart regresó para explorar el nuevo yacimiento.

El procedimiento más rápido y más cómodo para hacerse una idea de la edad y el contenido de una colina consiste en practicar una zanja vertical hasta alcanzar el suelo virgen del fondo. Sin embargo, las dimensiones del lugar eran tan grandes, que Mellaart decidió seguir el procedimiento más costoso: excavar horizontalmente cada estrato, trozo a trozo.

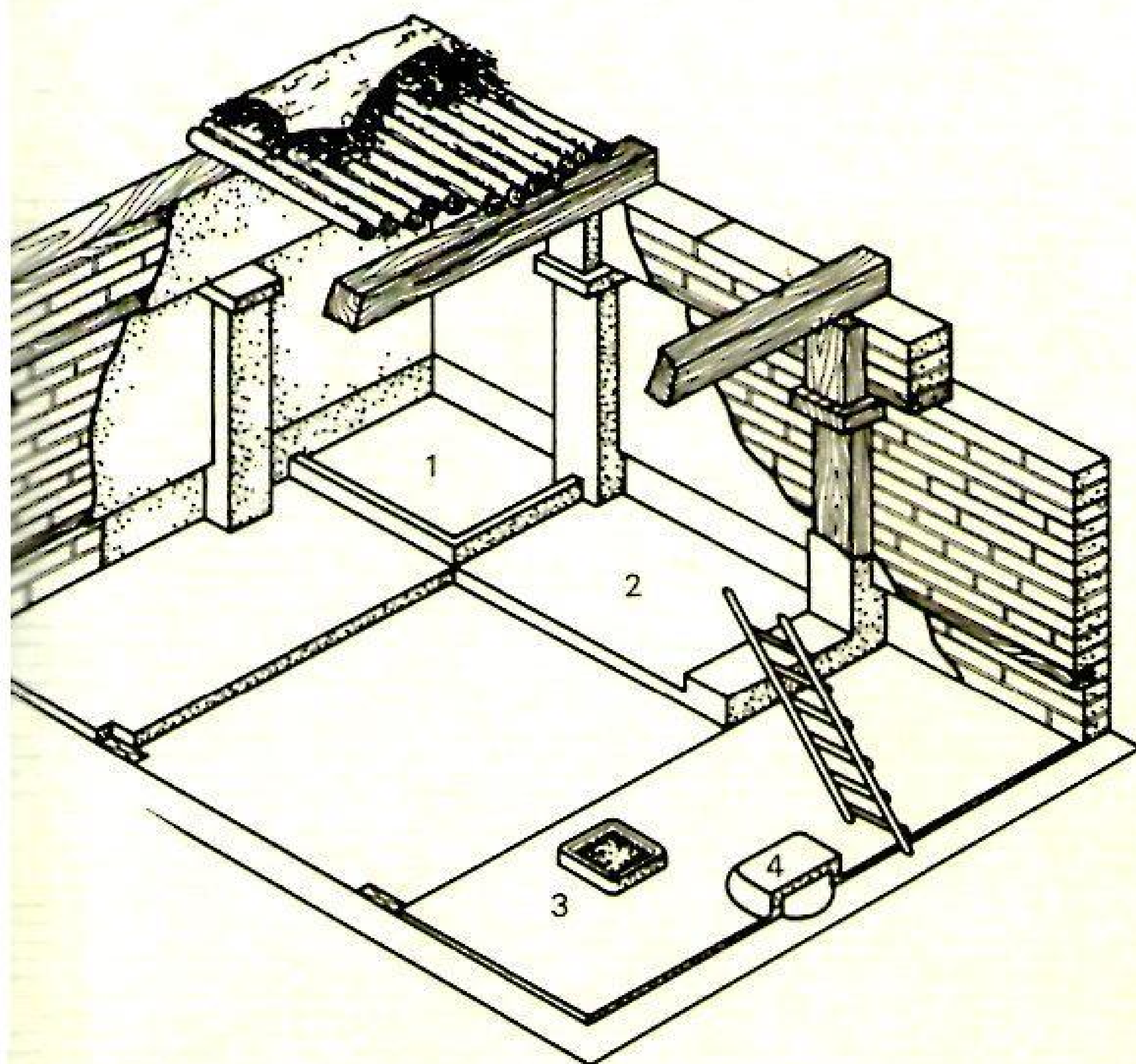
Fue una feliz idea, ya que el primer hallazgo que proporcionó Çatal fue un tesoro que un corte en vertical seguramente hubiera dañado. Una serie de pinturas murales se conservaban todavía intactas después de 8.500 años, e indudablemente las hubiera seccionado una excavación en sentido vertical. En ellas se representaban grandes bóvidos rojos o negros, rodeados de hombres filiformes rojos. Había también leopardos retozones, salpicados de manchas circulares y enfrentados cabeza contra cabeza, así como ciervos, danzarines con taparrabos blancos y pieles de leopardo, un hombre golpeando un tambor, acróbatas desnudos, pájaros, flores y cazadores.

Al parecer, los frescos se pintaron directamente sobre las paredes con un pincel muy fino, por artistas que no necesitaron trazar antes un esbozo. Las paredes se preparaban con una capa blanca de yeso arcilloso sobre la cual los colores resaltaban con fuerza y viveza: el rojo, el castaño y el amarillo procedían del óxido de hierro; el azul claro y el verde se extraían del cobre; el color malva y el púrpura, del manganeso; el gris, de la galena, y el negro se fabricaba a base de hollín doméstico. Todos estos colorantes se mezclaban probablemente con grasa animal.

Una asombrosa pintura apareció ante los arqueólogos: la escena, que ocupaba enteramente las paredes este y norte de un edificio, estaba compuesta por varias hileras de cuadrados mal dibujados, como si fueran casas pintadas por un niño *(páginas 46-47)*. Se amontonaban unas junto a otras, elevándose a modo de gradas. Pero lo más sorprendente de tal pintura se hallaba en el fondo, donde aparecían dos cimas de las que irradiaban líneas paralelas y docenas de trazos punteados.

Los arqueólogos quedaron boquiabiertos e intrigados, hasta que recordaron la presencia de volcanes en las proximidades de Çatal Hüyük. La pintura, concluyeron, debía de representar una ciudad contemplada por el artista, sin duda la de Çatal, con las dos cimas del volcán Hasan Dag, de más de 3.000 metros de altura, en erupción. El Hasan Dag es el único volcán de dos cimas en la Anatolia central, y se divisa desde Çatal. Ningún ser vivo lo ha visto en actividad, pues se extinguió hace 4.000 años. Sin embargo, se hallaba activo en el año 6200 antes de Cristo, cuando se hizo este fresco, tal vez el primer paisaje pintado en el mundo.

Igualmente sorprendentes resultaron otras pinturas murales en las que se representaban gigantescos buitres planeando sobre cuerpos humanos decapitados. No tardaron los arqueólogos en descifrar el significado de estas imágines al excavar las plataformas de dormir de las viviendas de Çatal Hüyük. Bajo ellas habían sido enterrados esqueletos de seres humanos, la mayoría provistos de cráneo. Algunos llevaban vestidos y otros habían sido envueltos en ligeras alfombras, y su postura era la misma representada en los frescos: encorvados y puestos de lado o bien extendidos sobre la espalda.



La vivienda característica de Çatal Hüyük, que este dibujo muestra en sección, era una estructura de unos seis metros por siete construida con adobes. Dos pesadas vigas sostenían un techo plano hecho de maderos más ligeros y haces de cañas, cubiertos por una capa de barro seco. El interior de la vivienda, de paredes enyesadas, se subdividía en zona de trabajo y zona para dormir. El cabeza de familia ocupaba la plataforma de dormir situada al fondo de la pieza (1), mientras que su mujer y sus hijos dormían sobre la otra plataforma (2), situada cerca del emplazamiento de la cocina, que se ve en primer plano. Esta última se hallaba provista de un hogar abierto (3) y de un horno, como mínimo, cuya superficie superior era plana (4). Desde la cocina, una escalera de mano conducía a un orificio practicado en el techo, que era el único acceso a la vivienda y que servía asimismo de chimenea.

Mellaart sacó la conclusión de que los cuerpos decapitados en las pinturas debían de ser un símbolo de muerte, y que quizá los buitres desempeñaron algún papel en los ritos funerarios. Los cadáveres tenían que ser descarnados, para impedir su putrefacción, antes del enterramiento dentro de la casa. Y los buitres debieron de realizar eficazmente esta labor, puesto que dejan el esqueleto limpio sin llevarse los huesos a otra parte para consumirlos, como hacen los perros y las hienas. Todavía hoy, en Turquía, los buitres prestan un importante servicio eliminando así los animales muertos.

Mellaart cree que los cuerpos de los difuntos probablemente eran trasladados a las afueras de la ciudad y colocados sobre altas plataformas de madera, que los protegían de las hienas y de otros animales carroñeros y que, al mismo tiempo, los exponían a los buitres. Las lluvias, el viento y los rayos solares remataban aquella labor. Cuando llegaba el tiempo de los trabajos de reparación y de revoque anuales, los esqueletos eran llevados a su morada definitiva bajo las plataformas de las casas. Parece que fueron enterrados en grupos, y existen pruebas de que algunos cadáveres quedaron expuestos a los elementos mucho más tiempo que otros. Es digno de mención que a los hombres se les enterraba siempre bajo la plataforma del nordeste de las viviendas en tanto que los restos de las mujeres y de los niños yacían bajo la plataforma de la pared este, la más próxima al hogar de la cocina. Tal disposición permitió a Mellaart deducir los respectivos lugares donde debían de dormir.

Los edificios excavados en Çatal Hüyük revelan algo más que los usos funerarios y el emplazamiento de los lechos. De los 139 edificios por él estudiados, Mellaart asegura que no menos de cuarenta eran santuarios. La mayoría de estas construcciones eran mayores que las viviendas, pero estaban construidas según el mismo plan. Había en ellas plataformas de

Tesoros funerarios

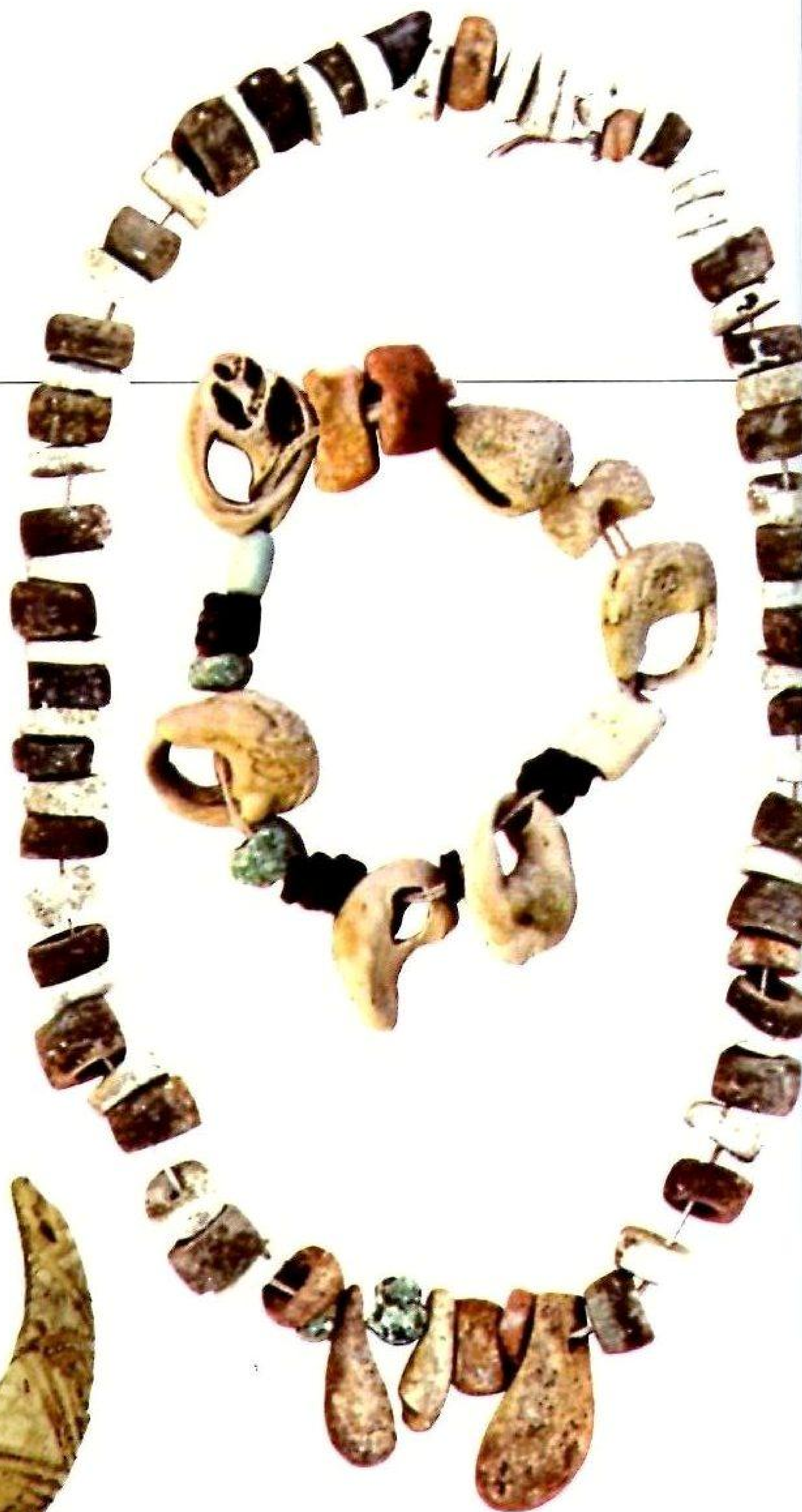
Los objetos sepultados junto con los difuntos en Çatal Hüyük muestran el refinamiento a que había llegado el ornato personal en el año 6000 antes de Cristo. Los artículos más extendidos entre las mujeres eran los de joyería, y entre los hombres, armas como el cuchillo finamente trabajado de la página siguiente. Determinados objetos eran notables no sólo por la pericia del artesano, sino también por el material de importación utilizado: sílex procedente del sur de los montes del Tauro, o conchas marinas recogidas en el litoral del Mediterráneo.



Estos anillos (arriba) proceden de secciones transversales de un hueso hueco. El anillo del centro tiene una excrecencia ósea natural.



Este collar grabado fue hecho con un colmillo de jabalí dividido en dos partes. Los agujeros servían para hacer pasar un bramante que unía los dos fragmentos.



Un collar de cuentas negras y blancas de piedra caliza, adornado con dos dientes de ciervo, rodea un brazalete de conchas de caracol recortadas de suerte que pueden observarse las espiras.



Este puñal tan finamente labrado consta de una hoja de sílex montada sobre un mango de hueso esculpido en forma de serpiente enroscada. Esta arma, que muestra pocas señales de haber sido usada, se reservaba probablemente para ceremonias religiosas.







Estos corchetes, hechos de hueso (arriba, a la izquierda), sujetaban una vestimenta masculina. La especie de hebilla reproducida a la derecha estaba destinada al mismo fin, y se utilizaba para las ceremonias.

dormir, hogares y escaleras de mano para subir al tejado. La principal diferencia radicaba en la decoración: en estos edificios se descubrieron casi todas las obras artísticas, cuyo carácter sugiere una finalidad religiosa.

Resulta singular que la mayoría de los frescos que simbolizaban la vida ocupaban los muros oeste, y los que simbolizaban la muerte decoraban los muros este, directamente encima de las plataformas que recubrían las tumbas. Mezclados con los frescos había relieves murales y bancos, lo que en esa época constituye un fenómeno poco corriente. Algunos relieves consistían en cabezas de toros estilizadas, hechas de arcilla, pero con cuernos auténticos. Hileras de cuernos decoraban algunos bancos. Sobre las paredes, grabados en el yeso o en forma de bajorrelieves, había estilizados leopardos y pechos femeninos de los que sobresalían grandes mandíbulas y colmillos.

Casi todos los relieves y los bancos habían sido pintados, y algunos de ellos, tras haber sido recubiertos de yeso, fueron pintados de nuevo con colores. Es probable que el yeso blanco se empleara para secularizar los santuarios una vez hubieran cumplido su finalidad –esto es, tras los ritos de una gran ceremonia– y que esas edificaciones fueran pintadas de nuevo para la ceremonia siguiente.

No se conoce el género de ceremonias que se desarrollaban en tales santuarios. Se han hallado huesos de animales en vasijas y algunos granos calcinados en los muros del hogar. Sin embargo, al parecer, ningún sacrificio animal tuvo lugar dentro de los santuarios, pues en ellos no existe rastro de ara para los sacrificios ni de desagüe para la sangre vertida. En cualquier caso, subir el animal vivo hasta el tejado, meterlo por el orificio de entrada y bajarlo al santuario hubiera sido difícil empresa.

A pesar de la presencia de cabezas de toros, símbolos más bien masculinos, Mellaart cree que la prin-



Los artículos de tocador descubiertos en Çatal Hüyük demuestran que las mujeres de la ciudad se maquillaban ya en aquella época. Arriba, a la izquierda, una concha que contenía carmín; los fragmentos de hueso (centro) se utilizaban para aplicar las sombras azules o verdes que hacían resaltar los ojos. La mujer estudiaba en un espejito de obsidiana (abajo) el efecto causado por su maquillaje.

cipal deidad del Çatal Hüyük prehistórico era femenina, ya que una diosa aparece representada en muchas pinturas y bajorrelieves del lugar. Y entre las ruinas se han hallado 41 diminutas figuras, unas de arcilla y otras de piedra, 33 de las cuales son femeninas y sólo ocho masculinas. Como en las estatuillas de Venus del hombre de Cro-Magnon, el rostro de la diosa carece casi de facciones, pero tiene los senos henchidos y el vientre opulento y, a menudo, adornado con pintura. Un evocador bajorrelieve nos muestra a la diosa con una larga cabellera que parece flotar tras su cabeza, igual que si corriera en frenética carrera. Otros la representan sentada, con ambas piernas extendidas y los brazos estirados hacia arriba y hacia delante, como una especie de caricatura de una danzarina oriental (Mellaart interpreta esta posición como símbolo del parto). Muchas representaciones de la diosa la muestran acompañada de leopardos. En una escena los leopardos sostienen los brazos de la diosa, y en otra ésta lleva sobre sus hombros a cachorros de leopardo.

Las grandes líneas de la existencia en Çatal las esbozó el propio Mellaart, con el auxilio de un amplio equipo de especialistas. Mellaart evoca con humor sus iniciales contactos con Hans Helbaek, paleobotánico danés que a partir de semillas carbonizadas y de restos de polen identifica los cereales que los hombres prehistóricos utilizaban como alimento, y partiendo de tales datos deduce la forma y la fecha en que aquéllos comenzaron a cultivar dichos vegetales. Helbaek había aceptado estudiar las muestras procedentes de Çatal, y Mellaart, ingenuamente, llenó varias cajas de semillas y de granos, los limpió muy bien y se los remitió. La respuesta de Helbaek, exasperado, no se demoró: le explicó que los granos limpios de poco podían servirle, y que lo que quería era recibirlos en el estado en que habían sido descubiertos, entremezclados con toda la porquería y las materias residuales del lugar de que procedían.

Así adoctrinado, Mellaart pensó que era mejor invitar a Helbaek a pasar una temporada en Çatal. Helbaek confesó más tarde que los hallazgos paleobotánicos hechos allí constituían "los depósitos cereales primitivos más importantes, más ricos y mejor conservados hasta entonces descubiertos". En el curso de su labor, Helbaek clasificó y examinó cerca de tres millones de muestras. Entre éstas identificó catorce tipos de plantas alimenticias cultivadas, las más frecuentes de las cuales eran dos especies de trigo aún sembradas en Europa y en Asia –la escanda y la esprilla–, así como cebada, trigo candeal y una variedad de guisantes. Los granos de trigo de la especie esprilla –hacía notar Helbaek– eran gruesos y casi uniformes, mientras que los de la especie escanda eran pequeños e irregulares. De ello dedujo que esta última había empezado a cultivarse más recientemente: los granos no habían alcanzado todavía la forma estándar, señal de una completa adaptación al cultivo. Los habitantes de Çatal Hüyük conocían también una especie de algarrobilla silvestre, y cultivaban una subespecie, la denominada algarrobilla amarga, que probablemente utilizaban para hacer sopas. Cultivaban también la bolsa de pastor y una hierba parecida a la mostaza cuyos granos proporcionaban un aceite semejante al aceite de linaza.

Hecho aún más notable, en opinión de Helbaek, fue el hallazgo entre las ruinas de vestigios de almendras, de bellotas, de pistachos y de almezas. Ninguno de estos frutos crecía espontáneo en la llanura circundante, y su presencia en aquel lugar es una clara demostración de que ese pueblo había establecido contacto con individuos y productos situados a bastante distancia en una región montañosa.

Complementaban este régimen alimentario con la leche y la carne suministradas por los animales domésticos –ovejas, vacas, cabras– y con los alimentos que proporcionaba la caza. Los huesos de uro –antepasado salvaje de los bóvidos de hoy– se en-



Esta Diosa-Madre, representada durante el parto, parece monumental, pero su altura no alcanza los veinte centímetros. Esta figurita de arcilla, descubierta en un recipiente para granos, parece haber estado destinada a obtener abundantes cosechas. La cabeza ha sido restaurada.

Símbolo de la fecundación, este fragmento de piedra representa a la izquierda el abrazo de un dios y una diosa; a la derecha, la diosa sostiene el fruto visible de su unión: un niño.



Un dios masculino, al que le falta la cabeza, montado sobre un leopardo, fue representado en este fragmento de piedra caliza de color castaño. Otras estatuillas muestran a este dios montado en un toro o incluso con la figura de este animal.



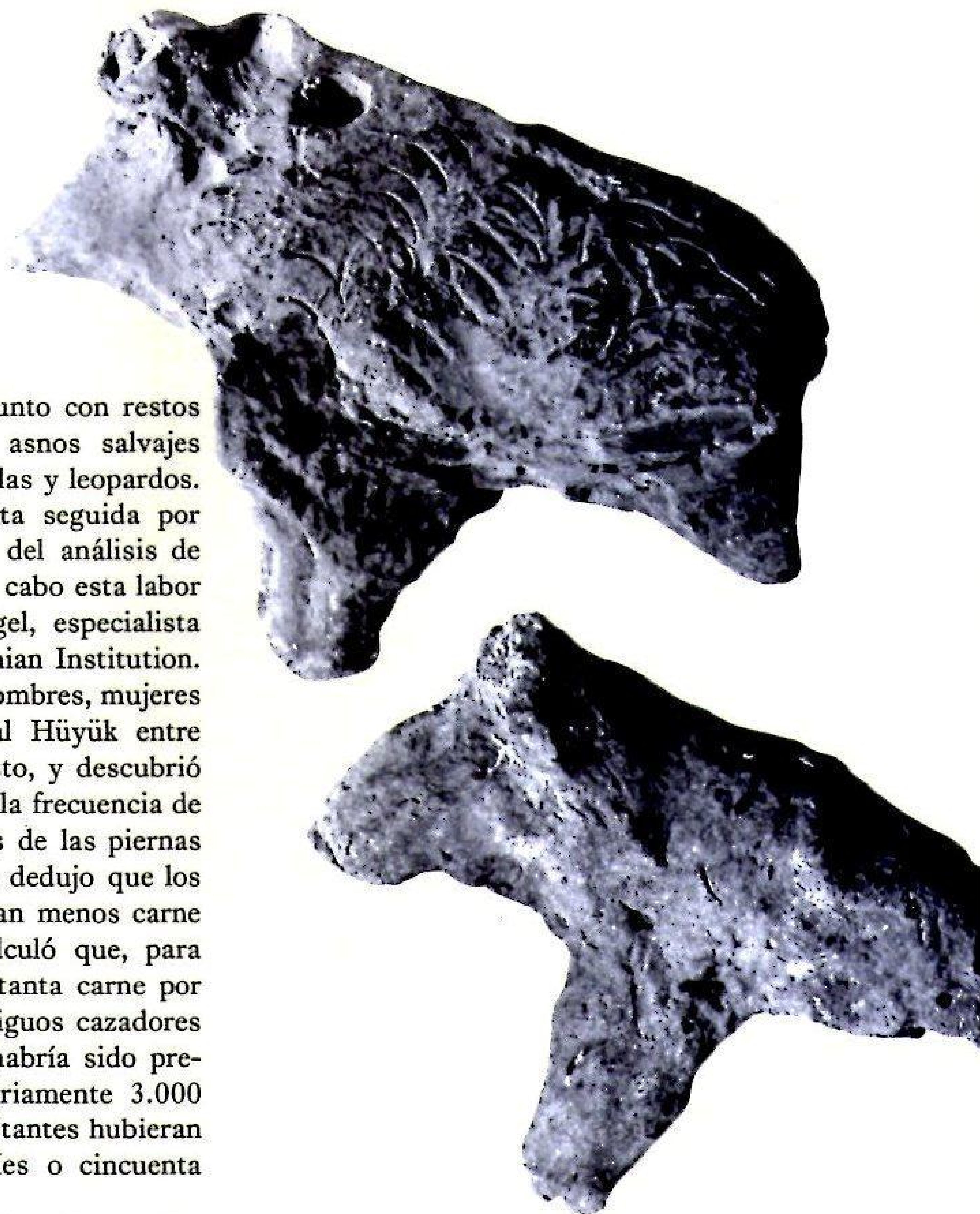
Un panteón familiar

La extensa variedad de estatuillas religiosas localizadas en los numerosos santuarios de Çatal Hüyük parece indicar que los habitantes de esta antigua urbe adoraban a gran número de divinidades. Sin embargo, ¿fué así?

Según el arqueólogo James Mellaart, que excavó una zona de la ciudad, todos los dioses son miembros de una familia divina: padre, madre e hijos, representados aquí con diferentes aspectos. La Diosa-Madre, que es la figura más destacada de este panteón, es representada en ocasiones joven y ágil *(derecha)*, mientras que en otros casos tiene los rasgos de una matrona metida en carnes y, evidentemente, encinta *(izquierda)*. En ambos casos su papel era el de la todopoderosa madre Tierra, de quien dependía el éxito de la caza y de las cosechas, cuestión vital para la colectividad.



Esta escultura de piedra caliza evoca el poder de la Diosa-Madre sobre los animales salvajes: permanece de pie, sin experimentar ningún temor, detrás de un leopardo moteado y lustroso, y lleva una especie de echarpe.



cuentran también entre las ruinas, junto con restos de otras presas: ciervos, jabalíes, asnos salvajes y, ocasionalmente, zorros, lobos, gacelas y leopardos. Otras indicaciones acerca de la dieta seguida por aquellos hombres pueden deducirse del análisis de los huesos humanos, y para llevar a cabo esta labor Mellaart acudió a J. Lawrence Angel, especialista en antropología física en la Smithsonian Institution.

Angel estudió 288 esqueletos de hombres, mujeres y niños que habían vivido en Çatal Hüyük entre los años 6200 y 5800 antes de Cristo, y descubrió síntomas de una dieta deficiente por la frecuencia de una ligera deformación de los huesos de las piernas en determinados individuos. De ello dedujo que los habitantes de Çatal Hüyük consumían menos carne que sus antepasados nómadas. Calculó que, para aprovisionar a aquella población de tanta carne por persona como la que comían los antiguos cazadores —esto es, una media libra diaria—, habría sido preciso que Çatal Hüyük recibiera diariamente 3.000 libras de carne, para lo cual sus habitantes hubieran debido matar tres uros, doce jabalíes o cincuenta ovejas cada día.

Aunque el cambio de dieta había afectado ya a los huesos de los ciudadanos, su dentadura quedó a salvo. Esta tenía seis veces menos piezas defectuosas que la de un estadounidense medio de nuestro tiempo. Como término medio, la dentadura de las gentes de Çatal presentaba menos de una pieza defectuosa por persona.

Otra significativa observación de Angel sobre la dentadura nada tenía que ver con el régimen alimentario: advirtió en las mujeres un desgaste semicircular del primer incisivo superior. Se debió, muy probablemente, al hábito de apretar entre los dientes las duras cañas durante la labor de trenzado de los cestos, o tal vez a la costumbre de morder el extremo de una especie de taladro empleado para trabajar ciertos instrumentos domésticos de madera.

Fragmentos de estatuillas de arcilla cocida que representan a un jabalí (arriba) y un toro, los cuales provienen de piezas deliberadamente rotas en el curso de un antiguo ritual de caza practicado en Çatal Hüyük. Es evidente que estas figurillas, cuyos pedazos han sido hallados en pozos próximos a los santuarios, fueron rotas con la finalidad de favorecer la caza. Las huellas de uñas visibles sobre el jabalí representan las cerdas del animal.

Las mediciones de los huesos informaron a Angel de que la talla media de las mujeres era de cerca de 1,58 metros en tanto que los hombres alcanzaban 1,70 metros, talla superior a la de sus predecesores de épocas anteriores. También vivían más tiempo, si bien las mujeres eran menos longevas que los hombres, pauta que no se modificó hasta el siglo XIX de nuestra era, cuando la longevidad de la mujer comenzó a superar a la del hombre. Su longevidad fue en parte deducida del estudio de la formación de los huesos, lo cual indica la edad en el momento de fallecer. En Çatal Hüyük, los hombres vivían un promedio de 34 años, y sólo unos pocos llegaban a la cuarentena; las mujeres morían por término medio a los 30, es decir, un año y medio más tarde que las de épocas anteriores. Dado el porcentaje anormal de esqueletos de mujeres entre 15 y 30 años –es decir, en el período de procreación–, Angel dedujo que muchas mujeres debieron de morir de parto. Ahora bien, la adición de un año o año y medio en su promedio de vida constituía un hecho transcendental: les permitía dar a luz otro niño, aumentando así la población, y las madres podían dedicar unos meses más al cuidado y a la educación de los jóvenes. Tal hecho revestía incalculable importancia en una sociedad tan compleja como la de Çatal Hüyük.

Angel sugiere que "la existencia completamente sedentaria y bastante segura de una comunidad comercial" ayuda a explicar la longevidad de los habitantes de Çatal. No obstante, la vida en la ciudad no les ahorraba riesgos. Al parecer, por lo menos un hombre fue corneado por un uro en el curso de una cacería. Muchos individuos parecen haber caído de los tejados cuando los estaban construyendo, o resbalaron en las montañas mientras buscaban obsidiana o cazaban. Otros se dislocaron el hombro transportando grandes cargas, y las huellas conservadas en los cráneos muestran señales de combates: ningún otro grupo de personas antes del belicoso período del Imperio Romano presenta tantas heridas en la cabeza.

Padecieron también enfermedades. Angel descubrió signos de enfermedades infantiles al observar las rayas transversales que aparecen sobre el esmalte de los dientes. Tal síntoma se desarrolla cuando alguna alteración orgánica inhibe temporalmente el crecimiento del contorno de la corona dentaria. Y, por lo general, permite suponer una enfermedad crónica durante los 6 ó 7 primeros años de la vida. Por otra parte, Angel descubrió signos de malaria en el insólito espesor de determinados cráneos. Cree posible que parte de los bancos o las plataformas de dormir hallados en los santuarios pudieron servir de lecho a los heridos o a los enfermos atacados de malaria o de otras dolencias mientras se invocaba a los dioses. Plataformas de este tipo eran comunes en Roma durante el siglo IV antes de Cristo, época en que la malaria era un mal endémico.

A pesar de la abundante información proporcionada por la excavación de Çatal Hüyük, muchas preguntas no han encontrado todavía respuesta, incluida la más importante: ¿cómo alcanzó esta pequeña urbe tal grado de riqueza?

El propio Mellaart se inclina a dar como respuesta el tráfico comercial de la época. Çatal Hüyük estaba emplazada en una región que era la principal fuente de obsidiana de los tiempos prehistóricos: la obsidiana es el "vidrio de volcán", empleado para fabricar todo género de cosas: desde cuchillos hasta espejos, navajas de afeitar y joyas. La obsidiana era la mercancía con la que más se comerciaba en ese período. Mellaart señala hallazgos de obsidiana procedente de los montes Konya hasta regiones tan lejanas como Jericó: así se explicaría, según su opinión, la presencia entre las ruinas de Çatal Hüyük de objetos importados tales como conchas marinas procedentes del Mediterráneo, a 150 kilómetros al sur, y sílex de grano fino del norte de Siria.

Helbaek afirma: "No hay duda de que la magnificencia de la ciudad derivaba, en última instancia, del comercio." Una prueba indirecta de esta teoría procede de las investigaciones sobre los esqueletos de Çatal Hüyük que actualmente realiza un experto francés. De las ruinas se han exhumado dos tipos humanos distintos: uno de raza asiática y otro de raza europea. La mezcla de razas constituye una de las características sobresalientes de una ciudad, y su presencia nos revela que, por aquel entonces, tenían lugar migraciones de diferentes pueblos que recorrían largas distancias. Los grupos minoritarios hallados en Çatal difícilmente pueden haber sido invasores, pues no son lo bastante numerosos como para haber podido superar a los nativos.

Los habitantes eran gentes sedentarias cuyos antepasados habían llegado de diferentes sitios; y algo tuvo que atraerlos allí.

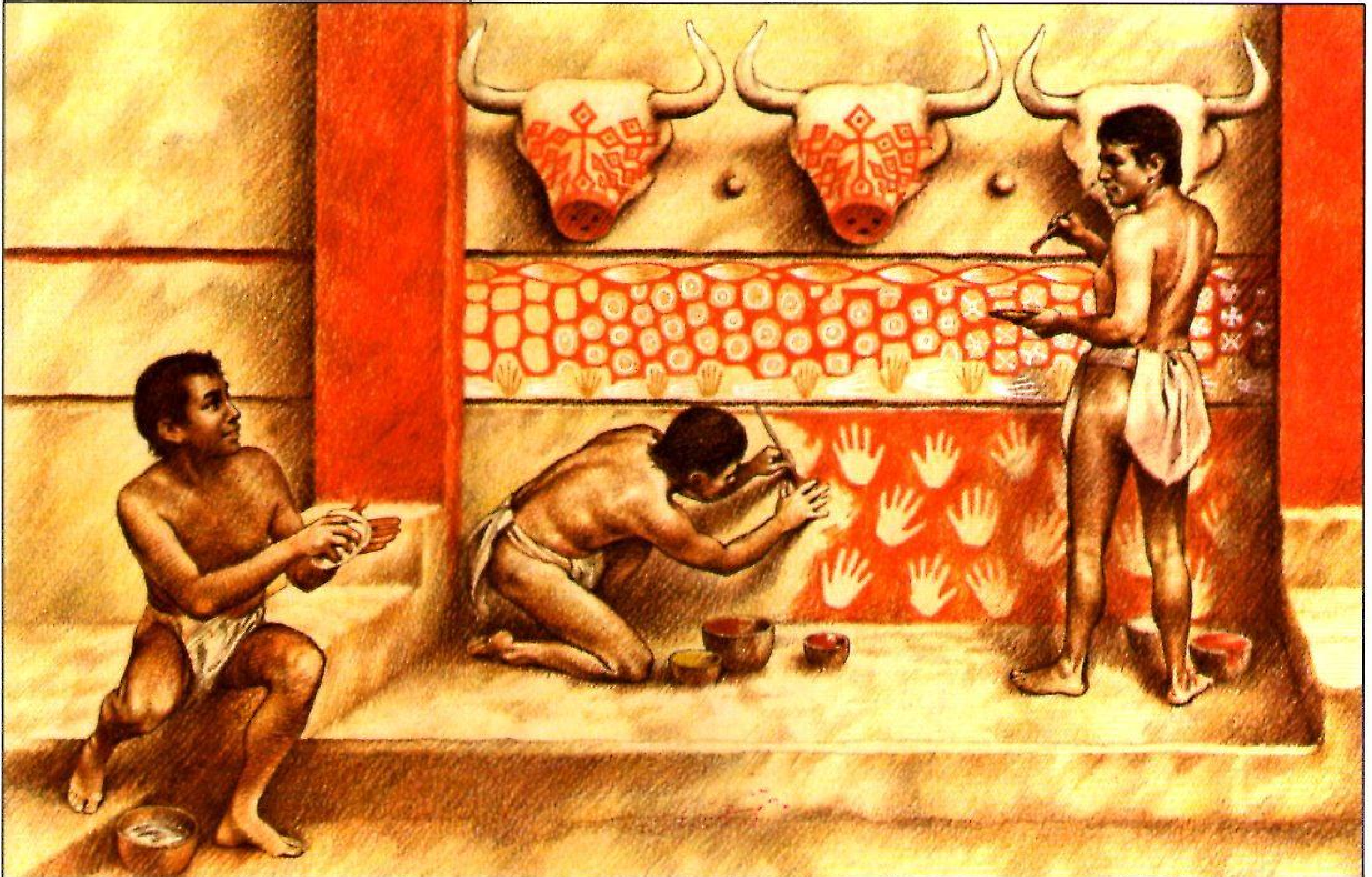
Si fue el comercio lo que los atrajo, ¿practicaban entonces las gentes de Çatal Hüyük otros intercambios además del de la obsidiana? Parece que la respuesta debe ser afirmativa. No se ha descubierto aún ningún rastro de almacenes ni de talleres donde trabajaran los artesanos. Pero las pinturas, los puñales, las vasijas de piedra o de madera, las alhajas de metal, las agujas de hueso, los puñales de sílex y los espejos y las puntas de flecha de obsidiana son de tal calidad y tan numerosos que por fuerza hubo de albergar la ciudad artesanos lo bastante diestros para fabricarlos. Sin embargo, las excavaciones no han suministrado más que una hoz y una rodaja de huso; y pese a la presencia de hojas y de espejos de obsidiana acabados, no se ha hallado ni una docena de núcleos de obsidiana en estado natural, en los cuales se tallaban esos artículos.

Quizás el barrio de los artesanos sigue todavía sepultado en zonas no excavadas de la enorme colina: tal vez Mellaart, por pura casualidad, inició los trabajos en un barrio residencial, en donde los aristócratas que administraban los santuarios vivían aparte de quienes tejían la lana, molían el grano y fabricaban las joyas. Cabe imaginar también, como otra solución al enigma, que el comercio no se limitara a artículos utilitarios y a bloques de obsidiana, sino que se extendiera además a actividades inmateriales, tales como la religión. La presencia de tan elevado número de santuarios sugiere que Çatal Hüyük tal vez fuera una especie de ciudad santa. Es posible que por la media hectárea hasta hoy excavada se hubiera extendido el centro religioso, y que los esqueletos allí localizados pertenecieran a sacerdotes y sacerdotisas encargados del mantenimiento de los santuarios.

En cuanto ciudad santa, Çatal Hüyük habría sido probablemente escenario de ceremonias que se celebraban cada año en fechas fijas. En tales ocasiones los fieles y los curiosos debieron de acudir desde las regiones vecinas. Quizás esas gentes llegaran portando piadosas ofrendas de sílex o de conchas que habían adquirido en otras poblaciones próximas a su residencia habitual, con objeto de alcanzar la gracia de la diosa de los senos voluminosos o de las hileras de cuernos de toro.

Estos son sólo algunos de los misterios que permanecen inexplicados bajo la docena de hectáreas que quedan por explorar en esta pequeña urbe.

Impresionante marco para un culto primitivo



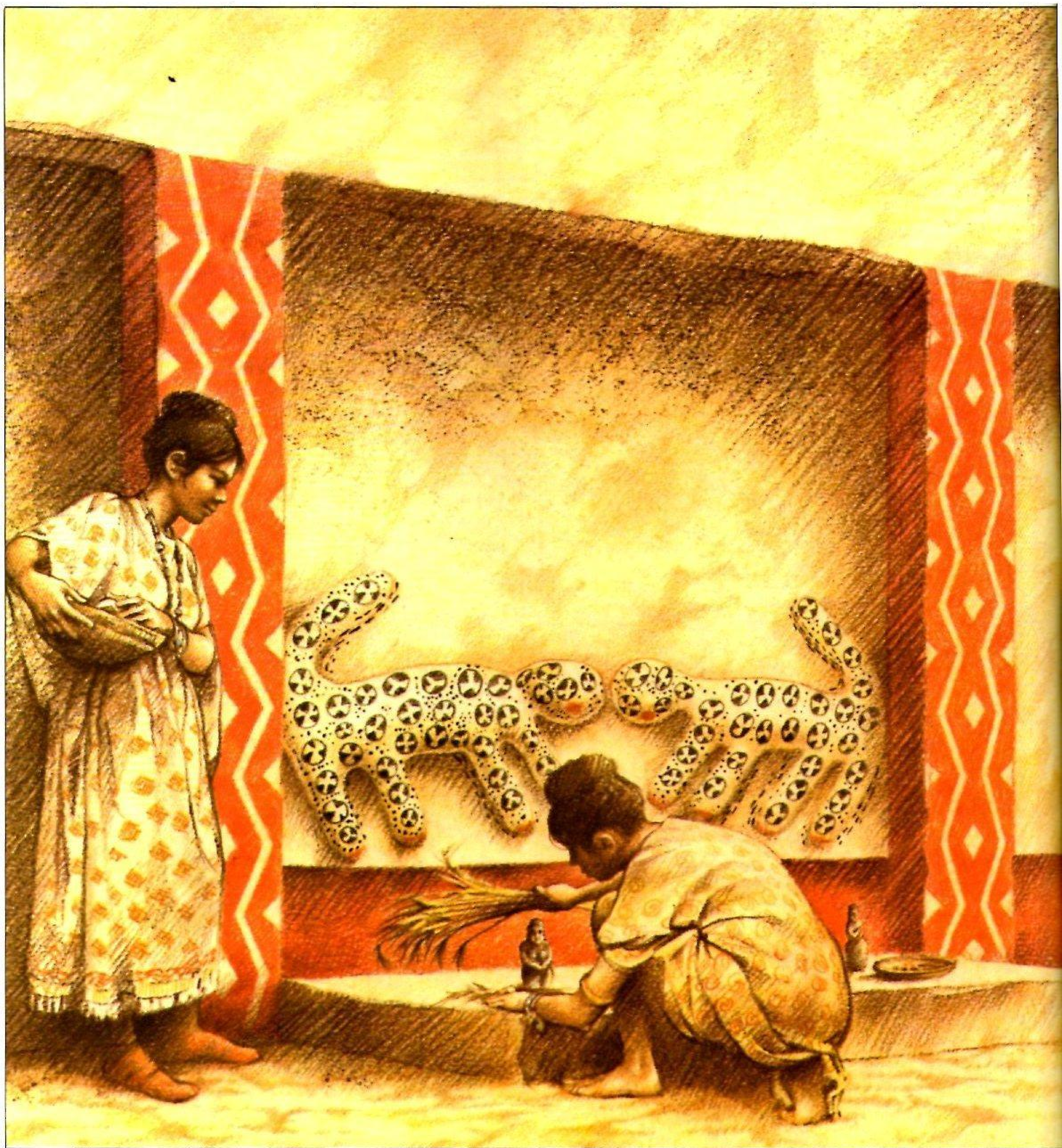
En un santuario decorado con tres cabezas de toro, un artista dibuja el contorno de su mano y otro ejecuta un motivo geométrico.



He aquí el estado actual del fresco original.

De dar crédito a los resultados de las excavaciones parciales llevadas a cabo en Çatal Hüyük, la religión desempeñaba en esta ciudad un papel predominante. El arqueólogo Mellaart ha identificado más de cuarenta santuarios, lo que equivale a uno por cada tres viviendas excavadas.

Aun cuando los ritos y las ceremonias que en ellos se practicaban son todavía en gran parte mera hipótesis, dichos santuarios han proporcionado abundante material que, bajo la guía de Mellaart, ha permitido reconstruir en estos dibujos cuatro de los principales santuarios de la urbe. Tales escenas van acompañadas de fotografías del estado actual de los restos de pinturas murales y esculturas que se encuentran en dichos lugares.

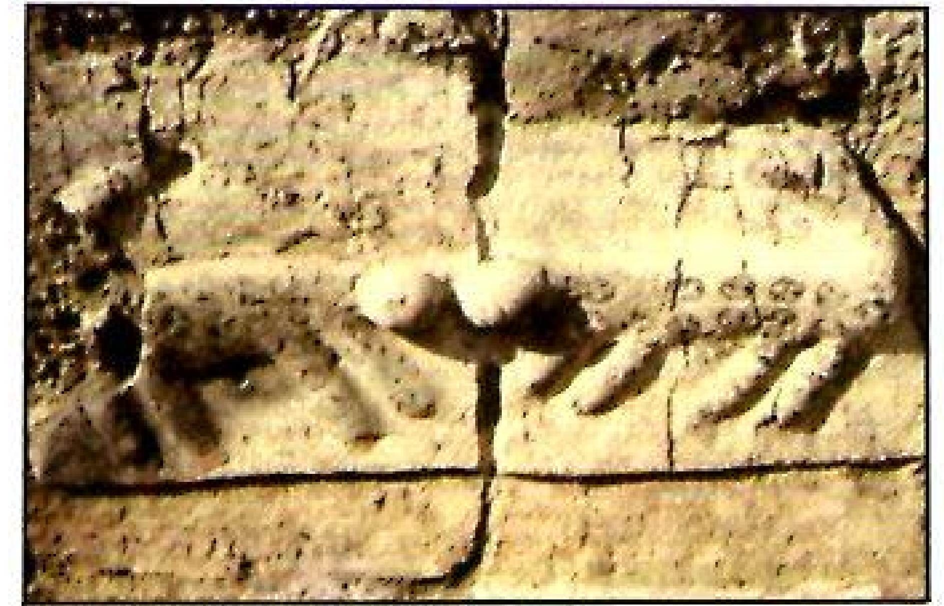


En esta plataforma a manera de altar, decorada con leopardos, dos mujeres hacen la ofrenda de la cosecha ante las estatuillas de la d



… fertilidad. Los hombres que aparecen a la derecha almacenan cestos de granos trillados.

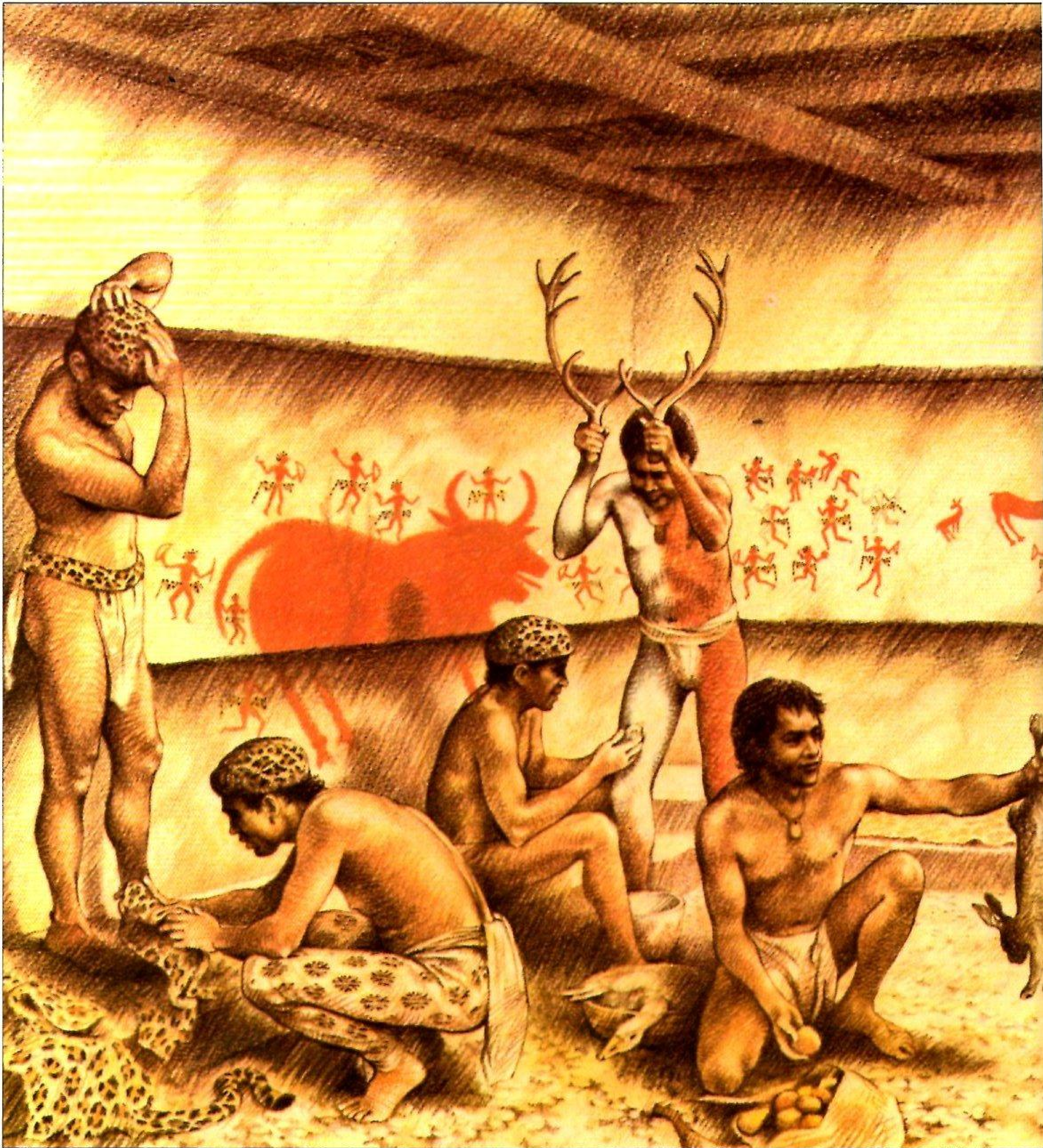
En la época de la cosecha, acción de gracias en el santuario del leopardo



Leopardos estilizados sobre el muro.

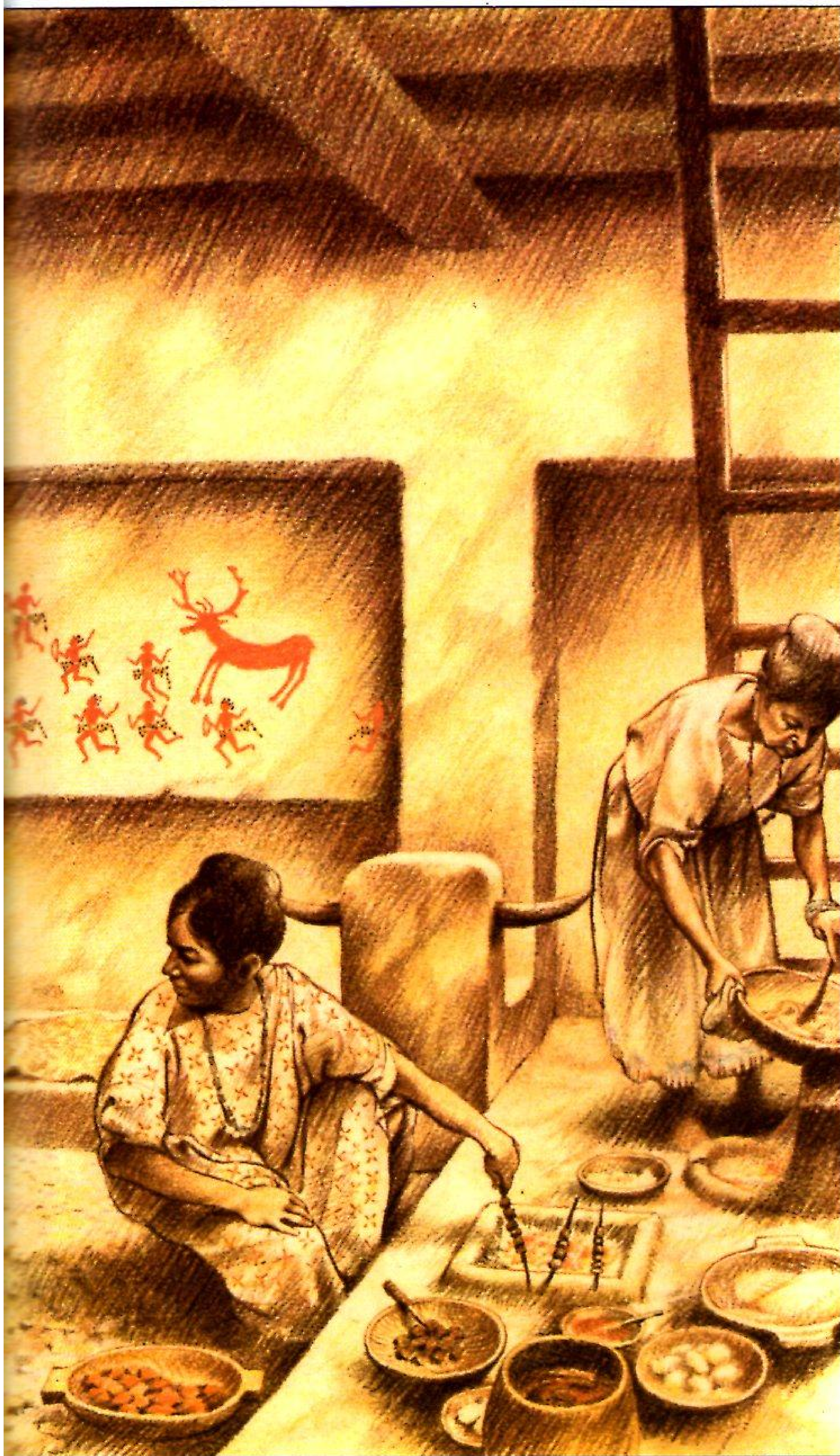
Al final del verano, cuando las mieses comenzaban a madurar en la fértil llanura situada en torno a Çatal Hüyük, los primeros frutos de la recolección se llevaban a los santuarios como ofrendas de acción de gracias a la diosa de la fertilidad. Una de tales ofrendas tuvo lugar en el Santuario del Leopardo, así denominado porque lo presidían dos relieves de yeso que representaban a leopardos de tamaño natural *(izquierda)*. Este animal era el símbolo de la diosa. En esta reconstrucción se ha depositado a los pies de las estatuillas de piedra que representan a la diosa un manojo de espigas de trigo y algunas semillas de bolsa de pastor, especie de mostaza silvestre utilizada para la elaboración de aceite. En una de las estatuillas la diosa tiene la apariencia de una matrona metida en carnes.

Restos carbonizados de estas ofrendas se han hallado sobre la plataforma inferior, que periódicamente se fue recubriendo de yeso y de pintura hasta que un incendio destruyó el santuario. Sobre el leopardo se han identificado no menos de cuarenta capas de pintura; las pintas de la fiera, aquí representadas como motivos de flores estilizadas, figuraban en otras capas como puntos y líneas.



Los cazadores admiran los trofeos y las piezas cobradas, mientras las mujeres preparan la comida. Los vestidos ceremoniales

Festín ritual para celebrar la caza



los hombres, de piel, son idénticos a los que aparecen en los frescos que decoran las paredes.



Detalle de un cazador del fresco expuesto.

Un festín digno de un sibarita de hoy aguarda a este grupo de hombres que trajeron a Çatal Hüyük la caza cobrada en las tierras vecinas, que se componía generalmente de ciervos, liebres, patos y gansos salvajes. Esta representación de una fiesta en el Santuario de la Caza muestra qué comían y cómo preparaban los alimentos.

Una mujer, que sostiene un recipiente sobre un horno plano, revuelve una mezcla de guisantes y trigo tostado, aliñada con hierbas olorosas, bayas de enebro y almendras. La otra cocinera toma trozos de carne cruda de los recipientes de madera *(derecha),* y los ensarta para asarlos directamente en el hogar. En el menú figuraban también una torta de pan ázimo, un cesto de manzanas y de peras, y un gran cuenco de madera con vino de almeza. Los comensales comían en cuclillas, sobre el suelo o bien sobre las esterillas extendidas por las plataformas a todo lo largo de la pared, y utilizaban platos de madera.

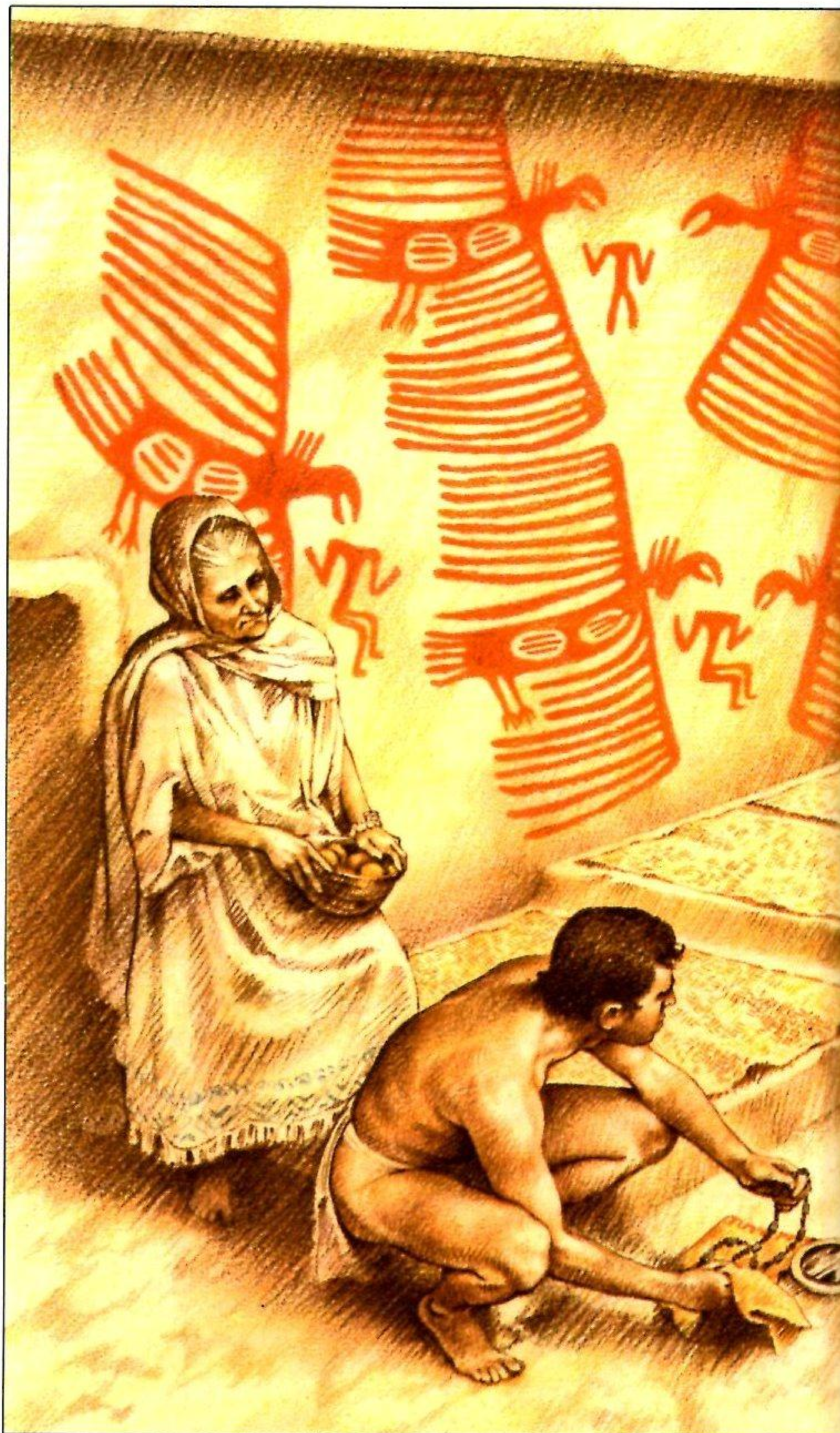
El Santuario del Buitre: Símbolo de vida y de muerte



Un buitre ataca a un hombre decapitado.

El Santuario del Buitre, del año 6000 antes de Cristo, aporta gran número de noticias acerca de la vida y la muerte en Çatal Hüyük. Según la interpretación que el arqueólogo Mellaart ha dado a estos vigorosos frescos, las figuras humanas sin cabeza simbolizan a los hombres fallecidos, en tanto que los buitres que los atacan limpian las osamentas, lo cual hacía posible enterrar más tarde los esqueletos en los santuarios o en la vivienda familiar.

Las excavaciones llevadas a cabo en el Santuario del Buitre han permitido descubrir las osamentas de seis individuos enterrados en él acompañados de un ajuar funerario mucho más rico que el localizado en las numerosas sepulturas descubiertas en las viviendas. Ello podría significar que el enterramiento en el santuario se hallaba reservado a las personalidades ricas o eminentes, tal vez a los miembros de la casta sacerdotal. El ajuar de las tumbas, que puede observarse en las exequias reproducidas a la derecha, incluía una extensa gama de objetos, desde ricas joyas hasta recipientes para alimentos. Estos objetos se hallaban, aparentemente, destinados al difunto en el más allá. Podría verse en ellos el indicio de una creencia en otra vida.

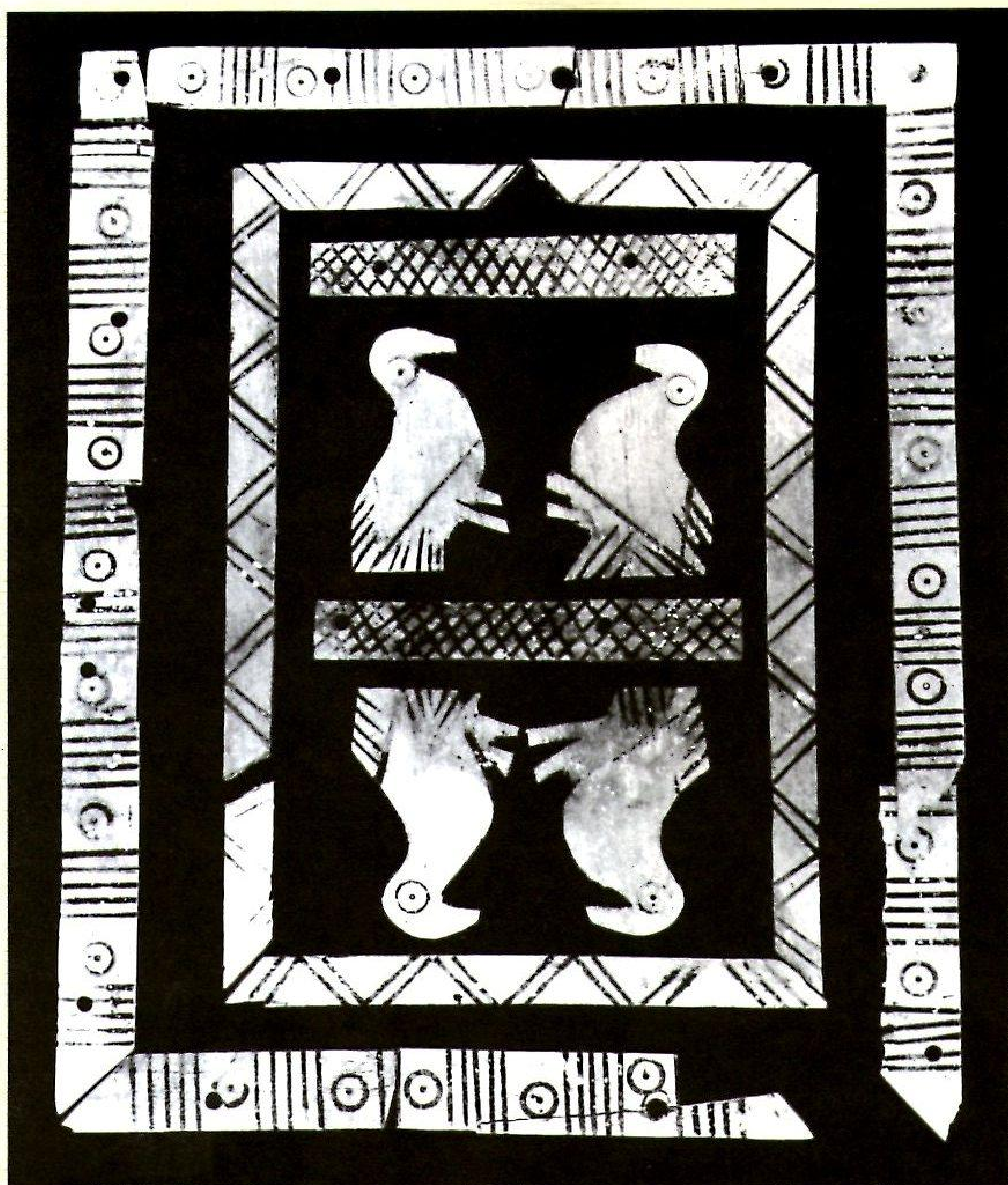


Un hombre adorna el cráneo de una mujer difunta con ocre, símbolo de la sangre vital, en ta



uelve su osamenta en un lienzo. La familia hace ofrenda de sus dones: frutos, un collar de cuentas, un espejo, flores y pectoral.

Capítulo cuarto: La artesanía doméstica



En los antiguos pueblos y ciudades, en donde toda producción dependía en primer término del trabajo humano, la vida no podía ser fácil; y, sin embargo, allí se desarrollaron muchas de las comodidades cotidianas. El nivel de vida se elevó a medida que los diversos oficios –construcción, labra de la piedra, alfarería, técnica del tejido, trabajo de la madera– contribuían a aumentar el confort general del cuerpo y de la casa. Desde luego, las artes aplicadas no aparecieron todas a la vez, ni en un mismo lugar. Tardaron milenios en desarrollarse, y algunas de ellas tienen su origen en los pueblos nómadas que vivían de la caza y la recolección. No obstante, tales artes florecieron en las ciudades como nunca lo habían hecho anteriormente, y la ciudad se consolidó enseguida como el cuartel general de la artesanía doméstica, como el lugar al que dirigirse a fin de conseguir los objetos más nuevos y más aptos para hacer cómoda y atractiva la existencia.

La tendencia de los ciudadanos a conciliar lo útil con lo bello se manifestó muy pronto en las obras arquitectónicas. Ya en el año 8000 antes de Cristo los habitantes de una aldea llamada Mureybit, en la margen izquierda del río Eufrates, al este de la ciudad siria de Alepo, pavimentaban el suelo de sus casas con losas de piedra caliza y luego esculpían en ellas figuras de serpientes. Este tema podía haber tenido para estos individuos una significación supersticiosa o religiosa; sin embargo, constituía una decoración, un esfuerzo consciente invertido en un elemento tan trivial como un suelo. En otra ciudad, Çayönü, en el sudeste de Turquía, los arqueólogos han descubierto un establecimiento de 9.000 años de antigüedad en el que una gran sala había sido pavimentada con fragmentos de piedra pulida, de color naranja, incrustados en cemento. Quizá fuera éste el primer pavimento del mundo hecho de terrazo.

Los habitantes de Çatal Hüyük fabricaban un yeso blanco y limpio con que renovar cada año las paredes de sus casas. En Jericó los constructores revestían los suelos de arcilla con una capa de yeso calizo de color rojo o crema, que luego bruñían hasta hacerla brillar. A pesar del tiempo transcurrido, los suelos de estas casas de Jericó se pueden limpiar todavía tan fácil y rápidamente como pudiera desearlo cualquier ama de casa. Esos mismos constructores habían aprendido a unir el suelo con las paredes mediante una capa de yeso en curva continua y no en ángulo, para evitar que allí se acumulase el polvo.

Aumentaba todavía más el atractivo de estas antiguas viviendas la decoración geométrica de las paredes, la cual incluía líneas en zigzag inscritas en otras rectas y triángulos yuxtapuestos. El pueblo de estas primeras ciudades decoraba principalmente con rojo, crema y negro, colores que podían obtener fácilmente a base de minerales y de hollín. A menudo subrayaban las partes más importantes de la casa –el hogar, los santuarios o el horno– acentuando el colorido rojo de la decoración.

Fue, sin embargo, en sus utensilios donde los habitantes de las primeras ciudades desplegaron antes la habilidad imaginativa, que tanto contribuyó a elevar el nivel de vida. Necesitaban recipientes para transportar o almacenar los objetos. Necesitaban utensilios para la cocina y escudillas y platos para la mesa. Y todos estos artículos los fabricaron a base de los materiales que estaban a su alcance: cuero, madera, piedra y hueso trabajados, cañas, juncos.

La piedra y el hueso eran fáciles de encontrar en la mayoría de los lugares, y se destinaron, por tanto, a la fabricación de objetos de la vida diaria. En Jericó, antes que se inventara la alfarería, los habitantes

Estos adornos de hueso, desenterrados en una tumba de Jericó de unos 3.500 años de antigüedad, decoraban la tapa de un cofrecillo de madera. El primor del dibujo –que representa cuatro aves que parecen pichones, de ojos redondos– nos demuestra la importancia de las artes decorativas en este oasis, activo centro comercial.

moldeaban vasijas y platos de bello aspecto a partir de la piedra caliza del lugar; en Khirokitia, establecimiento de la isla de Chipre que data del año 5000 antes de Cristo, los artesanos empleaban la andesita, roca volcánica que podía vaciarse y a la que se podía dar forma con el auxilio de instrumentos de sílex y de obsidiana. Una vasija de andesita hallada en Khirokitia está artísticamente decorada con un dibujo grabado en la parte de afuera *(páginas 74-75)*. Dicho utensilio está rajado, y a los lados de la hendidura algún restaurador de la prehistoria perforó con gran cuidado dos agujeros: tal vez hizo pasar por los agujeros un hilo de tripa de animal para impedir que la hendidura alcanzara mayores dimensiones.

En las regiones donde la piedra era escasa, como alrededor de Çatal Hüyük, los habitantes fabricaron sus recipientes y platos con madera. Había robles y enebros en las colinas y abetos en las montañas. Los artesanos, armados de hachas de jade pulimentadas, modelaban primero toscamente la madera, y concluían luego su labor con la ayuda de afiladas hojas de obsidiana. Trabajando a partir de sólidos bloques de madera, esculpían objetos de una sola pieza. Ninguno de los objetos de madera hallados en Çatal Hüyük tiene junturas, clavijas ni tacos.

Estas limitaciones de la técnica parecen haber estimulado el diseño en Çatal Hüyük. Hay platos circulares, oblongos e incluso en forma de barco. Algunos forman un óvalo alargado y se hallan provistos de pies. Se encontraron fuentes para carne de unos 50 centímetros de longitud, ahuecadas y de fondo aplanado a fin de proporcionarles mayor estabilidad. Se han descubierto recipientes de madera que evocan los más conocidos modelos de ensaladera: son redondos y de altos bordes. También hay cubiletes en forma de huevo, de dimensiones parecidas a las de las actuales hueveras, y cuya base evoca las copas de champán. Casi todos estos artículos se trabajaron de manera que se advirtieran las aguas de la madera.





Los sellos de arcilla cocida de variado dibujo son muy abundantes en Çatal Hüyük. Los dos aquí representados tal vez fueran utilizados para imprimir motivos sobre telas o bien para la decoración corporal. El dibujo probablemente se grababa en la arcilla húmeda mediante un punzón de hueso o de madera. La mayoría de los sellos eran circulares, rectangulares u ovoides, si bien algunos adoptaban la forma de una flor (arriba), motivo que se encuentra en determinadas pinturas murales.

Una elaboración más tosca también hubiera producido recipientes utilizables, pero los artesanos de Çatal Hüyük, como los de otras urbes, eran auténticos artistas y procuraban hacer resaltar la belleza natural de la materia que trabajaban.

Además de los recipientes y de los platos, los artesanos que trabajaban la madera fabricaban cofres de tapas ajustadas para almacenar los tesoros domésticos. En Çatal estos cofres y sus tapas se labraban de un solo bloque de madera. Numerosas tapas se hallaban provistas de pequeñas empuñaduras salientes para poder asirlas, y empuñaduras del mismo género se encuentran también en los modelos más grandes de platos.

Aproximadamente por la misma época en que estos artesanos aprendían a trabajar la madera para fabricar artículos domésticos prácticos y decorativos, otros perfeccionaban el arte de la cestería y el trenzado de esteras. Los arqueólogos suponen que, mucho antes de la aparición de las ciudades, los pueblos cazadores habían advertido ya cómo los arbustos entremezclan a veces sus ramas hasta formar una barrera casi infranqueable. Es sabido que los australopitecos de hace tres a cinco millones de años se guarecían durante la noche dentro de un recinto circular hecho con arbustos espinosos entrelazados, y el *Homo erectus* sabía construir cabañas rudimentarias entrecruzando ramajes hace al menos 400.000 años. Quizá los cazadores habían aprendido a entretejer deliberadamente toda clase de ramas para fabricarse una cubierta protectora, o incluso para construir trineos primitivos en los que transportar las piezas cobradas.

No se sabe cuándo ni quién inventó la cestería. Probablemente este arte precedió al de la alfarería cocida al horno, y se piensa que fue anterior a los tejidos. Los primeros agricultores sabían ya entrelazar cañas para fabricar esteras: las ruinas de Beidha, aldea agrícola situada en Jordania y datada en el 7000 a. de C., nos han suministrado fragmentos de esteras de cañas trenzadas en forma circular.

La elaboración de tales esteras constituye un proceso relativamente sencillo. En primer lugar, el artesano necesita una buena provisión de tallos suficientemente gruesos, como malas hierbas, cañas, juncos o paja. Luego trenza los tallos para fabricar una cuerda lo más larga posible y, a fin de reforzar la solidez de esta trenza, la rodea de una fibra vegetal más flexible y ligera, parecida a la rafia. Una vez envuelta toda ella en esa "rafia", la cuerda se enrosca apretadamente en ceñidas espirales, y los círculos así formados se cosen entre sí con la dicha fibra, que alternativamente se pasa por encima y por debajo, a fin de obtener una sólida costura.

Se cree que la técnica en espirales de los estereros se utilizó también en la fabricación de los primeros cestos. La espiral dio lugar entonces a algo tridimensional, no plano; era como si la trenza se hubiera enrollado alrededor de una vasija. Una ventaja de la espiral torcida es que cabe variar su circunferencia, lo que permite obtener cestos de formas diferentes. Mientras que en las esteras, generalmente, sólo se hacían las costuras de rafia necesarias para sujetar las espiras, los cestos se recubrían de rafia por entero para asegurar su consistencia y para evitar la pérdida de contenidos tan pequeños como los granos o la harina de los cereales. La superficie interior de los cestos se cubría frecuentemente de una fina capa de arcilla o de brea que permitía incluso almacenar y transportar líquidos.

Al entrelazar rafia para sujetar entre sí espiras de fibras, se está haciendo ya algo muy parecido a trenzar. Bien pudiera ser que tal técnica haya conducido al arte de trenzar propiamente dicho, esto es, a disponer fibras vegetales de igual longitud en ángulos rectos unas sobre otras. Desconocemos, sin embargo, cuál de estos procedimientos fue el más antiguo. Quizá cada uno se desarrolló con independencia del otro.



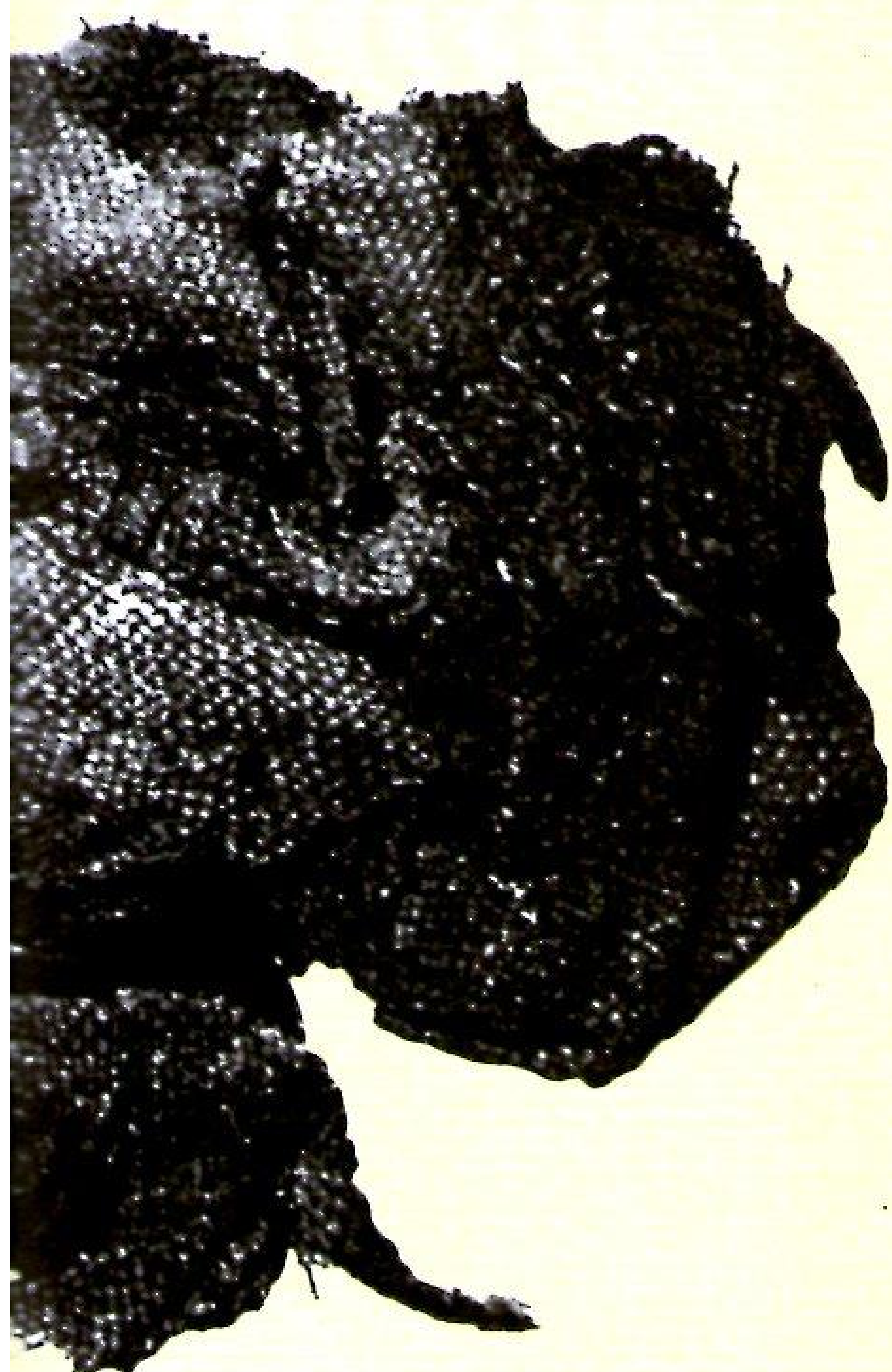
Este fragmento de tela, descubierto dentro de un cráneo en Çatal Hüyük, constituye una de las más antiguas muestras conocidas de tejido. Durante un incendio que ocurrió hace alrededor de 7.900 años, sus fibras quedaron carbonizadas. La trama no sufrió daños, pero la naturaleza del material difícilmente se podrá identificar.

Lo cierto es que los cestos y las esteras trenzados –es decir, hechos no con espirales sino cruzando en ángulo recto las fibras– aparecieron en fecha muy temprana. Las ruinas de Çatal Hüyük nos han proporcionado restos de una estera o alfombra que había sido trenzada según un esquema clásico de zurcido: las cañas, dispuestas en dos capas perpendiculares, se habían entrelazado por encima y por debajo.

Sólo había un paso entre esta forma de hacer cestos y el tejer telas. Durante muchos años, el tejido más antiguo que se conocía en el mundo era un fragmento de lino proveniente de El Fayum, ciudad egipcia situada al sudoeste de El Cairo. El Fayum, fundada hace más de siete mil años, se halla emplazada en un oasis que ocupa una depresión del desierto egipcio, al oeste del valle del Nilo. Tras el hallazgo de este fragmento de tela, nadie esperaba, realmente, descubrir tejidos más antiguos. Pero a comienzos de la década de los 60 se descubrieron en las ruinas de Çatal Hüyük fragmentos de tela. Estos tejidos eran, por lo menos, mil años más viejos que los de El Fayum, pues datan de hacia el año 6000 antes de Cristo.

El que muestras de tejidos prehistóricos tan antiguos hayan podido conservarse es un puro milagro. Tales muestras proceden de las telas con que se envolvían las osamentas de los muertos o con que se rellenaba el interior de los cráneos para los enterramientos rituales. Las mismas prácticas funerarias contribuyeron a la conservación del tejido: los huesos y su envoltura permanecieron resguardados de la humedad del aire porque se hallaban sepultados en la arcilla, bajo las plataformas de dormir de las casas o los santuarios. Un incendio acaecido en el 5880 antes de Cristo destruyó los inmuebles, si bien respetó los tejidos. Efectivamente, en los lugares donde se inhumaban los cadáveres había tan poco oxígeno, que las llamas no pudieron consumir la frágil tela. Por el contrario, el calor transformó en carbón la mayoría de la fibras sin alterar su forma, del mismo modo que la madera se carboniza por los efectos de calor. El carbón no se degrada con el tiempo, y de esta suerte las telas carbonizadas han permanecido intactas durante 8.000 años.

Hoy día estos restos de tejidos tan antiguos *(arriba, en la foto)* no son más que pequeñas y quebradizas muestras parecidas a la harpillera. No obstante, los especialistas que los han analizado declaran que los hilos se tejieron cuidadosa y regularmente, y que las fibras fueron preparadas con minuciosidad para el hilado. Las hebras son lisas, sin huella de "pelos" que signifiquen una preparación apresurada o una manipulación torpe, y cada hebra fue tejida rigurosamente paralela a las demás.



Todavía más impresionante resulta la finura de la labor. Tradicionalmente, los tejedores clasifican sus productos según el número de hilos de trama y de urdimbre que comprende cada pulgada lineal de tela (25 milímetros). Los tejidos procedentes de Çatal Hüyük no suman menos de 30 hilos por pulgada en la trama y 38 en la urdimbre. Así pues, este tejido fue tan finamente confeccionado como los hechos con lanas modernas superligeras.

El género de fibras que se utilizaron en las telas más antiguas conocidas permanece aún en el misterio. Los especialistas quedan desorientados por elementos contradictorios. La finura del tejido, la regularidad de los hilos, su riguroso paralelismo y la ausencia de "pelos" parecen señalar que se trata de fibras vegetales: el lino, por ejemplo, es empleado para confeccionar lienzo. Sin embargo, entre los millones de semillas halladas en Çatal, no hay rastro alguno de lino. En cambio, Ali Kosh, una aldea del sudoeste de Irán, nos suministra una prueba indirecta, en forma de semillas de lino, de que el lienzo se utilizaba ya en la región hacia el año 6500 a. de C.

El análisis microscópico y las pruebas químicas a que se sometieron las fibras para determinar su naturaleza suscitaron más problemas que los que resolvieron. Las fibras parecen presentar enlaces parecidos a los de la lana, e incluso tras su carbonización conservan rastros de sustancias químicas, particularmente de nitrógeno, que indican una procedencia animal. Ahora bien, una tela que ha estado en contacto con un cuerpo humano puede absorber parte del nitrógeno de éste, y las muestras en cuestión provienen de una tela que fue usada como vestido antes de convertirse en mortaja. Un investigador hirvió una muestra del tejido hallado en Çatal Hüyük en una solución alcalina; tal tratamiento permitió un examen microscópico más detallado, que reveló la presencia de las estrías cruzadas típicas del lino. Volvemos así a la hipótesis de un origen vegetal.

Si los tejedores prehistóricos utilizaron el lino, tuvieron que realizar una preparación más complicada que con la lana o con el pelo de cabra. Los tallos de lino deben macerarse para descomponer la estructura celular, y luego han de ser machacados para separar las fibras del resto de la materia vegetal. Las fibras así obtenidas son entonces peinadas y luego hiladas. En un principio, el hilado de las fibras se reducía a hacerlas girar sobre el muslo con la mano para formar un tosco hilo: sin embargo, hacia el año 6000 antes de Cristo, cuando se fabricaron los tejidos que nos han llegado de Çatal Hüyük, el huso era ya sin duda conocido *(páginas 84-85)*.

Una tela puede tejerse enteramente a mano, al igual que los cestos y las esteras de paja. Sin embargo, parece que el telar se inventó aproximadamente al mismo tiempo que los tejidos. La telas de Çatal Hüyük pudieron haber sido tejidas en un telar del que pendían verticalmente los hilos de la urdimbre, mantenidos tirantes por medio de pesas, o bien en



un telar dispuesto horizontalmente sobre el suelo *(páginas 84-85)*. Estos dos modelos se emplearon en la prehistoria.

El modelo más primitivo de telar vertical se componía probablemente de un travesaño de madera sostenido por dos postes verticales fijados a una pared. La tejedora (es casi seguro que se trataba de una mujer) enrollaba alrededor del travesaño los hilos de la urdimbre –es decir, las hebras de hilo verticales– y los dejaba colgar. Luego, reunía pequeños grupos de estos hilos y les colgaba pesos, lo cual tensaba la urdimbre. La función de la moderna lanzadera era desempeñada por una vara a la que se ataba el hilo de la trama –es decir, las hebras horizontales–. El tejer propiamente dicho consistía en pasar aquella "lanzadera", de manera sucesiva, bajo un hilo de la urdimbre y luego sobre el otro, y entrecruzar alternativa y horizontalmente la urdimbre y la trama.

El telar horizontal lo constituían cuatro estacas clavadas en el suelo, a las cuales se fijaban dos maderos. Los hilos de la urdimbre quedaban tensos entre los maderos. Por otra parte, uno de cada dos hilos de la urdimbre estaba atado a un palo colocado sobre uno de los maderos. Cuando se levantaba este "lizo", el conjunto de los hilos de la urdimbre se separaba en dos capas, y por el espacio entre ambas, llamado la "calada", el tejedor hacía pasar el hilo de la trama mediante su lanzadera. Para hacer la fila de trama siguiente, el artesano bajaba el "lizo"; luego, empujaba e igualaba los hilos con un listón de madera puesto de canto y que se denomina el "peine". Finalmente, insertaba el hilo de trama.

Cualquiera que fuera el procedimiento utilizado para tejer, las telas carbonizadas halladas en Çatal Hüyük son de un tipo sencillo denominado *tabí:* su tejido seguía el esquema básico de hilos cruzados, producto del entrecruzamiento regular y alternativo de la urdimbre y la trama. En ocasiones, la trama era muy suelta, probablemente con objeto de lograr un tejido ligero, semejante al de una red. A veces, era tan suelta que había que hacer nudos en las intersecciones. Algunas muestras presentaban un fleco en el borde, el cual se obtenía dejando colgar los extremos de la urdimbre y cortándolos luego por debajo de la última fila de trama. Se dispone incluso de una pieza con un dobladillo cosido con toscas puntadas: adentro y afuera, arriba y abajo. Se conserva también un trozo de tela zurcido de manera parecida a como se zurcen los talones de los calcetines.

Estos fragmentos carbonizados de tela carecen de dibujos y no suministran dato alguno sobre su color original. Sin embargo, en los muros de las casas en ruinas de Çatal se encuentran dibujos coloreados que evidentemente imitan telas. Cierto número de ellos se asemejan al ***kilim*** de los modernos turcos, una especie de pequeña alfombra tejida, y combinan bandas, esvásticas y rectángulos con triángulos ins-

Este recipiente de andesita se rompió (hendidura en el centro) hace unos 7.900 años, y luego fue reparado. El recipiente, destinado probablemente a las ceremonias religiosas, fue descubierto en la antigua población de Khirokitia (Chipre), ciudad donde se trabajaba la piedra con gran primor.



critos en ellos. Aún más evocadoras de los diseños textiles, algunas pinturas murales nos muestran costuras estilizadas que circundan los frescos como una especie de orla. Puesto que no parece haber razón alguna para que los pintores dibujasen falsas costuras, algunos arqueólogos consideran que los tejidos inspiraron estas pinturas murales decorativas. Es inverosímil que originariamente las telas se tejieran con hilo crudo y se las decorara después. En diversas ciudades antiguas se han hallado pequeños sellos de arcilla cocida *(página 70)*. En todos ellos la superficie inferior es lisa y la superior muestra motivos grabados: flores, espirales, líneas cuadriculadas y flores cuadrifolias.

Cuando se descubrieron los primeros sellos, los arqueólogos imaginaron que se trataba de tampones utilizados para decorar la piel humana. Tal vez fuera así, pero pudieron emplearse igualmente para el estampado textil. En la pared de uno de los santuarios de Çatal hay un fresco que representa a una diosa preñada que parece llevar un ropaje suelto y flotante, decorado con ayuda de sellos.

El tejido de los vestidos constituye uno de los grandes logros del hombre prehistórico. Parecida importancia tuvo la invención de la alfarería. Antes que aparecieran la rueda y la escritura, pocas innovaciones revolucionaron la calidad de vida del hombre tanto como los objetos de cerámica. Eran baratos y fáciles de producir, pues en casi todas partes podía encontrarse arcilla. Eran manejables y se podían aplicar a todo, desde copa para beber hasta ánfora para almacenar de más de un metro de altura. La muestra más antigua de cerámica cocida al fuego se remonta a la época del hombre de Cro-Magnon, hace 25.000 años, cuando cazadores-recolectores comenzaron a cocer estatuillas de arcilla entremezclada con polvo de hueso, con una finalidad tal vez ritual. Sin embargo, nunca fabricaron vasijas; el secreto de cocer arcilla para endurecerla permanentemente no parece haberse conocido en el Próximo Oriente hasta el 7000 antes de Cristo, aproximadamente, aun cuando vasijas de arcilla cruda se usaron ya anteriormente en esas regiones. Los primeros agricultores utilizaban la arcilla para revestir sus hogares, los silos que les servían de almacén y probablemente sus primeros cestos. Modelaban también vasijas de arcilla que luego dejaban secar al sol. No obstante, estos cacharros en crudo resultaban demasiado frágiles. Al menor golpe, se rompían o se rajaban. La cerámica no llegó a su apogeo hasta que los hombres y las mujeres se asentaron definitivamente en comunidades y comenzaron a indagar procedimientos capaces de hacerles la vida más cómoda, más hermosa y más fácil.

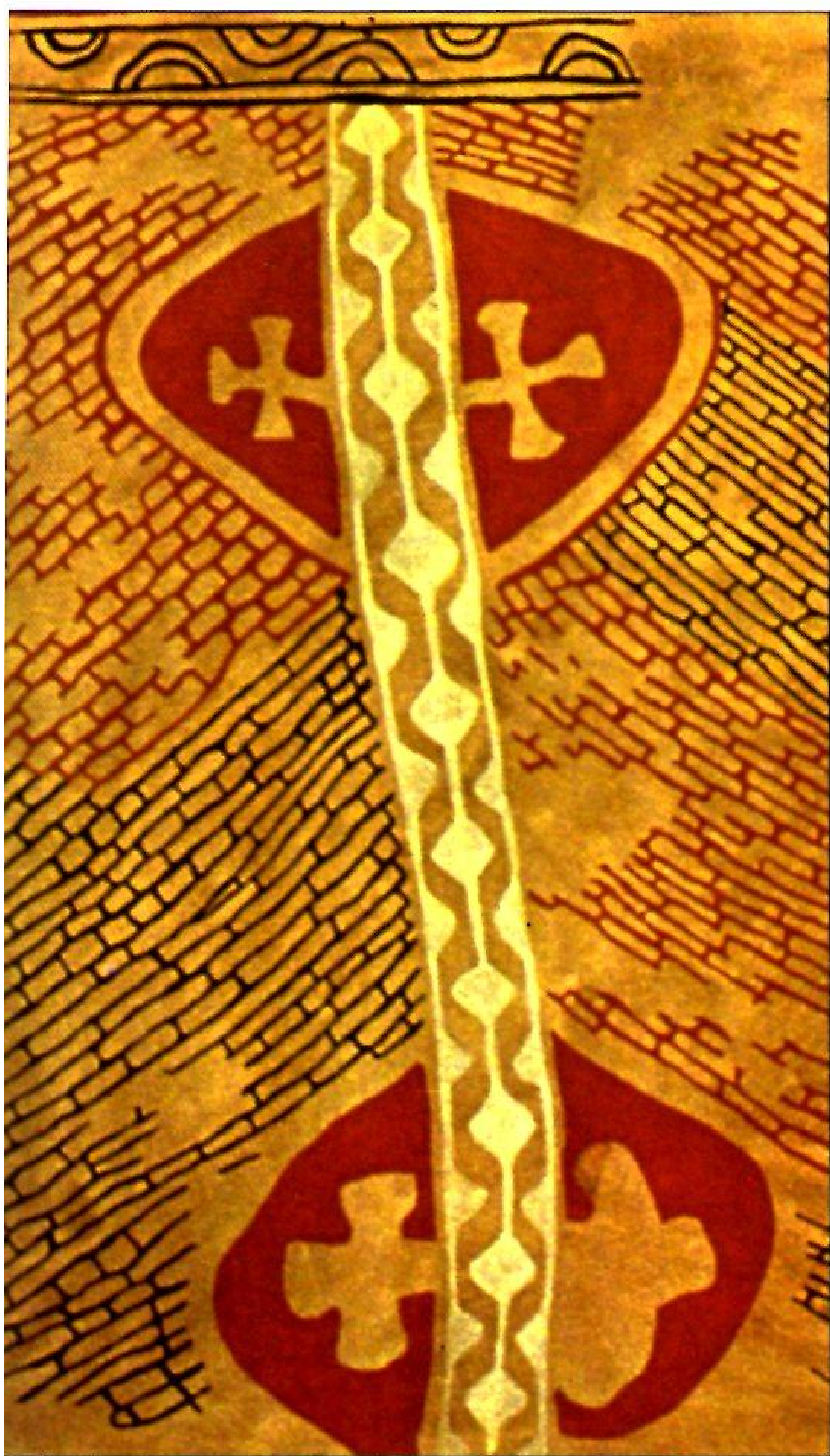
Ello ocurrió en las primeras urbes del Próximo Oriente, entre el 7000 y el 6500 antes de Cristo, aproximadamente. Los más antiguos niveles de ocupación exhumados en la mayor parte de los yacimientos ar-

Imágenes murales de antiguos tejidos

Si bien en las ciudades prehistóricas se han conservado escasas muestras de indumentaria, las pinturas murales descubiertas en las ruinas de Çatal Hüyük evocan los diseños y los colores que tal vez emplearan los tejedores. Los dibujos que aquí figuran –el de abajo es una fotografía de una pintura mural, y los restantes son copias realizadas *in situ*– pueden reproducir los diseños que figuraban en antiguos tapices que colgaban de las paredes. Todavía se encuentran diseños similares en los tapices turcos llamados *kilim*.



Este mural, que se encuentra en un santuario de Çatal Hüyük, reproduce un amasijo de motivos consistente en flores estilizadas y astas de toro.



etalle situado en la parte izquierda del mural de la página anterior.



Diversas series de líneas se repiten formando un motivo geométrico.



Flores en forma de cruz destacan sobre campos oscuros de bordes dentados.

queológicos, desde Israel hasta Persia y desde Turquía hasta Mesopotamia, carecen de alfarería cocida. La cocción de la arcilla provocó una transformación radical en la manera de vivir desde el momento en que empezó a emplearse. Dicha técnica proporcionaba un método cómodo y rápido para fabricar no sólo cacharros de cocina y recipientes para almacenar, sino también un crecido número de otros artículos: desde ladrillos, lámparas y chimeneas, hasta comederos, moldes, juguetes y pesos para los telares. Y donde la piedra era escasa, se utilizaban para las labores del campo azadones y hoces de arcilla cocida.

Muy probablemente, los primeros alfareros, igual que los primitivos tejedores, fueron mujeres: se han identificado huellas de dedos femeninos en algunos de los fragmentos más antiguos de cerámica.

Las amas de casa podían muy bien cocer vasijas igual que cocían el pan. Sus cocinas disponían de todo el material que un alfarero necesita, excepto el torno: un hogar, un pequeño horno, un cuchillo de obsidiana afilado y alguna herramienta cortante de sílex, una espátula de hueso y un rodillo de madera.

La arcilla era abundante; el único secreto consistía en prepararla bien, quizá mezclándola con cierta dosis de arena fina. Cuando la arcilla había alcanzado la consistencia requerida, se modelaba a mano o se formaba con ella roscas que se iban apilando una sobre otra para formar una vasija o cualquier otro recipiente. Entonces los recipientes se dejaban secar al sol, hasta que alcanzaran la dureza del cuero. Para reducir su porosidad, eran frotados con una piedra.

La cocción se efectuaba en un hogar abierto o, mejor, en un horno cerrado que garantizaba una adecuada distribución del calor y permitía obtener recipientes de más fina textura.

La invención de la alfarería cocida al horno contribuyó enormemente a la mejora de la higiene colectiva. La vajilla podía limpiarse con facilidad. Y las piezas desportilladas o rotas se desechaban. Los lí-





Estos dos cofrecillos de madera se consideraban, sin duda, objetos de valor, aunque sólo fuera por la escasez de la madera en las antiguas ciudades del Próximo Oriente. El cofre en forma de granada (arriba), de unos tres centímetros de altura, proviene de una sepultura de Jericó. Se fabricó, con herramientas de bronce, hace unos 3.500 años. El otro cofre, de 7.800 años de antigüedad, proviene de Çatal Hüyük, y tal vez fuera trabajado con útiles de sílex.

quidos podían almacenarse en recipientes provistos de tapaderas a fin de evitar la contaminación de moscas u otros insectos. Y las grandes jarras de almacenamiento, hechas de arcilla, conservaban considerables cantidades de granos resguardándolos de los roedores, cuyos dientes desmenuzaban sin dificultad el mimbre de los cestos. Tan asombroso fue este avance, que los dioses de la antigüedad eran considerados alfareros. La divinidad egipcia con cabeza de carnero, Khnum, creador de todas las cosas, era alfarero. La diosa mesopotámica Aruru había creado al hombre a partir de un puñado de arcilla. En cuanto a los profetas hebreos, en palabras que los lectores de la Biblia repiten aún hoy, decían a Dios: "Nosotros somos la arcilla, y Tú nuestro alfarero."

Los primeros alfareros, al contrario que los primitivos tejedores y trabajadores de la madera, no eran gente demasiado imaginativa. En conjunto, sus productos poseen un carácter funcional y modesto. Cuando se encuentran en las vasijas motivos decorativos, éstos se reducen a unas cuantas manchas de colores esparcidas de cualquier manera por la superficie, o bien a algunos motivos ajedrezados o a triángulos garabateados en ellos, que evocan un intento de remedar motivos elementales de la cestería. Posteriormente surgió una decoración más complicada, pero hubo que aguardar a las grandes civilizaciones de Mesopotamia, del Nilo y del valle del Indo para que la alfarería sufriera una notable mejora, quizá consecuencia de la invención del torno de alfarero. Este invento data de la misma época que la rueda de carro, que aparece en Mesopotamia hacia el 3500 a. de C.

Si el refinamiento se hizo tal vez esperar demasiado tiempo en la cerámica, no sucedió igual con el mobiliario. Ya en el año 7000 antes de Cristo los habitantes de Beidha, en la actual Jordania, disponían sobre la arena de su aldea losas de arenisca toscamente talladas sobre las cuales ingerían sus alimentos, lo que permitía resguardarlos del polvo. Bloques de piedra parecidos, rocas o incluso troncos de árbol pudieron constituir los primeros asientos, aun cuando algunos historiadores opinan que la primera silla fue un trono, que posteriormente se popularizó entre toda la gente. Según esta teoría, sólo un sacerdote o un rey podía sentarse cómodamente en una silla, mientras sus súbditos permanecían arrodillados en el suelo delante de él; y los pies en forma de garras de los lechos estilo Imperio serían un recuerdo de dioses o animales divinizados que antaño sostenían el trono de un monarca.

En las ruinas de la mayoría de las primeras ciudades no aparece traza alguna de mobiliario. Había plataformas, como las de Çatal Hüyük, sobre las cuales las familias se sentaban, dormían y quizás hasta comían en común. El primer mobiliario identificable del Próximo Oriente, dejando aparte Egipto, se descubrió en Jericó y data aproximadamente del año 1700 antes de Cristo. Los restos de bancos, taburetes, mesas e incluso de una cama de madera han sido localizados en tumbas cerradas, en donde la falta de oxígeno y la presencia de gases destructores de bacterias los han conservado durante siglos.

La madera es un material muy frágil (más aún que los objetos de cerámica) y sólo se conserva gracias a la ausencia total de aire. E incluso entonces, puede empezar a desintegrarse apenas queda expuesta al aire. El descubrimiento del más rico mobiliario hallado hasta ahora en una tumba, ocurrido en Jericó, desencadenó una de esas escenas tragicómicas que los arqueólogos presencian tan a menudo.

Todo empezó una tarde durante las excavaciones de Kathleen Kenyon en 1953 cuando se descubrió una tumba repleta de muebles de madera.

Entonces se desencadenó el pánico. Ante la mirada asombrada de los arqueólogos, una delgada película de humedad comenzó a cubrir aquella vieja madera; tal fue el efecto del aire fresco al que la madera quedó expuesta de golpe después de millares de años.

Entonces, casi imperceptiblemente, minúsculas fisuras comenzaron a abrirse en la superficie desecada de los objetos. Era preciso salvar, a cualquier precio, aquel precioso mobiliario.

Un urgente SOS dirigido al cuartel general de las excavaciones hizo posible instalar un pequeño grupo electrógeno portátil destinado a la iluminación, una estufa para fundir la mezcla ceraparafínica, y una cacerola, requisada al cocinero de la expedición, para calentar dicha mezcla. La superfice de cada objeto hubo de ser desempolvada y de recubrirse lo más rápidamente posible con una capa de cera antes que la madera fuera destruida por efecto de la humedad. Las dimensiones de la sepultura plantearon a los investigadores otro problema. El orificio de entrada no tenía más de sesenta centímetros de altura por cincuenta de anchura, y el interior estaba repleto de objetos quebradizos que podían ser aplastados bajo los pies. Uno tras otro, los cinco arqueólogos se descalzaron y se deslizaron por la abertura. Allí dentro hubieron de trabajar con la barbilla pegada a las rodillas, pues la tumba no tenía más de 1 m de altura.

El grupo electrógeno empezó a traquetear, la estufa zumbó, los pinceles empapados de cera entraron en acción, cada vez más de prisa, y por fin, hacia la 1 del mediodía, todo el mobiliario de madera estuvo barnizado. Los arqueólogos descubrieron una gran mesa de madera que, originariamente, sostenía los alimentos, los platos y las copas, destinados a acompañar al difunto en el más allá. La mesa tenía una longitud aproximada de un metro y medio, el tablero era de una sola pieza y las patas estaban encajadas en huecos practicados en su cara inferior.

En otras tumbas habían sido hallados pequeños taburetes cuadrados de patas esculpidas e incluso un gran asiento –destinado a dos personas– con las patas abultadas moldeadas en forma de pezuña de animal. Todos los asientos de estos muebles llevaban originariamente un trenzado de cuerdas, y todas las junturas estaban cuidadosamente encajadas y unidas por medio de tacos de madera.

No se habían hallado trazas de cuerdas usadas para formar el jergón de un lecho hasta la apertura de la de entonces en adelante denominada "Tumba de toda la Noche". En ella el lecho estaba ocupado. "El difunto" –nos informa K. Kenyon– "se hallaba colocado de forma descuidada: sus piernas sobresalían de la cama y su brazo derecho descansaba sobre la mesa, en una puesta en escena bastante macabra. Daba la impresión de que las «pompas fúnebres» de la época habían hecho una «chapuza» y arrojado el cadáver sin demasiados formalismos." Una vez examinado, el lecho reveló haber sido construido con la misma destreza que los taburetes y la mesa. Constaba de dos montantes y cuatro travesaños perfectamente acoplados, y podían observarse todavía las señales de las cuerdas que componían el jergón.

Toda la madera de los muebles de la tumba se había contraído en el transcurso de los milenios. Las medidas tomadas por los expertos revelaron que, radialmente, la madera se había reducido el 25 %, pero, en el sentido de las vetas, sólo el 16 %. De esta suerte, mesas que hoy se nos antojan demasiado estrechas con relación a su longitud poseían originalmente proporciones más normales, en tanto que recipientes de madera, antaño perfectamente redondos, se volvieron ovoides con el paso del tiempo.

Cuando se llevó a cabo el estudio y análisis de ese mobiliario funerario, una pregunta quedó en pie: ¿por qué la mayoría de las mesas descubiertas en Jericó tenían sólo tres patas, dos en un lado y una tercera en el centro del extremo opuesto?

Un conocido arqueólogo aficionado, el rey Gustavo VI de Suecia, le explicó la causa a K. Kenyon: sobre un suelo desigual, tres patas son más seguras que cuatro. Por esta razón, añadió el soberano cortésmente, los taburetes que se usan al ordeñar tienen siempre tres patas.

Las comodidades de la vida urbana



Unas mujeres fabrican cestos en espiral con cañas procedentes de un arroyo próximo.

Aunque sólo disponían de un utillaje rudimentario, los primeros habitantes de las ciudades supieron fabricar a partir de las materias primas que estaban a su alcance –arcilla, cañas, fibras animales y vegetales, madera– una extensa gama de productos utilitarios. Los hallazgos arqueológicos nos demuestran que su labor era frecuentemente de gran calidad, incluso cuando los productos no tenían más finalidad que satisfacer necesidades elementales. Las marcas dejadas por las esteras y los cestos sobre vasijas de arcilla aún húmedas no sólo revelan un tejido ceñido y bien hecho, sino también diversas técnicas de cestería.

Sin embargo, a pesar del progresivo perfeccionamiento técnico de los artesanos, los estilos y los gustos permanecieron largo tiempo adscritos a la tradición. Incluso cuando la alfarería cocida al fuego comenzó a suplantar a la cestería, la decoración de numerosos recipientes de arcilla imitaba servilmente los motivos geométricos y los diseños de los cestos. La alfarería reproducía con fidelidad el aspecto del cuero y de la piedra, otras dos materias primas que gozaron del favor de los primeros artesanos de las ciudades.

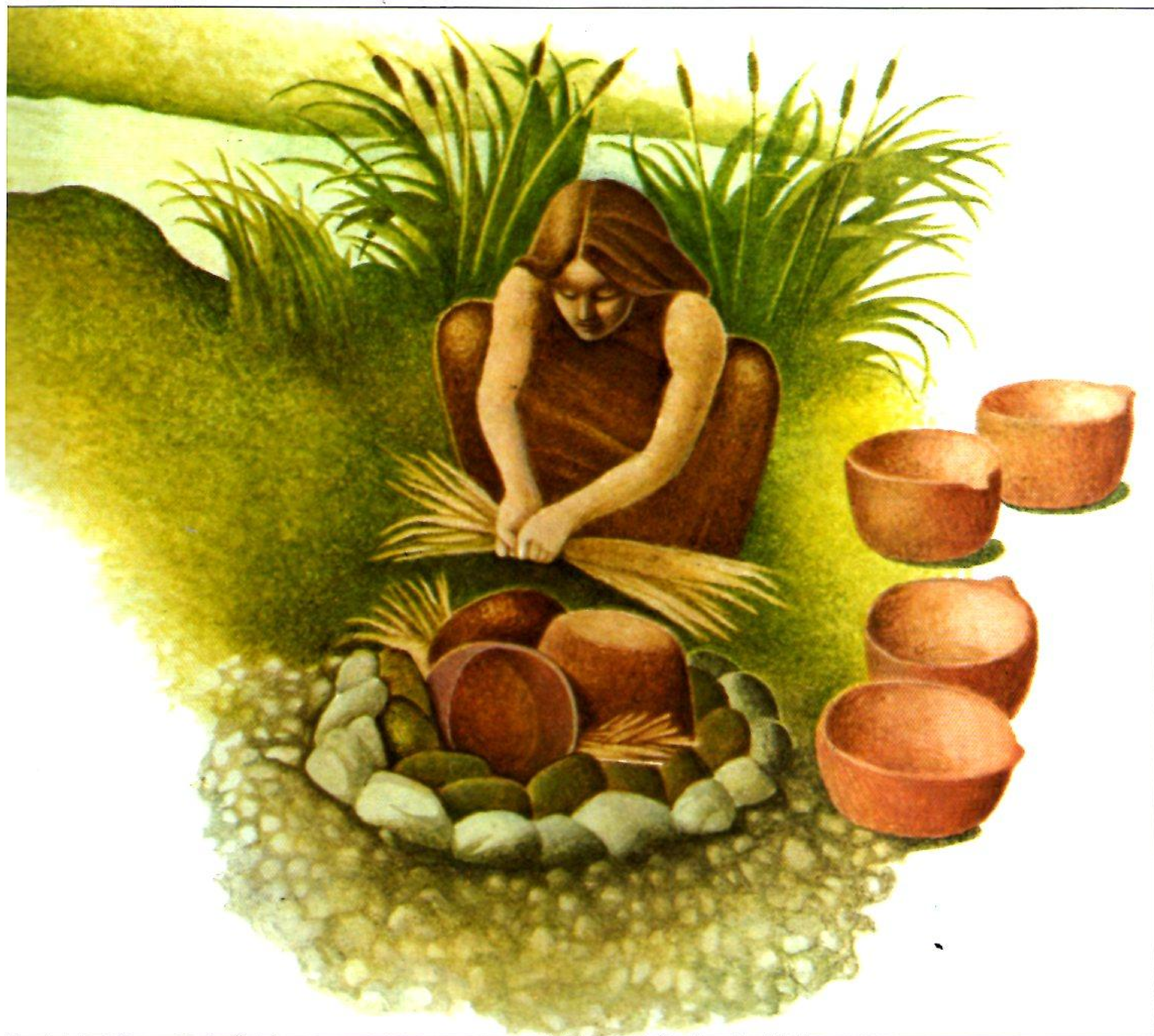
Con el tiempo se introdujeron innovaciones, y muchos objetos superaron el nivel utilitario para convertirse en obras de arte. Los objetos de cerámica se adornan con dibujos; la madera, con las incrustaciones de hueso y de marfil. Para el creciente porcentaje de gentes ricas, la vida podía transcurrir en un entorno agradable y confortable, que en ocasiones incluía un mobiliario de madera finamente trabajado. Al parecer, dichos objetos gozaban de tal aprecio, que algunos individuos pedían ser enterrados con ellos.

El arte de la alfarería

La fabricación de vasijas de cerámica constituía una operación bastante sencilla, y la mayor parte de las mujeres que en esta época remota vivían en el Próximo Oriente eran, sin duda, capaces de modelar tales utensilios en su propio patio, poniéndolos luego al fuego en el hogar o en el horno donde tostaban el grano y cocían el pan. Sólo se requería una temperatura entre 450ºC y 700ºC, suficientemente elevada como para que se evaporase el agua y se endureciera la arcilla. Dicha temperatura se alcanzaba a menudo encendiendo un fuego con malezas y cubriéndolo luego de hierbas o de estiércol para mantenerlo vivo, procedimiento todavía utilizado por algunos pueblos primitivos. Cuando la temperatura podía hacerse llegar más allá de 540ºC, la arcilla se volvía más densa y menos porosa.



En cuclillas junto al arroyo de cuya orilla han extraído su arcilla, un grupo de mujeres realizan trabajos de alfarería. En primer plano, una muchacha aprende a trabajar la arcilla, mientras que las otras dos modelan vasijas que la mujer de la derecha pondrá a cocer en un fuego alimentado con cañas.



El tejido de las telas de calidad

El arte de tejer floreció en las primeras ciudades, en las cuales la tela la fabricaba a domicilio la mano de obra familiar.

Aunque no haya sobrevivido ningún telar prehistórico, la pintura de un plato egipcio del año 4400 a. de C. y la impresión de un sello del 3200 descubierto en la ciudad de Susa nos permiten reconstruir el tipo de telar abajo dibujado. Conocido como "telar horizontal", este primitivo aparato carecía de un auténtico bastidor, por lo que se tejía sobre el piso de tierra de la casa o del patio. La tejedora insertaba los hilos transversales, o trama, y luego, de rodillas sobre la parte acabada, hacía retroceder cada nueva fila de trama por medio de un listón de madera. Telares de funcionamiento parecido siguen utilizándose actualmente en el Próximo Oriente.



En un patio interior de la ciudad, una muchacha teje mientras una auxiliar fabrica el hilo retorciendo la hebra y enrollándola en el huso que gira. Una "muchacha-canguro" vigila a los dos niños –cuyos collares de abalorios azules los protegen contra los malos espíritus–, e impide que molesten a las dos operarias.



El mobiliario de la gente rica

A juzgar por la calidad de los pocos objetos de madera –en su mayor parte recipientes y cofres– que han sobrevivido de los tiempos prehistóricos, el trabajo de la madera parece haber sido una técnica a la que los artesanos consagraban una gran parte de sus afanes.

Las piezas del mobiliario aquí representadas –junto con otras muestras de artesanía fabricadas en las ciudades– se exhumaron de tumbas de Jericó que datan del año 1700 a. de C. La mesa medía aproximadamente un metro y medio de largo y tenía sólo tres patas, seguramente con la intención de proporcionarle una mayor estabilidad sobre un suelo desigual. Los taburetes conservan restos de cordería, lo mismo que la estrecha cama, lo suficientemente larga para que en ella pudiera acomodarse un individuo que mide 1,5 m.



En una escena reconstruida a partir del mobiliario descubierto en las tumbas de Jericó, un padre conversa con su hijo mientras comen unas granadas. Todos los artículos producidos por los artesanos de la ciudad –vasijas, cestos, cofres y muebles de madera– decoran este interior hogareño.



ORIGENES DEL HOMBRE

Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)
26 Los Hititas (II)
27 Las Primeras Ciudades (I)

Próximo volumen

28 Las Primeras Ciudades (II)